

El mono de las pelotas azules

Juan José Cabedo Torres

Noviembre de 2010

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

–Por eso no escribo. ¿Para qué escribir? No es posible transmitir las propias evidencias. Es muy raro que alguien se disponga generosamente a entendernos con exactitud

(José Ortega y Gasset, “La solución de Olmedo”, 1927)

Prólogo

Si el alma fuera la parte visible del hombre en vez de enredarse en el cuerpo como esa neblina que se abraza en febrero al tronco de los cedros, nuestra idea del mundo y de la vida sería muy distinta. Es cierto que para percibir la realidad directamente con el alma necesitaríamos un nuevo órgano y un sexto sentido, pero merece la pena someternos a esa metamorfosis de ingeniería genética. Las ventajas compensan con creces los riesgos de la cirugía. Tras la mutación dispondríamos de una nueva víscera con la que advertiríamos cómo brilla la brisa cuando se roza con la espuma de las olas sin necesidad de poseer un genio poético y captaríamos el olor que emanan las historias sin haber desarrollado un temperamento artístico.

Si la cosa de la percepción funcionara así, la mayoría de la población dejaría de vivir en un estado permanente de sonambulismo y, como consecuencia, habría que darle la vuelta a los principios sobre los que se asienta lo conocido. Para empezar ya no nos conformaríamos con discutir en la hora del desayuno el último penalty injusto contra nuestro equipo ni las infidelidades más o menos fingidas de los famosos. En las cenas de matrimonios las conversaciones versarían sobre la extraña textura de la luz cuando cae el sol en el Bósforo y la gente decidiría libremente callarse cuando sus palabras no tuvieran la posibilidad de ser mejores que el silencio. Después de una pausa que se derramaría sobre los comensales como una fina lluvia alguien comentaría con asombro el melancólico dibujo que traza en el aire el reflejo de las vidrieras en el ábside de las iglesias góticas y con qué amorosa sutileza se posa la luz en el espejo.

Es cierto que imaginar no cuesta nada, pero conviene no olvidar que si la Creación funciona como funciona es porque Dios tuvo buenas razones para hacer las cosas de una manera determinada. Dios, en general, lo tiene claro y actúa en consecuencia con mano firme, pero para los humanos la cosa no es tan evidente. Dios trabaja en la verdad, pero los humanos nos movemos en la duda, que es ese espacio en blanco de los mapas que tanto invita a jugar a las hipótesis.

Eso por un lado. Por otro Dios es Uno y Eterno mientras que los seres humanos vivimos encerrados en la piel en porciones individuales. Al parecer hubo un despedazamiento matricial que provocó el paso de la Unidad a la Multiplicidad, un Big Bang primigenio y a lo bestia que afectó en primer lugar a la materia y luego siguió resonando en el ámbito del espíritu. Desde entonces la piel es el límite metafórico que separa el mundo interior del externo, y el límite, cualquier límite, si bien se mira, es lo que nos condena a la entropía y al aislamiento. Al fin y al cabo la soledad es la verdadera maldición bíblica después de tanta desobediencia a unos sencillos principios. Lo de parir con dolor y ganar el pan con el sudor de la frente se añadió después como una cortina de humo tras la que ocultar el auténtico castigo.

Lo de la multiplicidad tiene su gracia, si uno sabe vérsela. Para empezar, e independientemente de lo que lleve en el interior cada uno, la teoría dice que todos nacemos iguales pero la realidad establece que los que nos separa a los unos de los otros son los diferentes tipo de pieles y pellejos que nos enfundamos. La gama va desde el delicado cutis del adolescente hasta la piel tatuada con símbo-

los tribales de los sicarios. El grosor y la porosidad también varían de un ser a otro y en cierto sentido es la permeabilidad lo que marca el destino de cada cual, pues es la que determina la profundidad que alcanzan en ti las fuerzas que conforman la vida. Entre el psicópata incapaz del menor grado de empatía y el neurótico que se identifica hasta con las hormigas hay todo tipo de posibilidades que van desde la extrema porosidad del hipersensible hasta la capa asfáltica con que se recubre el egocéntrico recalcitrante. Dejo para otra ocasión el desarrollo más minucioso de la indudable relación entre el mal y las enfermedades del ego.

Si el lector posee una epidermis lo suficientemente agujereada como para permitir que el mundo exterior penetre en su alma, y si además su corazón es esponjoso y receptivo, se habrá dado cuenta de que los relatos, como las flores nocturnas y como los sueños, huelen en silencio. Si el lector es una persona sensible habrá leído historias perfumadas de incienso y hierbabuena y al colocar el libro en el estante se habrá dado cuenta de que el volumen contiguo desprende el aroma a derrota, que se reconoce con facilidad porque es el perfume que suele esconderse entre las sábanas apiladas en los armarios durante el otoño.

Yo, personalmente, si estuviera en mi mano decidir la fragancia de lo que me dispongo a contar me gustaría que esta historia oliera a algo exótico, que oliera como decían los antiguos poetas malditos que olían los harenes de Persia y las noches de Darjeling, y al mismo tiempo que trasminara en algunos pasajes el perfume de los jazmines de mi infancia en Santiago de la Ribera.

La vida es en ocasiones una experiencia descarnada donde es difícil mantener la esperanza y a la mayoría nos gusta disponer de un refugio imaginario para cuando vienen mal dadas. En estos casos uno suele acurrucarse en posición fetal y depositar los escombros de los sueños en un hueco del pasado convenientemente idealizado. Algunos llaman a esto huida, pero yo creo que es una manifestación más del instinto de supervivencia.

Hay quien defiende que por mucho que uno imagine personajes y situaciones siempre está persiguiendo la imagen de sí mismo. En los sueños sí está claro que los fantasmas que circulan por todos lados son las propias obsesiones a las que les han crecido pies y manos, y a veces un montón de cabezas, como a la hidra esa. Pocos discuten que es en el inconsciente donde el yo se oculta tras diversas máscaras, como dicen que hacía Rembrandt cuando se disfrazaba en su estudio, pero no creo que funcionen de la misma manera los relatos. En éstos son los personajes los que van decidiendo el rumbo de la historia y el escritor funciona más como una especie de notario que observa con perplejidad cómo sus criaturas se le escapan de las manos y se ponen a tomar decisiones disparatadas. Al fin y el cabo escribir es un trabajo arqueológico y uno nunca sabe qué momia va a extraer del sepulcro cuando alcance los estratos más profundos de sí mismo. A lo mejor habría que dejar de cavar y aceptar que hay cosas que es preferible no saber. La arqueología emocional tiene el riesgo añadido de que, al liberar lo siniestro que hay en ti, el mal irrumpe en lo cotidiano, con lo que aumentan las posibilidades de volverte loco, según las estadísticas. En mi caso me resulta difícil resistirme a completar el mapa de mi espíritu con las regiones perversas e ignotas, aunque el precio sea que me internen en el psiquiátrico, sección Pirados Sin Redención Posible.

Si las historias huelen es porque la vida también desprende el aroma del sándalo, o de la sangre coagulada, o el tufo acre de los urinarios. Todo depende de las circunstancias. La vida tiene variedad de aromas, pero la diversidad siempre puede agruparse por afinidades, lo que simplifica bastante las cosas. Tomen, por ejemplo, la miseria, la ruina y el fracaso y se darán cuenta de que huelen igual en todas partes.

Todo cuadro tiene su contemplador ideal y toda historia busca desde antes de ser escrita a un lector capaz de comprender hasta el sentido de las comas. Es un proceso involuntario, pero hasta donde sé, ésta podría ser una historia para personas de mediana edad, aunque en realidad está concebida para servirle a cualquiera que haya adquirido el hábito de leer en la cama después del trabajo o que haya desarrollado la habilidad de sujetar convincentemente un libro entre las espaldas que se apilan a su alrededor como lomos de arenques en los vagones del metro.

Ésta es una historia para leer preferentemente en abril o en noviembre, meses especialmente crueles que se empeñan en recordarnos con su naturaleza inestable lo frágil y percedera que es la andadura del hombre sobre la tierra. Es de agradecer el recordatorio, pues al fin y al cabo en este mundo no te puedes fiar de nada, salvo de la muerte. Estás un martes por la mañana tan contento porque tu hija ha aprobado el primer examen de las oposiciones a Correos y por la tarde te diagnostican un tumor en el cerebro. Un tumor maligno, claro. Así funcionan las cosas.

Para leer el relato recomiendo ajustar la climatización del hogar a veintitrés grados, cerrar la puerta con todos los cerrojos disponibles y colocar un cojín ergonómico en los riñones. La noche es preferible al día para casi todo, también para leer un libro. Durante la noche la tierra descansa y es más difícil que suene el teléfono. Que suene o no es indiferente. El problema es que cuando lo descuelgas al otro lado nunca está la persona que encarna alguno de tus sueños, incluyendo los que no cuentas a nadie, sino un teleoperador que se empeña en venderte un fondo de inversión de alta volatilidad o una señorita que modula la voz para colocarte una enciclopedia ilustrada completamente puesta al día. Además, por la noche nadie llama a tu puerta y hace ya un buen rato que el conserje ha recorrido los pisos cobrando los recibos a los inquilinos morosos.

Ésta es una historia para leer en zapatillas, con el pijama puesto, o desnudo bajo el ventilador que gira incesantemente sobre sí mismo como una obsesión malsana. Da igual que no haga calor. Usted enchufe el ventilador y concéntrese en la sensación de movimiento sin progreso que trasmite la máquina. Unos instantes después se dará cuenta de que es algo así como visualizar el eterno retorno de lo mismo del que hablan los filósofos. Si es usted perseverante, al poco rato empezará a percibir las similitudes entre el giro obstinado de las aspas y el movimiento circular de su propia vida.

1

–“Un mar sin límites surcado por gigantescas olas que, desde el punto de vista del sueño, componen una ilimitada besana de surcos redondos y elásticos, como labios de espuma negra”.

–Espera ¿Qué significa besana?

La mujer se ajusta las gafas al puente de la nariz y lee la nota que ha escrito a lápiz en el margen izquierdo.

–Besana: labor de surcos paralelos que se hace con el arado.

–Gracias. Continúa, por favor.

El banco está ocupado por tres mujeres que pasan las horas de más calor bajo un sauce que se inclina sobre el estanque de los patos. Una de ellas está tejiendo el jersey de un niño. Otra va cortando hilos de lana de diferentes colores para adornar un almohadón en el que hay dibujado un payaso y la tercera ha dejado a un lado la labor de ganchillo y lee en voz alta unos folios.

–“El barco cabecea hacia un cielo sin estrellas y hunde la proa en las profundidades del piélago con un ritmo preciso. En la cubierta yace el cadáver del capitán envuelto en la bandera de alguna patria lejana. Un marinero canta en la gavia su lamento fúnebre, que por momentos adquiere la melancólica textura de una apasionada canción de amor a la vida que se escapa.

“Regresaré a la Casa del Padre y ya no veré la rambla de los naranjos, ni los jazmines del patio, ni la luz que se engendra en los ojos de la mañana.

Oh, capitán, mi capitán.

“Los jirones de las velas flamean contra el azul del cielo, que parece más limpio tras la borrasca, y el barco, con una vía en el costado, escora de babor. Pronto el agua anegará la bodega. El vigía canta ahora una vieja canción que, muchas millas mar adentro, posa sobre la espuma de las olas el olor a hierba que emana de las muchachas en flor.

–No entiendo muy bien esto último, –dice Mariana, que es la mujer que teje el jersey.

–Yo creo que es un sueño, –comenta Luisa, que corta con cuidado los de lana.

–Yo he soñado esta noche, –continúa Celia después de unos instantes de silencio. A lo lejos se oye el ruido del tráfico y a su espalda juegan unos niños a perseguirse por un castillo de juguete. Las dos amigas la miran expectantes. La lectora ha cerrado la carpeta y se ha quitado las gafas,

–¿Qué has soñado?

–He soñado que me retiraba a un monasterio de carmelitas descalzas. He pasado allí una semana haciendo ejercicios espirituales y acabo de comulgar. Todavía tengo la hostia pegada al paladar. Me he arrodillado en el banco y me recojo en mí misma. Termino mis devociones y levanto la vista. Una novicia que ha asistido a la misa está todavía detrás de la reja. La miro y me levanto con la intención de abalanzarme sobre ella para arrancarle el hábito y poseerla allí mismo, a la vista de todos.

–¿Y qué más?

–No recuerdo más, pero cuando abrí los ojos me masturbé y me di una ducha fría. Aún así me duró hasta el mediodía la excitación que me producía pen-

sar en hacer el amor mientras que por mi interior circulaba el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

–El cuerpo y la sangre.

–¿No os parece un sueño extraño?

–A mí no. Al fin y al cabo Dios es amor.

–Sigue leyendo, por favor.

Celia abrió otra carpeta y extrajo los folios escritos con una letra menuda y regular. Celia escribía de madrugada, cuando todos en la casa dormían y la ciudad aún no se había despertado. Celia se servía un café y se sentaba frente a la ventana para pergeñar en el aire de la noche las palabras con las que iba rellenando pacientemente sus papeles.

–Éstas son las últimas imágenes que se detienen un instante en el espacio sin dimensiones exactas de la mente antes de imprimirse en la frágil membrana de la duermevera. ¿De dónde proceden? Nadie lo sabe con certeza. ¿Son los destellos de un espacio real que vive fuera del alcance de la conciencia o más bien se trata de las alucinaciones que segrega una mente enferma? Es difícil precisar con claridad la naturaleza de las representaciones que invaden los sueños. Las figuras y el escenario son intensamente reales durante un momento y al instante siguiente giran sobre sí mismas y se disuelven en la nada. Entretanto el cuerpo del hombre, transparente como una medusa, emerge a la realidad física desde las profundidades de un sueño poblado de animales marinos y filamentos de algas.

“El hombre estira los brazos, que todavía conservan la flaccidez de los tentáculos, e intenta ubicarse en el espacio inestable de las tres dimensiones. El tránsito no es fácil cuando pasas del recinto cerrado de tu mente a una realidad exterior que siempre has cuestionado.

“Esta mañana los sesos del hombre giran a distinta velocidad que el cráneo. El vaivén del cerebro se contagia al colchón, que se balancea como una balsa de naufrago mecida sobre una masa de agua inexistente. Más allá de ese rectángulo de tela y muelles, sólo se extiende el abismo, surcado de sendas inescrutables. No hay referencias, no hay caminos, sólo una superficie ilimitada donde es difícil establecer la posición exacta sin azimut y sin astrolabio.

–Quizás quedaría bien aquí una referencia al vientre de la ballena, –apunta Luisa.

–¿Qué quieres decir?

–Que el hombre emerge del sueño como si saliera del estómago del Gran Pez.

–O del vientre de una caverna, –aporta Mariana.

Celia anota la sugerencia en el borde del folio y continúa leyendo.

–El hombre estira ahora las piernas blandas como pseudópodos hasta que escucha el crujido de las articulaciones. Es agradable volver a sentir la referencia del esqueleto tras atravesar la noche como una alma en pena. Sin embargo de algún lugar de la niebla que anega su mente como una caricia brota el gemido que se instala en la cabeza y rebota en las paredes del cráneo.

–No nos está quedando una historia muy alegre, –dice Luisa.

–No, pero hay que esperar a ver qué pasa. Apenas estamos en el comienzo

y las historias, como la vida, dan muchas vueltas. Continúa, por favor.

–El hombre intenta apaciguar la mente con trucos anticuados que nunca han funcionado. Recita la oración del ángel de la guarda, repasa la tabla del nueve al derecho, al revés e intenta recordar algún aforismo chino. Ser sabio como el agua que se adapta a cada recipiente es lo único que se le ocurre.

–Eso del agua me vendría bien a mí, que siempre voy a piñón fijo. Cojo una idea y no la suelto, –dice Luisa.

–Tú y todo el mundo. Quien más quien menos se cree un genio.

Continúa, por favor.

–El hombre actúa como si siempre hubiera alguien observándole para contar su historia, así que se pasa la vida intentando dar la talla. Ahora, por ejemplo, tiene la sensación de que hay alguien leyéndole en el parque y se propone aparentar que es una persona sensata y reflexiva, casi un filósofo. Busca en su interior alguna idea que merezca la pena y encuentra una, traspapelada entre la lista de las tareas pendientes:

“–La piel es el límite entre yo y el mundo.

“El hombre se ha especializado desde niño en sacarle punta a los pensamientos que para los otros no han tenido la menor proyección práctica. Es difícil sobrevivir en la selva urbana cuando uno vive sobre una base tan abstracta. El timbre del despertador los saca de sus elucubraciones.

–Podemos poner que el sonido se abocina y que sugiere la imagen de un tren atravesando la tundra.

–¿No es un poco excesivo?

–Yo creo que sí. Una vez leí “el mar ríe” y me quedé de piedra. El mar no ríe. El mar brilla y salpica. El sol sale por el horizonte sin hacer esas cosas raras que dicen los poetas. Habría que dejarse de tanta chorrada y volver a reivindicar la sencillez de lo cotidiano.

–Me adhiero a la moción. Lo que lo que estropea la vida es el exceso de fantasía.

–La vida y la literatura.

Mientras las mujeres hacen metaliteratura en el parque, el hombre sigue con su existencia. El hombre se dice Tranquilo, no pasa nada. Nadie te observa porque a nadie le importas, ni siquiera a Dios.

–La gente dice Tranquilo, no pasa nada cuando los pájaros cuelgan boca abajo de los cables, cuando las fuentes se han secado y hasta el tonto del pueblo ha hecho un hatillo y huye despavorido carretera adelante, –dice Mariana, que ha escuchado en su interior el eco de unas palabras.

–Eso es verdad. Cuando un político sale por la tele diciendo No hay nada de qué preocuparse es cuando hay que salir corriendo.

–Sigue leyendo.

Celia empareja los folios, se aclara la garganta y continúa.

–El hombre intenta identificar el ruido que escucha en su cabeza. No se parece al de las ambulancias ni al que hacen los bomberos.

“–El fuego, de haberlo, sólo está en tu cabeza, –se dice para tranquilizarse.

“El hombre piensa si el sonido no procederá de las trompetas que anuncian el Juicio Final, que se está iniciando allí mismo, en su apartamento.

–Esto no está mal, –dice Luisa–. Un poco excesivo, pero me gusta. La Teología se vende últimamente en raciones individuales. Un infierno particular, una puerta privada con un guardia de seguridad de una empresa privada y un Juicio Final exclusivo.

–Yo creo que lo que le pasa al tipo de la historia es que le da miedo abrir los ojos y encontrarse la vida tal cual la dejó cuando se fue a dormir.

–¿No son los franceses los que dicen que el sueño es una pequeña muerte?

–No. Eso lo dicen del orgasmo.

–Bien. Continúo:

“El hombre gira el cuerpo sobre un costado, extiende el brazo y concentra en el dedo índice la energía necesaria para pulsar el stop del despertador con un gesto que incluso a él se le antoja demasiado preciso, dadas las circunstancias. El sonido mecánico cesa, pero algo sigue vibrando en su cerebro, que a estas horas de la mañana no es más que la yema temblorosa de un huevo.

“El hombre abre los ojos.

“He muerto y estoy en el cielo, piensa el hombre. La mano misericordiosa de la noche, por fin, me ha cegado.

“Una punzada en el vientre y un amago de vómito le recuerdan que, de estar en algún sitio, está en el infierno. En su campo visual van surgiendo de la niebla los límites borrosos de las cosas.

“Tranquilo, todo va bien. No pasa nada.

“Unos minutos más y el hombre será capaz de reconocer los títulos de los libros apilados sobre la mesilla, los calcetines arrugados en el rincón del cuarto, las fotografías sujetas con chinchetas a la pared blanca. El hombre se da la vuelta, y examina las grietas del techo.

“–Éste es el punto de vista del ahogado, –se dice.

–Y el de los muertos, –opina Mariana, que habla con la vista fija en el movimiento de las agujas.

–A los muertos habría que enterrarlos boca abajo para facilitarles el descenso al reino de las sombras, –Celia.

–El reino de los muertos no es de este mundo.

–En ese caso tampoco son de este mundo los ríos que van a dar a la mar, que es el morir.

–Ni el barquero que te cruza a la otra orilla.

–¿Conocéis el cuento del cabrero que tiene que pasar a la otra orilla un rebaño de trescientas cabras?

–No, pero ahora no es el momento. Un poco de disciplina, por favor, –pide Celia, que sabe a sus amigas capaces de engarzar una frase tras otra durante horas.

–Es verdad. Perdona la interrupción. Es que nos entusiasmos. Estábamos en que el hombre examinaba las grietas del techo. Continúa leyendo, por favor.

“–Ajenas a las tribulaciones humanas, las manchas de humedad dibujan en el yeso litorales que no están en los mapas, perímetros de lagos helados en la llanura y formas caprichosas que recuerdan a las sirenas petrificadas de los acantilados.

“En el rectángulo de luz proyectado por la ventana se mueve la sombra de

un árbol. «No hay caricia más delicada que ésta», piensa el hombre, y levanta la mano para sentirla en los dedos. La mano juega con las sombras, intenta asir las ramas, como cuando era un niño mágico al que le bastaba extender el brazo para capturar las cosas. «En el centro de mi infancia hay un patio con el suelo de tierra y un paredón donde baila el destello luminoso de un espejo». El niño da graciosos saltitos para atrapar la mariposa de luz que describe una trayectoria caprichosa: un bucle hacia arriba, tirabuzón a la derecha, descenso por la izquierda. «Había también un estanque de aguas profundas y transparentes donde nadaban algunos peces verdes».

“El hombre suspira y súbitamente entiende. «Esta es la historia de mi vida: intentar atrapar lo que se desvanece»”.

–Me gusta esta parte en la que regresa a la infancia.

–A mí también.

Celia sonríe con vanidad de artista y continúa.

“Algo brilla en el rincón más alejado de la estancia. Parece una botella de vodka, o de ginebra. Es difícil ser más preciso sin gafas. El hombre se voltea y saca medio cuerpo de la cama. Le cruje algún hueso pero el esfuerzo merece la pena y consigue asir el frasco. Lo agita y comprueba al contraluz de la ventana que aún queda un buen trago.

“«Mi amigo el líquido elemento», piensa el hombre, y los labios se le mueven sin querer mientras su mente pronuncia en silencio la frase. En un alarde de habilidad casi circense apura la botella sin despegar la mejilla de la almohada.

“El hombre espera unos segundos a que el alcohol que desciende por el esófago eclosiona con la arcada que asciende desde las entrañas y entonces endereza el cuerpo y lo arrastra hacia la ducha.

“«Un poco de combustible era lo que necesitaba», se dice en silencio, aunque sospecha que incluso sus pensamientos están dirigidos a un público sin rostro que le sigue como un perro desnortado. El alma, que con cada borrachera se desgozna un poco más del esqueleto, aprovecha la coyuntura para acurrucarse entre las sábanas y dormir un rato.

“El cuerpo del hombre atraviesa el pasillo en penumbra palpando las paredes, que al contacto de los dedos se transforman en superficies flexibles y móviles, como los mamparos de un barco. Inesperadamente el pie pisa algo rugoso y duro, quizás un garbanzo o el capuchón de un bolígrafo. El desequilibrio se trasmite al resto del cuerpo y el hombro izquierdo golpea el marco de la puerta. El hombre no siente nada.

“«No me extraña. Al fin y al cabo me ha despertado en otra vida y en otro cuerpo».

“El hombre enciende una luz demasiado blanca y abre un grifo demasiado obstinado. Una cuchilla de afeitar usada, una brocha embadurnada de jabón reseco y algunos pelos forman un sorprendente calidoscopio abstracto que bien podría titularse Naturaleza muerta en el lavabo. En este instante al hombre le gustaría ser pintor hiperrealista, o un fotógrafo de esos que se expresan en blanco y negro. «Podría así inmortalizar este instante, que contiene en sí mismo la estética de lo cotidiano y ese ingrediente de derrota que con tanta facilidad se incorpora al desgaste de las cosas». La idea se queda en la mente y el impulso

creativo se pierde irremediabilmente dando vueltas alrededor del desagüe.

–Supongamos que ya he pintado el cuadro o que he ido a buscar la cámara y he hecho una serie de fotos del lavabo, –dice Luisa, que es muy aficionada a jugar a las hipótesis–. Luego ha expuesto su trabajo. La crítica lo alaba y el público lo aclama.

–¿Cambiaría eso algo?, –pregunta Mariana.

–Yo creo que no, –dice Celia, que deja los folios a un lado y empieza a improvisar el relato.

“El hombre se yergue para sentir en el rostro el calor de los aplausos. Luego se pone la mano en el estómago y se dobla hasta golpearse la frente con el borde del lavabo.

«Podría haber sido un gran artista, pero la vida me arrebató las ilusiones», se dice. Luego se examina las ojeras y entra en la ducha.

“Cuando el agua empieza a resbalarle por las sienes reclina la barbilla sobre el pecho y la mantiene así unos minutos. Reza así a su manera a un dios desconocido que no figura en ninguno de los panteones al uso. El hombre permanece bajo el chorro un buen rato, con la esperanza de que el agua acabe arrastrando la lástima de sí mismo, que es el ingrediente sustancial de sus resacas. Es en vano. La autocompasión es un sentimiento demasiado agradable. El hombre cierra el grifo y sale del plato. Se seca con una toalla demasiado pequeña y se mira en el espejo. «Es difícil reconocer al gran artista en ese viejo abotargado que te observa desde el otro lado del cristal con unos ojos que son apenas dos puntos negros entre dos ranuras enrojecidas. Dónde se esconde el tiempo, a dónde han ido a parar mis años dorados».

–Yo creo que ese hombre nunca ha tenido años dorados, –apunta Mariana.

–Y si los ha tenido, no los recuerda.

–A estas alturas tu personaje debería haber aprendido que lo que no se recuerda no existe.

–Lo sé, pero los personajes de las historias son como los hijos: tú les muestras el camino, les facilitas los medios y luego ellos hacen lo que les da la gana. No hay forma de torcer eso.

La imagen de su hijo tumbado en el sofá durante el día y enganchado al ordenador durante las noches cruza por la mente de Luisa y deja tras de sí una estela de frustración.

–Pues a mí me parece que hay que tener un pasado, el que sea. Si en vez de memoria tienes un hueco, se te cuele en él cualquier fantasía, –dice Celia.

–Cambiano de tema, ¿creéis que cuando nos acercamos a la muerte regresamos a la infancia?

–Yo creo que sí. Es una forma como otra cualquiera de cerrar el círculo. En la vida el final es el principio, como en las sinfonías de Brahms, como en la idea esa del eterno retorno de lo mismo, –contesta Mariana.

–Entonces es un problema no tener ningún lugar al que regresar porque se te ha olvidado lo que fuiste, o porque nunca lo has sabido, –apunta Luisa.

–Seguramente, –dice Celia–. ¿Continuamos con la historia. Le toca a Mariana.

–De acuerdo. Allá va:

“El hombre intenta no pensar, pero las ideas y las emociones sobrevuelan su cabeza y se posan en su mente en cuanto se descuida. El hombre las aleja de un manotazo.

«Hoy la cabeza le pesa como si la fuerza de la gravedad se hubiera multiplicado sólo en ella. Demasiadas copas, demasiados pensamientos».

El hombre ensaya la pose del titán que sostiene sobre los hombros el planeta, pero abandona enseguida. Al fin y al cabo no hay nadie mirándole.

–Eso no es del todo cierto, –opina Luisa–. Nosotras le estamos mirando.

Mariana mira a su compañera por encima de las gafas de cerca y continúa.

“El peso de la cabeza se ha multiplicado y los pies se hunden en unas baldosas blandas, como las de los sueños. El hombre regresa a la habitación abriendo surcos en un suelo algodonoso que se cierra tras sus huellas.

“Al hombre a veces le gustaría ser un caracol para dejar tras de sí un rastro de baba indeleble que fuera la prueba inequívoca de que realmente ha existido. «El hombre–caracol ha estado aquí, dice la baba. Hemos encontrado vestigios de saliva reseca formando misteriosos arabescos», dirían los arqueólogos del futuro.

En el armario la ropa está sorprendentemente ordenada. Mientras se abotona la camisa el hombre intenta recordar los detalles de la última noche. Imposible. Las lagunas de su memoria son cada vez menos navegables. Afortunadamente ha amanecido solo. No hace mucho despertó junto a un travesti que amenazaba con informar de sus perversiones a todo el vecindario si no le pagaba sus servicios. La broma le costó sesenta euros por una mamada de la que no recuerda nada y veinte más del taxi. El hombre sabe que beber como él lo hace es una forma como otra cualquiera de suicidarse, pero qué carajo, quién quiere vivir para siempre.

–Un café bien cargado, una copa de anís y lo veré todo más claro, dice en voz alta.”

“El hombre baja las escaleras en penumbra con cuidado de no resbalar en los escalones desgastados. La costumbre ha hecho surco y sus pies reconocen cada nudo, cada ondulación, cada grieta de la madera. Si el hombre pudiera pensar a estas horas de la mañana se daría cuenta de que es a medio camino entre la luz y la oscuridad donde suele brotar el misterio, pero carece del temperamento –y de la mirada– de quienes buscan descifrar los enigmas en los lugares intermedios. A lo más que ha llegado es a resolver algún crucigrama del periódico de los domingos.

–Me gusta este párrafo, –opina Celia, a quien la luz de la mañana vuelve exageradamente optimista.

«Cuando el hilo blanco se confunde con el negro el fiel se postra ante su Dios y reza», le dice una voz que brota de un lugar indeterminado de su cabeza, y el eco de la frase lo transporta repentinamente a la penumbra de las iglesias griegas, donde el aire se perfuma de incienso y las plegarias –las atendidas y las otras– se elevan entre el rumor de las túnicas y el chisporroteo de las velas. Mientras el hombre baja la escalera los vecinos ya han iniciado la paciente labor de robarle horas al aburrimiento y de matar el tiempo hasta la hora de comer. Los jubilados ven la televisión. Algunas amas de casa escuchan la radio mientras quitan el polvo y hacen las camas. Los ruidos se entrelazan en el hueco de la escalera en una espiral sonora por la que desciende el hombre en medio de una confusa sinfonía de ráfagas musicales y concursos de la tele.

«El fiel se postra en la penumbra y golpea su frente en la alfombra. Sólo Dios es grande. Él es mi escudo y mi báculo. Él es mi fuerza y mi refugio. Cada día que pasa estoy un día más cerca de mi Creador».

–¿Esto es lo que hay dentro de su cabeza?, –pregunta Mariana, que ha perdido el hilo.

–Sí.

–Quizás podríamos ponerlo entre paréntesis, para que los lectores no se hagan un lío.

–Tomo nota.

–Continúa, por favor.

A las primeras horas de la tarde el parque está prácticamente vacío. Los niños están en el colegio y los adultos dormitan la siesta. Nubes gigantes como inmensos barcos surcan el cielo de oeste a este. Es abril y los castaños han empezado a brotar. Es el turno de Luisa.

“«El fiel se arrodilla en la penumbra y encorva la espalda, como un insecto que se arrastrara en las sombras de la noche. La frente se apoya de cuando en cuando en la alfombra y la boca musita Barro soy que camina hacia el cielo».

“Las imágenes cruzan la mente del hombre a una velocidad excesiva para ser archivadas en la memoria. Dios encuentra más espacio en las mentes que se despojan de la ganga de lo cotidiano, pero no es el caso del hombre”.

–Las verdades esenciales suelen ser sencillas, –opina Celia.

–Eso es cierto. La confusión mental no es más que la manifestación de un desarreglo, –comenta Mariana. Celia continúa con el relato.

“El hombre sabe que la luz de las mezquitas es la más idónea para el vuelo

del espíritu, pero cuando se mira a sí mismo no ve más que a un arcángel de alas rotas que llora sobre un mar incendiado. Paradójicamente es de rodillas como se recibe la fuerza celeste necesaria para vivir un día más sin desmayar el cuello a las fauces de la vida. El fiel se arrodilla ante su Dios y reza: Tú eres fuerte, yo soy débil; tú eres grande, yo una brizna de hierba al sol del verano.

–Demasiadas ideas mientras se baja una escalera, –opina Mariana–. Creo que asunto se nos está yendo de las manos.

–Ya veremos, –dice Celia, que es partidaria de dejar fluir las historias sin intervenir demasiado–. Siempre se puede revisar y cortar lo superfluo. Pero tened en cuenta de que siempre suele haber un desequilibrio entre el mundo exterior, donde habita lo cotidiano, y la actividad cerebral, que en algunos casos puede dispararse hasta la hipérbole.

–Es verdad, –dice Luisa–. La infelicidad o la felicidad de cada cual se decide en un lugar desconocido mientras tú desayunas o cuando te estás cortando las uñas. A los poetas les encantan las grandes palabras pero la realidad es que los humanos invertimos la mayor parte del tiempo en hablar de naderías. Es en el interior de las cabezas donde la actividad se dispara. Continúa, por favor.

Celia cierra los ojos y se deja acariciar por el sol de la tarde mientras en su mente se ordenan las palabras.

“La energía asciende del centro de la tierra entrecortada como un latido y sube por las rótulas del que se humilla ante su dios; la luz desciende del cielo tamizada en las vidrieras como una fina niebla. El hombre recuerda haber leído que el hombre es un pequeño universo, con sus ríos y sus asteroides interiores. El hombre desciende las escaleras canturreando un tema country que recuerda de alguna película de Elvis: One more day, one day nearer of muy God.”(Buscar la canción en El rock de la cárcel)

–¿Qué significa?

–“Un día más, un día más cerca de Dios”

“El hombre baja las escaleras en penumbra con cuidado de no resbalar en los escalones desgastados. Si alguien subiera con un ramo de rosas o una corona mortuoria todas las flores serían iguales. Al hombre le entretienen los pensamientos inútiles y se detiene unos instantes en éste:

“En la penumbra no hay matices: todas las flores son la misma flor y de noche todos los gatos son pardos.

“El hombre se detiene en el descansillo del tercero e imita los pasos de claqué de alguna vieja película en blanco y negro. Una punzada en el pecho le recuerda que le queda un veinte por ciento de capacidad pulmonar, a ver si dejo de fumar un día de estos. El hombre se relaja y en vez de dar saltitos a izquierda y derechas ensaya un ritmo más relajado, punta-tacón, punta-tacón.

“Antes de salir a la calle el hombre se detiene un momento y se pone unas gafas negras. Nadie es capaz de prever la magnitud exacta de las alucinaciones que puede provocar la luz del sol en un cerebro que, como el suyo, acaba de emerger de las tinieblas. El primer ser humano con el que se encuentra es el portero, que está regando el ficus del recibidor mientras silba una melodía improvisada, quizás la romanza de una zarzuela o una copla de Antonio Molina.

El hombre abomba un poco el pecho y simula la salud y el buen humor que

probablemente tendrá en la próxima reencarnación. El esfuerzo permanente por aparentar lo que no es confiere a sus andares un aire que está a medio camino entre el bailar flamenco y el torero de plazas de tercera. El hombre adelanta con gracia la pierna, carraspea y suelta un ¡Buenos días! que empieza animoso y termina quebrado, como un jipido de cante jondo. El empleado de fincas urbanas, que tiene en casa un rorro de tres meses que llora un par de veces cada noche, no está para muchas fiestas. Él enchufa la manguera a las plantas porque es su obligación y se limita a contestar al saludo por encima del hombro con la amabilidad profesional y soñolienta que se les exige a los subordinados.

“Es temprano. El sol oblicuo asoma por un horizonte de antenas parabólicas y amarillea las azoteas. Los oficinistas se dirigen a sus cubos de cristal y los autobuses de servicio discrecional recogen a los estudiantes que esperan en las esquinas como bandadas bulliciosas de gorriones y los traslada a los colegios de la periferia convenientemente enjaulados. El hombre camina hasta el parque donde a estas horas sólo hay tres mujeres sentadas en un banco y algunos peatones que aprietan el paso porque llegan tarde al trabajo”.

–Mira, ahí salimos nosotras, –dice Mariana.

–Sí.

“El hombre cruza el parque sin prestar demasiada atención a la exuberancia de los arrayanes ni a la misteriosa belleza de las sombras alargadas sobre las petunias. El hombre rodea la Rosaleda y sale por la Puerta del Ángel Caído en algún abismo”.

–Conozco la estatua, –interrumpe Luisa– y no tengo muy claro si representa al Diablo o a Ícaro. Deberían poner una placa.

El hombre deja atrás los árboles y sale a una calle tupida de tráfico, que a estas horas es una sinfonía deconstructiva de ronroneos de motores, mal humor y frenazos. En Moyano los puestos de libros están todavía cerrados. El hombre cruza la glorieta y camina hacia la estación de Atocha”.

–¿Adónde se dirige?, –pregunta Mariana.

–No lo sé todavía. De momento va a coger el tren de cercanías.

–Ése podría ser un buen título para la historia. El tren de cercanías. ¿Qué os parece?, –propone Luisa.

–Que deberíamos esperar al final, a ver qué pasa, –opina Celia.

“El andén está casi vacío y en los paneles no se anuncia la salida de ningún tren de cercanías. El hombre camina por el borde con las manos en la espalda. Si alguien se fija en mí creará que soy un pensador urbano, se dice. Pero los hombres no se miran entre ellos y a las mujeres sólo les interesa la cuenta corriente y el tamaño de la cachiporra. Un tren se detiene en el andén paralelo y descenden los viajeros, que invaden la plataforma como si se derramaran de los vagones. El hombre escruta los rostros en busca de la mujer de sus sueños. Es un acto mecánico de depredador emocional que se sigue repitiendo instintivamente a pesar de que hace años que el hombre sabe que tal mujer no existe. Cuando tenía diecinueve años le pareció verla en un autobús que cruzaba dando tumbos el Peloponeso. Volvió a vislumbrarla en una exposición de pintura en Barcelona en los años noventa. Creyó cruzarse con ella al subir al transbordador de la isla de Ellis, pero estuvo lento y no le dio tiempo a alcanzarla. Es la mujer que se adivi-

na en algunas pinturas de Giotto, escondida tras el aura de los ángeles, donde es inalcanzable. El hombre no se rinde. Hasta el final todo es vida, y aunque ya le duelen más huesos de los debidos cuando se levanta, la vida te da tales sorpresas que la encarnación de sus sueños bien podría vivir en Getafe y apearse en Atocha para coger el metro e ir al trabajo. Nunca se sabe. Por eso conviene estar a la que salta”.

–Alguien debería advertirle al personaje que lo que llamamos amor son las alucinaciones producidas al cincuenta por ciento por las carencias afectivas de la infancia y la acumulación de esperma en las gónadas, –propone Mariana, que no quiere que el personaje siga sufriendo.

–Y que la memoria es una cueva lóbrega y fría que nos miente calor de hogar.

–Es mejor dejarle que lo aprenda por sí mismo, –dice Celia–. En los relatos, como en la vida, nadie escarmienta en cabeza ajena.

Las tres mujeres continúan su labor en silencio. El sol se acerca a la línea de árboles y enrojece la panza de dos o tres nubes. En el parterre de los almendros un poeta urbano ha detenido la escritura para sentir, siquiera un instante, que es posible la inocencia en este mundo.

Al día siguiente, a la hora fijada, las tres amigas vuelven a reunirse en el mismo banco. Es el turno de Mariana.

“A la hora fijada el tren arranca con un suave movimiento y el roce de las ruedas en las vías provoca una sucesión de intervalos musicales que reproducen los primeros compases de una sinfonía imposible.

–Yo a veces pienso, –interrumpe Luisa– que en el primer día de la Creación, entre el estrépito de los terremotos y el fragor de las erupciones, debió sonar un arpegio solemne que brotaba directamente del caos. Es probable que la música avanzara inexorablemente mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Lo digo porque es probable que esa sinfonía de la que hablas sea un eco de aquella música primigenia.

–¿Tú crees que eso le interesará a los lectores?, –pregunta Celia, que hoy ha venido al parque con un notable sentido práctico.

–No lo sé. Continúa, por favor.

“Lentamente, como si temiera invadir jardines vedados, el convoy atraviesa la maraña de cables y de vías que se estrechan en las inmediaciones de los nudo ferroviarios y sale al espacio abierto, donde a estas horas de la mañana el cielo es todavía de un intenso azul pálido. El hombre apoya la cabeza en el cristal y se abandona al movimiento caprichoso de su mente.

“Imaginar es, en el fondo, recordar. Un repentina regresión alegra el corazón del hombre, que palpita alborozado con el eco de emociones pasadas”.

–Eso seguramente se lo está inventando, –interrumpe de nuevo Luisa.

–Es muy probable. Casi todo lo que recordamos y nos emociona, nunca existió. Al menos no existió como lo recordamos.

–Alguien lo dijo más bonito y en plan aforismo: Cualquier recuerdo es, el en fondo, una fábula.

–Casi todo el mundo recuerda la infancia como un verano feliz e interminable, pero se olvidan de la crueldad con que los niños tratan a los niños gordos y a los que llevan gafas, y se olvidan de que todos, los gordos y los delgados, los miopes y los de vista de lince, torturan despreocupadamente a los animales y abusan del débil y del indefenso.

–Cuando termina el sueño de la infancia, empieza el de la adolescencia. Dejas de creer en los reyes magos y empiezas a creer en la magia del amor. En la adolescencia se practica la traición y la mentira, pero lo que casi todo el mundo recuerda de los quince años es un beso a la orilla del lago y el estremecimiento cuando te cogen la mano, –comenta Celia, a quien el tiempo va volviendo un tanto cínica.

“Villaverde Bajo es la primera parada. Casi enseguida San Cristóbal de los Ángeles. A la altura de Getafe Industrial el hombre deja de hojear el periódico gratuito que alguien ha dejado en el asiento y se adormece con el traqueteo. El hombre cierra los párpados y se encoge levemente sobre el vientre.

“No pensar. Cerrar los ojos y no pensar. Dejar que fluya la doble vena caliente del Tiempo.

“Al cerrar los ojos se despierta el mundo interior. Abracadabra y ya está aquí en dragón de siete cabezas. Es un día luminoso de verano. Un niño sin

tiempo juega en el patio mezclando la tierra con el agua del regato que baja desde el pilón donde abreven las bestias. Un muchacho al que ya le asoma el bigote le enseña a domesticar avispas.

“–Primero hay que atontarlas con una buena pella de barro. Luego las sujetas con un palo y con otro les sacas el agujón.

“El muchacho coge un hilo blanco y lo ata a una de las patas del insecto. El otro extremo y lo anuda a su dedo. El niño, que observa atentamente el proceso, decide que quiere ser domador de avispas. Sus padres, sin embargo, insistirán en que sea arquitecto, notario o médico. Qué sabrán ellos.

“El hombre sueña su sueño de avispas mientras al otro lado de la delgada piel del alma la realidad continúa su marcha con un ritmo inalterable y preciso. La vida deposita una y otra vez los mismos desechos. Por eso alguien escribió que vivir es ver volver. Las cosas retornan de una u otra forma. La naturaleza se mueve en círculos. Los planetas trazan su órbita y los almendros florecen en febrero. Los animales y las plantas siempre consiguen lo que se proponen porque escuchan la voz de la naturaleza.

Sin embargo los hombres nos proponemos lo imposible”.

–Eso es verdad, –comenta Mariana–. ¿Alguien tiene una respuesta?

–Los humanos llevan en su interior el germen de la bestia y un embrión de arcángel. Eso los desconcierta un tanto.

–¿Quién quiere continuar?

Mariana coge la grabadora, rebobina para escuchar las últimas palabras de la historia y continúa con su voz de mezzosoprano:

“La vida sigue su curso y le importa poco lo que los hombres pensemos de ella, –piensa el hombre con la cabeza aún apoyada en el cristal de la ventanilla.

“En el talud de la vía un lagarto observa el paso del tren. Seguramente no piensa nada. Se limita a esperar que el sol le caliente la sangre y a vivir lo que le toca. Un poco más allá de Pinto el tren toma la curva y desciende la suave pendiente. El planeta sigue girando sobre sí mismo con paciencia infinita mientras la llanura, por su parte, empieza a absorber el sol del verano.

“A estas horas el calor que desciende del cielo y el que emerge desde el centro de la tierra confluyen en la superficie y promueven un ligero temblor en las cosas. La vibración se traslada al aire, sutil como un deseo que pudiera ser inspirado. Desde algún punto de vista la llanura es un gigantesco espejismo de siluetas temblorosas”.

–Parece una imagen sacada de un sueño.

–Es probable.

“Cuánto me gusta el tren, cuánto me gustaba de pequeño armar los raíles y colocar los vagones en las vías, –piensa el hombre mientras el paisaje pasa ante él descomponiéndose en unidades más pequeñas”.

Mariana maneja con destreza las agujas mientras va componiendo su parte del relato. Mariana termina la vuelta del derecho y empieza con la del revés. Mientras teje las imágenes pasan por su cabeza.

“El tren y el mar fueron los primeros asombros para ese niño nacido lejos de la costa. El hombre se arrebujaba en la nostalgia y retrocede paso a paso en busca de alguna sensación cálida que alcance a entibiar el hueco alrededor del cual crece su cuerpo.

“El hombre piensa que si el tiempo se remansase y cesase el movimiento, si le abrazara por fin la dama de negro y le besase terminaría de una vez este viaje a ninguna parte. Quizás entonces podría habitar un verano interminable de risas en las terrazas de los bares.

“Los detalles de lo vivido se desvanecen pero la memoria conserva con cruel precisión las sensaciones. Al fin y al cabo la memoria está hecha de olores, de colores, de abandonos. El niño de las mil caras que vive en el interior nunca duerme, y camina en la oscuridad como un peregrino incansable palpando las paredes del pasillo que desemboca en el límite de los recuerdos.

Mariana mueve con habilidad los ganchos mientras habla.

“El hombre piensa que una vida en la que fueras consciente todo el tiempo de lo que realmente eres y en la que no pudieras inventarte a ti mismo sería un verdadero infierno.

–Inventarte a ti mismo e inventarte a los otros, –apostilla Celia.

–En definitiva, ¿qué es la vida sin un poco de fantasía?, –dice Luisa.

–No os pongáis tan filosóficas, –dice Mariana– En el caso que nos ocupa, nuestro personaje se ha ido acostumbrando a la ficción de estar casado, a la ficción de engendrar hijos, a la ficción de estar de estar vivo. Al hombre le gusta palpar el bolsillo y sentir el bulto de la petaca. A través de ese tacto regresa a la realidad, aunque sea a una realidad paralela. La simple presencia del bulto en el pantalón es capaz de trasladarlo por los aires a una calle atascada de taxis amarillos donde las alcantarillas humean y los mendigos piden unos centavos con un vaso de plástico delante de la tienda de licores.

–O sea, que sus pies caminan por la glorieta de Atocha mientras su cabeza vaga por Manhattan, –dice Celia.

–Más o menos.

“El hombre desenrosca el tapón y echa un trago. En su cabeza nunca cesa de fluir, como un río siempre idéntico y siempre renovado, la corriente donde navegan en desorden los pensamientos rotos y las imágenes hechas escombros.

–Tampoco hay que pintarlo tan trágico. Al fin y al cabo la especie humana, a diferencia de otros animales, se plantea objetivos imposibles de alcanzar y luego llora por no conseguirlos. De esta manera para los hombres vivir es fracasar constantemente. También para el personaje de nuestra historia. Todos llevamos en nuestro interior, en mayor o menor medida, los restos de bastantes naufragios.

Mientras las mujeres conversan el hombre aprovecha para relajarse.

–La cuestión es qué mueve a los seres humanos, –dice Luisa.

–Eso va por barrios, –opina Mariana–. Para unos el motor son los objetivos inalcanzables. Otros se mueven a base de Culpa o de Miedo.

Si nadie que la narre, la historia continúa con inercia propia.

“El hombre se da cuenta de repente que Noé fue el primer navegante y también el primer borracho. Conectar estas dos ideas le produce un placer sensual, casi erótico en el cerebro. Noé fue un navegante forzado y un borracho voluntario. Su caso explica con claridad por qué desde el principio de la navegación los marineros le pegan al ron, cantan a voz en cuello canciones de taberna y bailan sobre el cofre del muerto. No les queda más remedio que hacerlo. Está en su código genético. El vino le despertó el inconsciente a Noé y empezó a bailar desnudo delante de sus hijos, que es lo que siempre quiso hacer, pero no se atrevía. El etanol le dio el empujoncito que le faltaba para ser el exhibicionista que llevaba dentro desde que, siendo bebé, nadie le cogía en brazos cuando lloraba. Noé se emborracha y baila porque en el fondo de su corazón piensa que es un artista y que puede seducir a los demás con la belleza de su danza.

“El hombre sigue con la vista el curso de sus pensamientos y se relaja. Las ideas se engarzan unas con otras, giran ante él y se alejan lentamente. Hay algo primitivo y brutal en la danza de un borracho, algo dionisiaco y esencial que emana directamente del corazón de las tinieblas, y que nos pone en contacto con la barbarie de la que brotó el mundo.

“El hombre echa un trago para avivar el cerebro.

–El olvido es un acto de misericordia y para ser feliz se precisa de poca memoria, –dice en voz alta.

“Con Noé la humanidad empezó a saber que el alcohol es la solución y, al mismo tiempo la causa de la mayoría de sus problemas.

“El hombre bebe y se abandona a las sensaciones ficticias que rescata en su interior la ginebra. El calor del alcohol se extiende por el pecho como una caricia, pero se retira de repente absorbido por un torbellino negro surgido de ella nada. La mano que acariciaba es ahora la garra de un dios malvado, mitad mujer, mitad pájaro, que te hurga en las entrañas y te desarraiga el alma.

“Son los hombres huecos, los hombres vacíos con sus molleras llenas de paja.

“El hombre empieza a ser consciente de cuánto miedo ha habido en su vida.

“–¿Qué quieres ser cuando seas mayor? ,–le preguntaban.

“–No quiero ser nada, –responde desde el presente–. Sólo quiero que se vaya el miedo.

“El hombre, cuando era niño, veía a su abuelo resolver el crucigrama del ABC mientras la abuela trajinaba en la cocina. En el crucigrama cada letra está encerrada en su cuadrado y las palabras se cruzan en intersecciones de noventa grados. Cómo me gustaría que mi vida tuviera coordenadas, referencias, balizas y faros. Así caminar por ella sería como pasar de un escaque a otro con movimientos prefijados de autómatas.

“El hombre recuerda a su abuelo, que era la prueba viviente de los benefi-

cios que reporta una existencia sistemática. Era un caso de ajuste casi exacto entre teoría y práctica. Aquel hombre delgado y serio siempre llevaba el mismo traje hasta que se lo agujereaba con las brasas de aquellos cigarrillos liados a mano, siempre usaba la misma loción de afeitado, siempre se ajustaba a los mismos rituales.

“La rutina es un excelente antídoto contra el miedo, piensa el hombre. Las capitales de provincias también. En las ciudades pequeñas todo el mundo se conoce y en seguida se detecta al forastero que viene a perturbar la paz con sus costumbres estrafalarias. Lo que viene de fuera siempre es una amenaza. En las ciudades pequeñas se combate con ahínco la sorpresa y la gente se encoge de hombros y dice Aquí nunca pasa nada, con una mezcla de alivio y desaliento, suponiendo que tales sensaciones puedan mezclarse. Es probable que sí. El corazón es una retorta tan amplia que cabe en ella prácticamente de todo. Por las mañanas sale el sol, que es la señal para ir a trabajar en la fábrica, eso el que tenga trabajo, o levantar el cierre del negocio, y por las tardes es el momento de tomar café en el círculo taurino, donde la conversación es la misma desde tiempos inmemoriales, desde los romanos, por lo menos, o desde los ligures, que al parecer acampaban por estas latitudes según un erudito local que anduvo detrás de la maestra, que cuando era joven tenía una formas rotundas y una mirada de corza que derretía el corazón más arriscado. La maestra se enamoró de un teniente de artillería y pidió el traslado para estar con su novio. La verdad es que a ella empezaron a gustarle los uniformes desde que vio la colección de soldaditos de plomo que su padre tenía en el aparador. Otros dicen que en su nuevo destino cambió al teniente por un sargento de la Benemérita que tenía más empuje, pero eso no son más que habladurías. Lo que sí es cierto como el sol que nos ilumina es que en el pueblo vivió una monja a la que le brotaban los estigmas de la crucifixión el Viernes Santo, y que tenía el don de la ubicuidad. Todo documentado. En cuanto al erudito local, paseó su mal de amores por la alameda durante un tiempo. Incluso redactó una nota de suicidio que copió de un escritor ruso. Decía: Cúlpele de mi muerte a Heine, poeta alemán que me enseñó que el corazón también sangra. Luego no tuvo huevos para pegarse un tiro ni para tirarse desde el viaducto cuando pasaba el tren correo de Cartagena. Lo dicho, un mismo tema de conversación expandiéndose en círculos concéntricos desde el principio de los tiempos.

–¿Fue feliz la maestra en su matrimonio? –pregunta Mariana.

–No se sabe con certeza, pero es improbable. No tuvo hijos, y el marido le pegaba.

“Volviendo al abuelo paterno del personaje, aquel hombre comió lo mismo todos los días de su vida: los días de diario, cocido, y los domingos paella. Después de comer, el abuelo se sentaba al lado de la radio con un cigarrillo entre los dedos y escuchaba la novela de la radio. Tres hombres buenos, capítulo ocho mil seiscientos catorce. El hombre recuerda a su abuelo con la barbilla en el bastón fumando en silencio al lado de aquella caja de madera oscura por lo lados y con luces y botones en el frente.

“En un crucigrama no hay sorpresas y todo encaja. También en el tren. Las ruedas se ajustan a los raíles y cada letra se inscribe en su cuadrado. El hombre

se acuerda de lo que le decía su maestra del parvulario: Cuidado con salirse de la raya al colorear el dibujo. Aquella maestra fue uno de sus primeros amores.

“Al hombre le enseñaron a doblar los calcetines en forma de bola y a remeter la camiseta por dentro de los calzoncillos, a escribir con renglones derechos y a sentarse muy recto en la silla cuando se va de visita, a apretar el tubo de dentífrico desde abajo y a coger solo una galleta aunque lo que te apetezca sea zamparte toda la caja y mordisquearle los pezones a la mujer que te las ofrece. Gracias, señora, es usted muy amable, pero no tengo más hambre. Sus mayores le hablaban de lo fácil que es enderezar el tronco cuando el plantón es joven y lo difícil que resulta cuando ya ha crecido. Lamentablemente no le enseñaron el lenguaje de los álamos cantores, ni le hablaron de la vocación mineral del olivo. Tampoco aprendió de ellos que la naturaleza es sagrada ni que la palabra tiene un valor litúrgico capaz de purificar nuestros actos.

–Lo que es realmente importante no puede enseñarse, –opina Luisa–. Cada uno ha de aprenderlo por sí mismo.

“«Cuántas historias me contaba a mí mismo de pequeño», piensa el hombre, «cuánto afán para añadirle magia a una realidad demasiado».

“Cuántas vidas prestadas, cuantos sueños ajenos yacen ahora sin vida en su interior, como cadáveres apergaminados en las arenas del desierto. Pero ahora que el camino traza una curva que lo devuelve al inicio, la cercanía de la muerte hace revivir las historias que entretejieron la infancia.

–Eso es cierto, –dice Amanda–. La vejez cierra el círculo y morir, al fin y al cabo, consiste en reencontrarte con aquel niño que algún día fuiste y del que te habías olvidado con todo el lío de la hipoteca y las vacaciones en la ribera maya.

“El hombre ha encontrado en el trastero el cuaderno donde escribía sus fantasías.

Mi padre derramó su semen en una lombarda. Mi madre la comió y se quedó embarazada. Para ocultar la vergüenza, mis abuelos la metieron en un convento. Yo nací en la huerta. Mi madre me envolvió en su manto y me dejó debajo de un repollo, que inclinó amorosamente sus hojas sobre mi cuerpo sonrosado. Allí me encontraron las monjas.

“El hombre escribe en el margen de una de las hojas:

A los cinco años perdí el control del triciclo y me golpeé la cabeza con el pedestal de una estatua. En ese momento se abrió una grieta en el alma por la que empezó a colarse el lado oscuro.

“«La vida tiene algunos ejes y bastantes centros que se conectan y se dispersan aleatoriamente, como en un juego de construcciones. El universo, por su parte, parece un gigantesco calidoscopio que Dios va girando a su antojo como un niño desocupado y caprichoso. En estas circunstancias hay que hilar muy fino para determinar si lo que uno está viviendo es real o un simple reflejo de lo que otro ha vivido, si las voces que uno escucha en la cabeza cuando viaja en metro son auténticas o se trata de ecos distorsionados que flotan en el túnel», piensa el hombre.

“Las mujeres saben cosas que los hombres ignoramos. Eva vio la verdad y la guardó en su corazón. Después de un tiempo conviviendo con Adán sabía que éste sería incapaz de entenderla, así que se ahorró el esfuerzo de contarle nada. La rutina había matado el amor y a Adán sólo le interesaba que ella le tuviera preparada la cena y que los sábados se abriera de piernas.

–Es lo que tiene la verdad, que pulveriza en un instante las idealizaciones, –comenta Celia.

“El hombre echa otro trago de la petaca y reflexiona. La ginebra también reflexiona, aunque de otra manera.

“«La verdad yace en tu interior enterrada bajo múltiples capas. Esto convierte a su búsqueda en un trabajo vertical de arqueología. La ventaja de que sea así es que no tienes que irte a Lourdes o al Tíbet, ni bañarte en el lago Tiquitaca para encontrarla. Puedes buscar tu verdad en Quintanilla, en Leganés o en Navarra, en un sótano o en la cima de una montaña. El caso es ir despojándote de los distintos estratos hasta encontrarte en bolas y frente a ti mismo».

“El hombre sigue cavilando con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla.

“«Las preguntas del tipo ¿Quién soy realmente? o ¿cuál es mi lugar en el mundo? pueden obviarse viviendo las vidas que otras personas dejan abandonadas en la orilla cuando cruzan hacia las ilimitadas praderas de la muerte. Tú te embutes en la segunda piel, lees las instrucciones que están perfectamente detalladas en la etiqueta y a vivir, que son dos días. Te evitas así el trabajo de ser tú mismo, expresión que siempre parece sacada de una película de adolescentes problemáticos o de un culebrón venezolano. Lo de las dudas de identidad es mejor dejarlo para los thrillers psicológicos de Hollywood y para los príncipes de Dinamarca que se rayan porque de noche los visita el fantasma de su padre».

El paisaje se recorta en la ventana, ligeramente deformado por la velocidad del convoy. El hombre apoya la mejilla en la mano y deja que su mente recupere el aliento.

“Casi todo el mundo aspira a que la vida no le duela, piensa el hombre. Por eso las drogas se venden solas, sin que nadie las publicite. No es fácil vivir insatisfecho en una realidad inestable y aprender del sufrimiento, en vez de huir de él.

“Dejando a un lado las soluciones químicas, el mejor analgésico contra el dolor consiste en cerrar los ojos y poner el cerebro en modo de silencio.

“«Si la táctica de meter la cabeza en un agujero es buena para las avestruces, también es útil para los humanos», piensa el hombre.

“«Cerrar los ojos no es más que un gesto que enfoca el espíritu hacia el verdadero objetivo. El gesto debe ir seguido de un esfuerzo pertinaz por no pensar. Del excesivo pensar es de donde se derivan todas las formas conocidas de infelicidad. Para ser feliz es preciso pensar poco y tener mala memoria», concluye el hombre, y apunta la frase en la libreta imaginaria donde va recogiendo pacientemente sus aforismos.

“Si el cerebro no se acalla por sí mismo conviene ayudarle mediante la recitación continua de la tabla de multiplicar, de un mantra budista, con un bucle del padrenuestro o con la lista completa de los reyes de alguna dinastía extinta. Con la tabla se empieza al derecho, se sigue al revés, luego de abajo arriba, de arriba abajo y salteada. También ayuda apuntarse a un curso de meditación trascendental en el centro cultural más cercano donde los becarios del ayuntamiento te enseñan los rudimentos de esta ancestral técnica.

“El hombre sabe que, aunque eficaces, éstas no son más que soluciones parciales. Lo que de verdad sirve cuando uno se ha puesto como objetivo no pensar es ir desconectando una a una las neuronas. Es una labor minuciosa para la que se precisa mucho tiempo y bastante paciencia.

“Pensar es una putada, y hay quien está dispuesto a cualquier cosa con tal de evitarlo. Prozac, televisión a todo trapo, conversaciones sobre Dios, quedar con los amigos para merendar, todos los métodos son lícitos con tal de hacerle luz de gas a la inteligencia.

“Fiel a unos difusos principios metodológicos, y por una simple cuestión de coherencia, el hombre ha decidido renunciar a todos aquellos destinos geográficos que no estén conectados entre sí por la vía férrea. Atrapado desde niño en la magia de los mapas, se ajusta a la nariz las gafas de cerca y sigue con el dedo líneas azules, rojas y amarillas dibujadas en el folleto que regala la RENFE a los usuarios del tren de cercanías. Más allá de la red ferroviaria el mundo es una extensión vacía e inquietante en la que dormitan los fantasmas de la conciencia.

“«El silencio es un latido y un color: es rojo en las sienes, violeta en los brazos. El sol palpita por contagio sobre la llanura y bajo él late el corazón líquido del planeta. Debajo del asiento traquetean las ruedas del convoy en las juntas de dilatación de los raíles. Se mire por donde se mire, la vida canta su incesante ritmo binario».

“Al hombre le gusta el tren porque cada vez que se sube a un vagón se le ensancha el pecho con el palpito de que está regresando a casa. Es un sentimiento irracional y difícil de traducir a palabras, pero tan contundente como el arañazo de una zarza en el antebrazo. Por una extraña pirueta de su mente, para él todos los trenes tienen como estación de término un lugar donde arde el fuego en la chimenea y los vecinos le conocen por el nombre de pila. Nadie le conoce en ningún sitio, pero a él le consuela este pensamiento y restaña por un instante la angustia que anida en su pecho.

Un narrador más escéptico que yo utilizaría la falsedad de estos sentimientos para ratificar la fragilidad de las emociones humanas y la imposibilidad radical de regresar a ningún sitio, salvo a los labios amorosos de la tierra, pero conviene no perder la esperanza.

“«El horizonte es curvo para que nunca veamos dónde termina el camino», piensa el hombre. «Por otro lado, el horizonte siempre está a la misma distancia del observador. En una esfera es indiferente la dirección de la marcha: caminos hacia donde caminos antes o después regresarás al punto del que partiste».

“El tren se acerca a la estación y frena bruscamente, como si el maquinista se hubiera propuesto agitar las conciencias de los viajeros.

“El tren frena bruscamente y los viajeros se agitan como tentetiesos, menos mal que quien más, quien menos tiene la suficiente experiencia en eso del transporte público como para agarrarse a las barras incluso cuando todo va como la seda, nunca se sabe cuándo va a saltar la liebre y nadie es capaz de prever todas las posibilidades.

“El hombre cruza las piernas, levanta la barbilla y observa a los pasajeros. Mirar a la gente le predispone inconscientemente a sentirse un poco por encima de los demás, y flotar por encima de sus congéneres constituye uno de sus placeres secretos. El hombre se acaricia el mentón y entorna los ojos, como el entomólogo que se tumba boca abajo en la playa para estudiar atentamente cómo la hormiga león devora a la presa atrapada en el embudo de arena. El hombre-entomólogo observa y reflexiona.

“El hombre se pregunta qué ve la gente cuando mira. Si supiéramos esto con exactitud podríamos clasificar los diferentes tipos de miradas. Dejando a un lado las miradas estúpidas, que en una estadística ocuparían casi toda la gráfica,

uno puede mirar para reconocerse en los otros, o para encontrar las diferencias con el resto de sus congéneres. Las puertas conectan dos espacios o los separan, lo mismo que las fronteras.

“El hombre vuelve los ojos sobre sí mismo y se da cuenta de que no tiene claro qué tipo de mirada es la suya. «Quizás sea una mezcla de las dos. Al fin y al cabo la vida es una experiencia mestiza y sumamente impura donde todo está mezclado».

“La infancia se acaba cuando abres los ojos y descubres que hay una línea nítida y dolorosa que te separa de las cosas. La línea siempre ha estado allí, lo que pasa es que nunca habías reparado en ella. De nuevo la cuestión clave es la perspectiva, y la pregunta es ¿qué ves cuando miras? Entonces el tiempo te empuja al otro lado de la raya y lo único que te queda es la nostalgia de una edad donde todo parecía más fácil.

“Quieres volver allí, al patio donde jugabas de niño, pero se te olvida que el tiempo te empuja hacia delante y no hay posibilidad de regresar a ningún sitio, salvo a los labios amorosos de la muerte. Te conviertes así en una criatura del aire que arrastra tras de sí la sombra de la memoria. Tú insistes en practicar lo imposible, a sabiendas de que es inútil regresar a una casa donde únicamente habita el olvido. Día a día sobrevives acurrucándote en los refugios provisionales que vas levantando en el aire.

“La intuición es en el hombre un don, como la afición a la ginebra o la habilidad para enrocarse en el momento oportuno cuando el rey se siente amenazado en su escaque.

“El hombre mira a sus compañeros de viaje y reflexiona. Un joven juega a un juego electrónico que ha sacado de la mochila y un poco más allá una estudiante repasa los apuntes de anatomía. Dos mujeres maduras conversan animadamente al lado de una pareja que se ha quedado dormida tras una noche de juerga.

“El hombre intenta poner en orden sus ideas. La mente está al límite de su capacidad y las ideas nuevas resbalan y quedan a sus pies como caparazones vacíos. El hombre cree que si concentráramos todas las lecciones que nos da la vida en una sola palabra, ésta sería “fracaso”.

–Ése es un pensamiento de naufrago, –comenta Luisa.

“«Para esto se nos ha concedido el tiempo», piensa el hombre, «para ver cómo se deshacen una tras otra las promesas que nos hicimos en la adolescencia». Entre hacerte ilusiones y observar impertérrito cómo la realidad te las destroza se te van más de dos tercios de vida. Una vez que llegas a este punto, el camino hasta la tumba es pan comido.

“El hombre debería escribir sus pensamientos, pero le puede la desidia. Él prefiere componer de cabeza un discurso invisible que se deshace en el aire, como el canto de los monjes o el aroma de las iglesias. Un discurso ingrátido que se eleve hasta los dioses.

“«Todo cuanto quiero decir está escrito en mi cuerpo», se justifica.

“En el cuerpo del hombre están escritos sus pensamientos. Algunos se leen con facilidad; otros están medio borrados, como en un palimpsesto. La escritura se va posando en él, silenciosa como el rocío.

“Las ideas del hombre están llenas de interferencias. Si alguna vez intentara transcribir su pensamiento, quedaría , más o menos, así: La aplicación rigurosa del principio del fracaso confort y seguridad divide a la humanidad en dos grupos: el de los que saben que han fracasado, *tempus fugit* y el de los que han fracasado *menú del día*, pero todavía no lo saben. Curiosamente a veces te pasan cosas vuelta y vuelta que no sabes que te están pasando. Es lo normal pirámide invertida en una realidad tan extraña en la que incluso la Santísima Trinidad es posible. Ahí está la gracia. Para ilustrar Salvat ediciones la idea de que te está pasando algo *telepizza* y no sabes de qué va la vaina polo de limón tomemos el caso de Adán y Eva. El Génesis aerolíneas argentinas es lo que tiene, que da para mucho. Ellos estaban desnudos, la amabilidad es nuestra divisa y obviamente todos los veían así. Dios, los veía así, los ángeles, los leones, Harley Davinson, los corderos. Hasta las piedras sáquese el graduado escolar y triunfe y los ficus los veía en pelota. Estaban desnudos, no hay duda, el inglés es de gran porvenir, pero eso es intrascendente. La cuestión clave huevos fritos con jamón es que ellos no se veían así. Estaban desnudos y no se daban cuenta. Ahí está el búsilis del asunto, *dream team* como diría un desocupado folla siempre con condón en el casino de cualquier ciudad de provincias. Cuando uno vive sobre una base tan inestable polo positivo como la ignorancia, inevitablemente se inventa a sí mismo, móntelo usted mismo. Aquí la cosa empieza a ser preocupante. Si uno se inventa a sí mismo polo negativo es lógico pensar que también se está inventando hamburguesas para gourmets el mundo que le rodea. Llegados a este punto el aroma de su hogar va Eva y come del fruto del Árbol de la Ciencia. Inmediatamente se entera seguro para el hogar de cómo están las cosas. De repente y sin anestesia. Eva al principio flipa, inmejorables condiciones de pago pero se recompone en seguida y encara el asunto, con un par, crucero por el Nilo incluido asume su responsabilidad. Eva, además, facilidades de pago es generosa. No se guarda su descubrimiento para sí. Podría haberlo hecho acelerador de partículas pues al fin y al cabo la información es poder. Ella va y lo comparte con Adán, que dicho se a vuela pluma música electroacústica no se entera de gran cosa. De unos a otros al final es un secreto a voces *ketchup* del que me entero hasta yo. Así que gracias, Eva, por quitarme la ilusión.

“El proceso que se verificó en Nuestra Primera Madre se repite en todos y cada uno de sus descendientes. Puede resumirse en una máxima: Cuando naces a la conciencia estás ciego y, con el tiempo, si tienes suerte, ves.

“«La cosa no deja de tener su gracia», piensa el hombre. «Desde que Eva comió del árbol de la ciencia, cada ser humano parte de cero con la intención de escalar las más altas cimas de la miseria. De esta forma los dioses se aseguran que nunca seremos como ellos. Cada hombre reproduce en pequeñito la historia de la especie, con diluvio universal y torre de Babel incluidos».

“El hombre mira en torno a sí y fuerza un poco la reflexión, sólo lo necesario para exprimir el zumo de la sabiduría, que no es un fruto que crezca en cualquier árbol. El hombre cree que observa a los demás desde el centro del universo. No le falta razón, pero se le olvida de que es un centro rodeado de infinidad de paréntesis de conciencia que también creen que la Creación gira en torno a su propio ombligo.

«Es probable que tras el absurdo del sueño no haya ningún método y que vivamos en una nebulosa», piensa el hombre. «En las nebulosas no hay centro ni periferia, ni dentro ni fuera, ni arriba ni abajo, tampoco derecha e izquierda, ni norte ni sur, mucho menos proa, popa, babor o estribor. La nebulosa es el puto caos. En la nebulosa Dios está en todas partes y en ninguna. No hay límites ni compartimientos estancos. En las nebulosas la arena ha invadido los pecios y el coral crece libremente sobre los restos del naufragio».

“El hombre sigue mirando a su alrededor y reflexiona: La libertad consiste en ser consciente de que tus sueños se han roto irremediablemente. La condena es mantener hasta el final la esperanza de que mañana todo será distinto.

“El hombre respira lentamente, se arrellana en su asiento y descansa. Demasiada actividad neuronal puede resultar agotadora. El hombre, que en el fondo es un cavilador ferroviario, piensa ahora que la vida es una experiencia solitaria que la mayoría se empeña en vivir acompañado. «Tomemos el tren, por ejemplo», se dice. «Todos compartimos el mismo espacio y cada uno viaja aislado en su asiento. Las abejas funcionan igual. Todas juntas y cada una en su celda. En cuanto a las células, se agrupan para formar un tejido. Ésta es sin duda una labor de equipo, pero luego cada una vive encerrada en su membrana. Así actuamos las personas. Salimos de casa, cumplimos con nuestra responsabilidad social y luego nos encerramos a ver la tele o jugar con el ordenador».

El hombre piensa que probablemente la muerte sea la única manera de romper el aislamiento. «Los límites se difuminan y vuelves a la Albóndiga Inicial de la que todo sale y a la que todo regresa. El círculo se cierra».

“La mirada del hombre vaga de nuevo por el vagón siguiendo un curso azaroso, similar al vuelo caprichoso de un insecto, y se detiene en la señora que, sentada frente a él, sujeta el bolso sobre el regazo con ambas manos con más tensión de la necesaria para contrarrestar las leyes de Newton.

“La mujer parece contraída y en tensión, como si algo situado en el centro de sí misma tirara de los nervios de su cuerpo.

“El hombre mira distraído a la mujer y recuerda haber leído que los hombres sabios aprenden de los árboles y de los animales a vivir en un presente radical, sin concesiones a la fantasía ni a la memoria. «Los dioses combatían los riesgos de la nostalgia con una bebida que les curaba las heridas y les inducía el olvido», piensa.

“No hay nada en la mujer que sugiera tales pensamientos, pero es lo que tiene la meditación, uno va navegando por el mar de las ideas dejándose llevar por las corrientes que gobiernan ese espacio. No hay astrolabio ni faros en la costa. A lo mejor uno está atravesando los bajíos de una idea genial o embarranca en los arrecifes de la Gran Chorrada. Nunca se sabe.

“La mujer sentada frente a él con el bolso en el regazo es el presente, y el hombre, como si se tratara de un ejercicio, intenta concentrarse en ella.

“El hombre intenta recordar las técnicas de meditación que le enseñaron en el Centro Cultural de su barrio y aplicarlas a este caso. Al fin y al cabo el espíritu es un músculo que se fortalece ejercitándolo. Las enseñanzas zen han resbalado por la parte externa de su alma y al día de hoy el hombre sigue creyendo que él es la medida de todos los hombres.

“Las emociones están enterrado pero no muertas, y su estado latente se activa de la forma más insospechada. Una cucharilla manchada de café, el olor de un puro, el perfil de un rostro en una cafetería a la que entras por primera vez, pueden poner en marcha el mecanismo que revive aquello que el hombre hubiera preferido mantener enterrado.

“El cerebro del hombre gira a distinta velocidad que el cráneo y en su inercia centrífuga y un tanto descangallada tiende a fragmentar los pensamientos y a aventarlos, como un sembrador de Van Gogh.

“La realidad, tanto la mental como física, va depositando a sus pies los restos de un naufragio al que no ha asistido. No sabe cómo era el barco, quién viajaba en él, qué ocurrió para que se hundiera. Aún así intenta reconstruir los hechos con los pocos indicios que tiene.

“El Ideal sirve para que la vida te lleve de un lado a otro dando bordos y golpes de timón en busca de algo que seguramente no existe. El Ideal te lleva a la deriva y te deja permanentemente insatisfecho.

“El hombre vuelve a mirar a la mujer sentada frente a él y calcula que tiene la edad suficiente para saber ya que ha fracasado. Al menos eso dice la estadística. Es raro encontrar a esa edad alguien que no se haya rendido, que no haya navegado ya en el recuerdo del alma de estos pájaros asesinados, pero hay quien mantiene la ilusión hasta el mismo borde de la tumba.

“No siempre la mente del hombre se enfrasca en cuestiones tan profundas. El sentido de la vida, el poder del amor, el misterio de la muerte son temas

circulares que dan para bastante rato, y como generación tras generación la gente se va a los Campos Elíseos sin haberlos resuelto, puedes vivir centenares de avatares y estar dándole vueltas con la neurona al mismo asunto. La resistencia al aprendizaje que despliega la humanidad es sorprendente y en ocasiones insufrible.

“El hombre quisiera ser sesudo todo el rato y para ello frunce el ceño, como si estuviera pensando algo muy profundo y trascendente, pero a veces el cerebro se le relaja sin querer y suelta una cuestión insustancial, que es como ese cuesco que se te escapa cuando subes en el ascensor con la novia o entras al despacho del jefe para presentar en power point los informes anuales de la empresa.

“Éstas son algunas de las frases intrascendentes que rebajan la temperatura mental de su cerebro.

¿Dónde venderán los destornillador enanos que usan los relojeros? Tengo que apretar el tornillo de las gafas.

Hay que ver con qué facilidad se pegan los chicles a la suela del zapato y qué difícil es despegarlos.

¿A quién se le ocurriría inventar el velcro?

“Si pudiéramos destapar los cráneos y observar lo que se cuece dentro nos daríamos cuenta de cómo funciona la cosa. En nuestro caso, mientras el hombre piensa todo esto, otro cerebro, el de la mujer, distante apenas setenta centímetros del suyo interpreta el tic del ojo izquierdo y el temblor del labio superior como un signo inequívoco de que desequilibrio. Y es que la realidad siempre se presenta en forma de perspectivas individuales, que por definición son parciales y engañosas.

“Con estos parámetros hay que hacer un esfuerzo decidido y enérgico por aclararse. Por ejemplo:

“Tú vas tan tranquilo una noche de viernes a cenar con unos amigos a un restaurante de moda, de esos en los que la comida no es más que una excusa para ver y ser visto. Unas mesas más allá está cenando un pibón que genera mucha adrenalina. Por su aspecto dirías que es una de las diosas-putas recién salida del Venusberg, así que inconscientemente le das permiso a tu fantasía para que vaya encarnando en la chica alguno de tus sueños. Sigues la conversación de tu mesa, ríes los chistes, haces planes para el fin de semana pero, no le quitas ojo. El pibón ríe con su boca carnosa de fresa, cruza las piernas, ensaya ademanes de gacela, guiña los ojos cuando se le suben las burbujas del champán por la nariz. Su acompañante se ausenta un momento. Entonces ella se transforma: se pone seria, se estira la falda, saca el espejo, se rasca el trasero, mete el dedo índice en la boca y hurga entre las muelas. Saca prendida de la uña una hebra de carne, la observa con deleite y la engulle.

“Fin. La moraleja debe incorporarla cada uno.

“La suma de todas las Subjetividades debería dar como resultado la Objetividad Absoluta, pero me temo que cuando vas agregando pacientemente puntos de vista personales al final sólo consigues una Subjetividad Más Grande. Una Enorme Subjetividad.

“En cuanto a la idea que cada cual tiene de sí mismo, también suele ser subjetiva, que es tanto como decir inventada. Con tantos puntos de vista por to-

dos lados se teje un caos de tres pares de narices y es realmente complicado llegar a ningún acuerdo. La comunicación entre los seres humanos aparece como un ideal inalcanzable. En medio de toda esta confusión quizás lo más razonable sea concebir un Dios cuyo único don es la soledad, un Dios que dicta un único mandamiento: Vive en soledad rodeado de gente

“El tren frena bruscamente y el hombre sale proyectado hacia el asiento delantero. La mujer se protege tapándose la cara. El hombre se disculpa torpemente. Se ha golpeado la boca con algo metálico y le sangra el labio. Los viajeros se reponen del sobresalto y comentan alarmados. Algunos se acercan a las puertas y pegan la mejilla al cristal para observar lo que ha ocurrido delante. Alguien propone utilizar la apertura de emergencia, pero nadie se atreve. Finalmente un joven acciona la palanca y la puerta se abre con un bufido de alivio. Sobre la hierba seca yace el cuerpo desmadejado de una joven. El tren le ha golpeado en el parietal, que está ligeramente hundido, pero no hay restos de sangre. Tendida en el suelo parece indefensa, como si se hubiera desprendido de algo.

“Primero llega la policía y poco después la ambulancia. Recogen el cuerpo y toman declaración al maquinista y a algunos viajeros.

“–Caminaba como ida. Toqué la bocina pero no le dio tiempo de apartarse.

“Adorar al Dios de la soledad es un acto gratuito. Crees en él sin esperar nada a cambio, nada del tipo la vida eterna o la victoria sobre tus enemigos. El Dios de la soledad derrama sobre ti la clarividencia que necesitas para sobrevivir cada día.

“El hombre observa el cuerpo de la muchacha y piensa que si uno escudriña la secuencia de acontecimientos que ha culminado en catástrofe buscando el momento en que se ha torcido el día, en el origen del desastre sólo encuentra un grano de arena que se inserta en los dientes de la maquinaria: un ligero malestar, una punzada en el estómago, la mirada torva del vendedor de periódicos o un miedo inexplicable a las alcantarillas.

“El hombre regresa a su asiento y reflexiona. «Por mucho que uno camine, al final del día el horizonte se encuentra a la misma distancia». El hombre pronuncia mentalmente la frase y se le mueven imperceptiblemente los labios. La mujer frente a él interpreta que está rezando. Pensarse en presencia de un hombre devoto permite a la mujer relajar el abrazo que atenaza el bolso y esponjarse un tanto por dentro. Un hombre que reza mientras viaja en el tren no puede estar tan desequilibrado. Un hombre así de pío no me va a violar ni a robarme mis ahorros, piensa sin querer la mujer, y sin querer se pone a rezar por contagio a la estampa de Santa Gema que guarda doblada en la cartera.

“Desde el punto de vista del viajero el tren avanza por la superficie curvada de la tierra, penetra en el paisaje y lo disuelve con la facilidad con que el tiempo diluye el presente en una sucesión rítmica de recuerdos. El hombre mira a la señora de negro que, frente a él, sujeta el bolso en el regazo y siente un palpito de muerte.

“El hombre se pregunta qué opinará por la noche sobre el asunto. Él ha imaginado desde niño a la muerte como una hermosa doncella que te seduce con una danza sensual, una mujer de dulce fragancia y ademanes elegantes. Una mujer que primero te seduce y luego te folia.

“El hombre, que traduce sus sensaciones a imágenes, piensa que la vida es una senda que asciende suavemente entre los olivos, o un río que brilla en la noche como un lingote de plata. La muerte, sin embargo, es una adolescente que oculta su hermoso rostro tras un velo que deja adivinar la serenidad de sus rasgos. La muchacha ha bajado desde el pueblo montada en la mula y descansa sentada en el pretil de la fuente, junto al sicomoro, mientras el hilo de agua que cae del caño llena lentamente el cántaro. Es mediodía. La muchacha murmura una canción imprecisa y dibuja al compás, con el canto de la sandalia, arabescos caprichosos en el polvo. Sabe que te acercas, que vas a posar tu mano en su hombro, pero no gira la cabeza. Sólo canturrea y sonrío a sus pensamientos. Cuando llegas junto a ella se levanta, acerca su mejilla a tu mejilla y te abraza en silencio, como si fueras el hermano que por fin llega a casa tras una larga ausencia. La muerte, como el amor, es hermosa. La muchacha te acaricia el rostro con sus manos delicadas y te sonrío con los ojos.

“¿Dónde has estado todo este tiempo?

“Tú te sacudes el polvo de las sandalias y te abandonas a la caricia. La muchacha huele a tierra recién regada. Su olor penetra en ti y se acurruca en tu corazón. Ella te coge de la mano y camináis hacia un horizonte donde ya se presiente la pureza de la noche.

“El hombre abandona de puntillas sus paisajes imaginarios y abre los ojos. Ante él se materializa la mujer vestida de negro que se aferraba al bolso. Se pregunta cómo será su vida. Intenta frenar el impulso, pero es inútil. De niño se inventó a sus padres porque los reales no le gustaban. Luego continuó con sus hermanos, siguió con las novias y con los compañeros de trabajo. El hombre se ha inventado amigos, relaciones, taxistas, tenderos, guardias de circulación, inspectores de hacienda. El hombre aporta la imagen ideal y el mundo le va suministrando los esqueletos donde encarnar sus fantasías. La imagen ideal permanece inalterable, como si le hubieran extraído el tiempo, pero las personas que la encarnan van cambiando. Las personas envejecen en la realidad, pero en su imaginación siempre tienen veinte años, o quince, o tres, según los casos. Ahí está en definitiva la fuente de la eterna juventud, tan buscada en todos los tiempos, en las paranoias que nunca se marchitan.

“«Esta mujer tiene pinta de llamarse Carmen», piensa el hombre. «Seguramente vive en un piso de treinta metros cuadrados en San Cristóbal de los Ángeles, un pueblo que últimamente se está llenando de inmigrantes. Carmen cree firmemente que Dios la ama, incluso en San Cristóbal. Para ella es de cajón que

si Dios está en todas partes, también su espíritu aletea por las llanuras del extrarradio. Además es evidente que en los planes de Dios son los humildes los que conducen a los poderosos, y los humildes no suelen vivir en el centro. Eso se lo confirmó don Tomás, el cura de su parroquia, al interpretar en misa un pasaje del Evangelio, éste en el que los ángeles comunican el lugar del Nacimiento a los pastores. Los Magos, con toda su ciencia, son incapaces de averiguarlo. Para llegar al lugar exacto tienen que preguntar a Herodes, que tampoco lo sabe. Ni los científicos ni los políticos, dice don Tomás, saben dónde ha nacido el niño Dios. Aunque no consta, seguramente son los pastores los que llevan a los magos hasta el pesebre.

«Más claro, agua, dice don Tomás desde el púlpito. Ahí están los humildes guiando a los poderosos».

«El párroco abre los brazos y muestra las palmas de las manos como si en ellas estuviera escrita la prueba irrefutable de lo que está afirmando. «En este pasaje de las Escrituras queda meridianamente claro quién tiene la prioridad en el Reino de los Cielos».

«El hecho de que Dios parezca a veces un poco sordo a las súplicas de los pobres y un tanto ciego a las necesidades de los obreros es coyuntural», dice don Tomás, «no es relevante». En última instancia, según don Tomás, siempre guardamos en la manga una carta para explicar lo inexplicable, una carta que dice que los caminos del Señor son inescrutables.

«Carmen se despierta a las cinco. Lo primero que hace cuando se levanta es mirar por la ventana. Carmen ha elaborado algunas claves para interpretar mensajes del Divino, como llama ella al Sembrador de Sueños. Carmen necesita recordarse todas las mañanas que levantarse tiene sentido y que incluso ella, con su vida aparentemente prescindible, es una pieza que encaja en los planes de la Providencia. Carmen necesita practicar este ejercicio porque pasó varias décadas casada con un tipo que no se cansaba de recordarle a hostias lo inútil que era su existencia, y esto es algo que acaba por abollar el espíritu de cualquiera.

«Las claves de Carmen son simples. Quizás por eso a ella le funcionan. Por ejemplo, si dos palomas se arrullan en la antena colectiva de la casa de enfrente, el día irá sobre ruedas. Las palomas son el signo de que hoy descenderá el Espíritu sobre la tierra como una fina lluvia. Si no hay palomas, mal rollito: el día se presenta cuesta arriba. Carmen no se rebela cuando no hay pájaros a la vista. Simplemente asume que así de caprichosos son los dioses y que sus razones tendrán para hacer lo que hacen. Carmen, con palomas o sin ellas, coge siempre el tren de las 7:16. En Aranjuez enlaza con el autobús de línea que la traslada a un hotel donde limpia habitaciones hasta la seis de la tarde. Los domingos que libra utiliza el tiempo para visitar a su hijo, que cumple condena en Valdemoro.

«La mujer ha cerrado los ojos y mueve los labios como si le acariciaran el bozo las alas invisibles de una golondrina. El hombre se levanta, saca la mochila del portaequipajes y se prepara. Cuando el tren frena, pulsa el botón de apertura y se apea. En el andén se detiene unos instantes, como si se hubiera dejado algo en el vagón, o como si de repente hubiera olvidado cuál era el objeto de su viaje.

«Lo que pasa en realidad es que nada más poner el pie en el andén al hombre le han asaltado extrañas ideas. «Estoy desnudo en un decorado de

cartón piedra que el viento bambolea. La realidad está siendo invadida gradual e implacablemente por el sueño que ha escapado de la cabeza de un elfo. No hay tabiques, no hay linderos, no hay fronteras, sólo unas sábanas tendidas en el talud de la playa flameando al viento y el muro de un torreón tras el que late una inconcreta amenaza. El hueso del cráneo es traslúcido y la piel del pecho se me han vuelto transparentes. La luz se ha disuelto, misteriosamente absorbida por las cosas, y en la negrura sólo se intuye el marco de una ventana por la que penetra la noche».

“El hombre hace unos cuantos esfuerzos por recobrar la cordura. Recita un par de veces la tabla de multiplicar al derecho y al revés y ordena a las piernas que se pongan en movimiento. Si las extremidades se mueven es seguro que les seguirá el resto del cuerpo. «Quien camina, vive», se dice para animarse. «Quien puede dar un paso puede dar el siguiente. Un paso detrás de otro es la metáfora de la vida. No hay más. Tampoco menos».

“El hombre se yergue levemente, mira a derecha e izquierda y empieza a recorrer el andén en dirección a la cantina.

“La búsqueda de una justificación convincente para hacer las cosas es uno de los empeños más patéticos y estériles del ser humano. Para que existiera una razón válida que nos impulsara a saltar con alegría de la cama y arrostrar la tarea de vivir con espíritu incombustible habría que empezar por habitar un mundo coherente y ordenado, piensa el hombre, y para eso habría que empezar por eliminar de nuestras vidas el miedo.

“A estas alturas el hombre debería saber que no es buena idea enmendarle la plana a la naturaleza, o al menos debería recordar algunas historias que ilustran esta idea, como la del niño que nació con un tornillo en lugar de ombligo. Véase:

“Había una vez una vez un niño que había nacido con un tornillo en el lugar donde los otros niños tienen el ombligo. En cuanto se da cuenta de la diferencia, intenta por todos los medios desenroscárselo para ser como los demás niños, pero no hay manera. Una noche se le aparece en sueños un mago. “Te concedo un deseo”, le dice. El niño, sin dudar, le responde “Quiero librarme de este tornillo”. “De acuerdo”, dice el mago, y le entrega un plano del bosque. “Sigue el camino que hay marcado en el mapa y al final de él hallarás la solución a tu problema”. El niño sigue escrupulosamente el itinerario, que le conduce a un claro. Allí, ingravida sobre una piedra, encuentra una burbuja de vidrio con un destornillador en su interior. Pronuncia las palabras mágicas que hay escritas en el reverso del plano y la burbuja se abre. Coge el destornillador, comprueba alborozado que encaja en la ranura y gira el tornillo hasta extraerlo. Cuando el niño se despierta en su cuarto, lo primero que hace es palparse la tripa. El tornillo ha desaparecido. El niño sale de la cama y empieza a brincar de alegría. Al tercer salto se le cae el culo, que queda en el suelo balanceándose como un orinal de loza.

«No hay casualidades», se dice el hombre. «Dios no juega a los dados».

“La frase es de un profesor de Física y Química que tuvo en el Bachillerato. Los alumnos se aburrían mortalmente en las aulas y hacían apuestas sobre el número de veces que utilizaría la muletilla en cada clase aquel profesor extraño de melena blanca.

“El hombre piensa que la mayoría de las frases sobre las que ha construido su vida no le pertenecen. En algún momento alguien las pronunció y abrieron en él una línea de pensamiento que las dejó incrustadas en un lugar inconcreto de su alma. El hombre se pregunta si estará viviendo su vida o alguna vida prestada. La de su padre, por ejemplo. El padre tenía una única idea, que había ido construyendo pacientemente, y que defendía con ardor e insistencia. El padre argumentaba que la mejor táctica para manejarse cómodamente en la vida consiste en simplificarla en dos columnas: el debe y el haber. El hombre piensa que por muchas piruetas matemáticas que hagas, siempre debes una vida, que es el tramo de ventaja que te da la muerte cuando naces.

“El profesor de Física lo tenían claro, su padre también, pero cuando el niño se hizo hombre se dio cuenta de que Dios no sólo jugaba a los dados, sino que casi siempre los tiraba más allá de la línea del horizonte.

“El hombre ha intentado aplicar a su vida los trucos aprendidos de sus mayores para restañar el miedo, pero la cosa no siempre funciona. El hombre, que

ya no tiene obligaciones laborales, mantiene una fe inquebrantable en la disciplina. Todas las mañanas sube al tren que cogía para ir al trabajo y se da un paseo por el campo. En esto coincide con su médico, que le ha recomendado el contacto con la naturaleza como método de combatir el síndrome de inutilidad que afecta a los jubilados.

“El doctor confía poco en los fármacos y se inclina por los antiguos consejos de eficacia probada: huir del ocio como de un nublado, actividad y contacto con lo verde.

«Lo mejor para aplacar los nervios es un paseo por un prado. Luego busque un árbol, apoye la espalda en el tronco, quítese el sombrero y lea a Platón»,—dice el doctor cerrando un poco los ojillos.

“El hombre escucha al terapeuta y se pregunta si también tendrá que abrir los brazos y girar sobre la hierba, en plan Julie Andrews mientras entona algún cántico.

«Las enfermedades mentales surgieron cuando el hombre empezó a separarse de la naturaleza», dice el doctor, que en su juventud fumaba hierba, escuchaba a Pink Floyd y leía libros contraculturales. «Antes los locos eran sagrados y los dioses hablaban por su boca», dice. «Ahora los pirados son una molestia y se les encierra. La locura es, hoy por hoy, una mera cuestión de estética».

“El doctor, que ha leído a Freud, cree que en la raíz de cualquier desarreglo mental se encuentra alguno de los múltiples recursos que despliega el ser humano para negar la verdad. El médico piensa que, en el sujeto, la verdad se esconde entre los pliegues del subconsciente. «Sin embargo, desde un punto de vista objetivo, la verdad está en el campo». El doctor hace aquí una pausa dramática y continúa—. «Si no somos Naturaleza no somos nada, ¿no cree usted?»

“El doctor repite el mismo discurso a cada paciente. «Una sola fuerza mueve el universo y de ella todos formamos parte».

“El hombre acude a la consulta cada quince días. El hombre es menos entusiasta que su terapeuta en cuanto a la eficacia de lo verde y un puntito más escéptico. Escéptico, pero práctico. Si además fuera bulímico podría escribir un poema en el que el ritmo se basara en el empleo constante de palabras esdrújulas. Anoréxico, simpático, antídoto, pelícano, propedéutico y así todo. El pragmatismo ha sido un regalo inesperado de la edad y a él le ha enseñado a ser precavido y a permanecer en silencio mientras los demás hablan. El hombre, en silencio, parece más inteligente de lo que es y se puede permitir el lujo de pensar cualquier chorrada mientras los demás hablan.

“«A quién se le ocurriría meter jamón en un croasán y poner encima una loncha de queso. Qué gran invento».

“Que haya una razón para coger el tren por las mañanas tranquiliza al hombre, aunque sólo sea por un rato. Que la razón sea espuria y fácilmente desmontable es secundario, por no decir indiferente. El caso es demostrar con los actos que, a pesar de las apariencias, el universo no es una nebulosa caótica e inexplicable sino un sistema armónico de órbitas que producen una melodía ininterrumpida, como en las óperas de Wagner.

“El hombre hace lo que le dice su médico, ir al campo. Al moverse se siente vivo, y al salir de la ciudad renueva día a día la sensación de marcharse, pero la

disciplina diaria pero no consigue sacarle de la cabeza la idea de marcharse del todo. El hombre podría morir en su casa, en la bañera, por ejemplo, como en el cuadro que vio en el Louvre, o en la cama, abrazado a un disco de Paul Anka y con un montón de pastillas en la barriga que le condujeran dulcemente a las praderas químicas del sueño eterno, como los artistas de Hollywood. También podría construirse unas alas de madera de intentar volar desde la azotea, agarrarse al aire y dejar sobre el asfalto una mancha caprichosa digna de un maestro del expresionismo abstracto.

“Después de pensarlo detenidamente el hombre ha decidido que el aire libre es el mejor lugar para casi todo. También para marcharse. Todavía no tiene decidido si cavará la tumba en lo alto de un cerro y se acostará en ella o si se adentrará en la laguna con piedras en los bolsillos. A lo mejor simplemente se tenderá en el canchal para que se lo coman los buitres o ascenderá lentamente por el sendero que sube a la montaña nevada.

“«Cuando la vida te debe un vida y la Muerte te acaricia los talones, lo mejor es irse discretamente» piensa el hombre.

“No resulta fácil ofrecer un rasgo distintivo de la localidad donde se ha apeado el hombre, salvo que se considere como tal el hecho de que en la época en que transcurre esta historia ha aumentado notablemente el número de perros en el pueblo, si se lo compara con el censo canino de las localidades circundantes. Afirmaciones de este tipo son siempre relativas, pues la normalidad, tanto de hombres como de bestias, no deja de ser una cuestión de promedio y una línea roja en la gráfica de una estadística.

“La jerarquía no es en absoluto un artificio de los humanos para dominarse entre ellos, y esto se demuestra porque en todos los escalones de la pirámide evolutiva hay clases. También entre los perros. El pueblo cuenta con algunos animales lustrosos y bien alimentados que apoyan las patas delanteras en la valla que delimita el jardín de sus amos para ladrar a los transeúntes. Los dueños apartan los visillos con dos dedos y observan satisfechos el cielo con que sus mascotas defienden la propiedad privada. Al otro lado de la valla, por las calles recién asfaltadas, deambulan discretas manadas de animales cimarrones, la mayoría abandonados por los veraneantes camino de la playa. Activados por el mismo mecanismo, los perros callejeros parecen apresurarse constantemente, como si temieran llegar tarde a un lugar que no figura en los mapas.

“El perro, como los jardines, es el paradigma de la naturaleza adaptada a las necesidades del hombre. Luego resulta que a la tierra no hay quien la domestique, pero ésta es una verdad que merece un desarrollo más amplio.

“En todos lados hay perros con pedigrí que se la cogen con papel de arroz para mear y perros mil leches que proclaman que la pureza es un ideal inalcanzable en esta tierra. Hay perros que componen en los porches una bella estampa digna de un calendario canino y otros que empiezan en cócker y acaban en salchicha, o que son una sorprendente mezcla de martín pescador y de pato. Esto, que parece importante desde el punto de vista estético, es insustancial en otros aspectos, pues independientemente de su origen y del ángulo que forme el hocico con la frente, todos los perros ventean en el aire las hebras sutiles con las que la vida teje su leve inconsistencia. Independientemente de su pureza, todos los perros ladran a los coches, sin importarles un ápice el grado de soledad que en esos momentos embargue a los conductores. Los perros ladran a los coches y también a los caminantes, y lo hacen a conciencia, pues es evidente que han interiorizado hasta lo más hondo su función social de amenaza.

“La localidad donde se ha apeado el hombre ha sido, desde su fundación en el paleolítico superior, un pueblo de agricultores. Un erudito local encontró a mediados del siglo XIX un vaso campaniforme que hoy puede admirarse en el museo arqueológico de la provincia. Hasta la fecha no ha pasado aquí gran cosa. Como mucho, ha pasado la vida, que es eso que fluye entre los pies mientras hacemos planes para el futuro. En el siglo XX algún que otro Labrador se hartaba de levantarse al amanecer y que cada día fuera idéntico al anterior, o le entraba la rabia porque su mujer se había fugado con un viajante de comercio, y se colgaba de una viga, o cargaba la escopeta con postas loberas y ajustaba algunas cuentas antes de dispararse en el paladar. Como curiosidad se puede reseñar también que en los años sesenta del siglo pasado, coincidiendo con los primeros discos de

los Stones, aparecieron extrañas formas en una cueva situada en el Cerro del Pino, pero resultó que una señora las pintaba por la noche con nitrato de plata. Otra mujer nacida aquí pero que se casó con uno de un pueblo cercano afirmó unos meses después que la Virgen María hablaba por su boca. No todo el rato, claro, pues eso habría sido insoportable, sino sólo los jueves alternos de los años con trece lunas, cuando la conjunción de los planetas le permitía entrar en trance. Afortunadamente para ella los seres del más allá suelen preferir la intermitencia en sus manifestaciones, pues después de cada posesión quedaba hecha unos zorros. La gente sabía que la Virgen estaba en ella porque la voz se le volvía grave y cavernosa, como la que se les pone a los que fuman puros baratos y matan el gusanillo con copas de aguardiente antes de ir al tajo. Luego resulta que el aguardiente trae incorporado su propio gusanillo, que no te roe el estómago, sino el cerebro, pero ésa es otra historia. Tanto insistió la señora con eso de los trances que un día la entrevistaron en la emisora de la comarca. Una década más tarde la esposa del alcalde avistó un ovni, pero su marido avisó a la Guardia Civil y la cosa quedó en nada.

“En la época en que transcurre esta historia el pueblo todavía no tiene MacDonalds. Por no tener, no tiene ni Centro Comercial. Hace un par de años se habló de instalar un Parque Temático en unos terrenos baldíos, pero finalmente lo edificaron en el pueblo de al lado.

“Algunos se pasan el tiempo de su vida haciéndose preguntas mientras que otros parecen blindados a cualquier estímulo. Algún que otro optimista defiende que la vida es un problema soluble, al menos en su mayor parte, y que lo único que hay que hacer es levantarle la falda a las ideas con la larga polla de la inteligencia. Se olvidan de que merced al principio de incertidumbre nunca sabes con exactitud dónde cojones está el electrón del átomo. Se olvidan de que, cuando miras al cielo en una noche estrellada, lo único que ves es cómo era el universo hace unos miles de años.

“Las preguntas están ahí, como bandadas de grullas que curvan los cuellos hasta formar un signo de interrogación. Algunas personas entran al trapo y se las hacen; otras simplemente pasan de largo porque quieren llegar al Carrefour a tiempo para pillar las ofertas.

“Hay preguntas que tienen respuesta mientras que otras sólo son la antesala de ese silencio que crece en el centro de la garganta como una rosa de escarcha.

“El hombre callejea por el pueblo preguntándose cómo hubiera sido su vida si hubiera nacido en otra época. El hombre descubrió en la infancia la posibilidad de vivir otras vidas sin tener que renunciar a la suya. Esperaba con los ojos fijos en el techo de su cuarto a que todos se durmieran. Cuando escucha el ronquido de sus padres y los gruñidos de su hermano mientras se masturbaba, se levantaba con sigilo, llegaba de puntillas a la cocina y hojeaba el único libro de la casa, un libro ilustraciones que servía para calzar la pata del aparador. El niño colocaba el tomo sobre el mantel de hule e iluminaba las páginas con una pequeña linterna.

“El niño encendía su linterna y abría los ojos al máximo para atrapar las imágenes con la pupila. Luego pasaba la yema del dedo por las láminas para capturarlas con el tacto. Nunca consiguió acostumbrarse al milagro que entonces se producía. Las imágenes penetraban por los misteriosos conductos de la fantasía e iban desplazando a la realidad, que se desvanecía a su alrededor como la niebla de una mañana de mayo.

“Cuando las imágenes se posaban en su interior, el niño cerraba los ojos y apretaba los puños para retener en su interior el asombro. En su mente cerrada al mundo se materializaban los personajes de los cuadros y él se enfundaba en sus disfraces. Tan pronto era un mameluco alucinado en la Puerta del Sol como un comedor de patatas en una humilde cabaña de Holanda, o un violinista sobrevolando los tejados de Minsk.

“Con una linterna y un libro, sobre las baldosas frías de la cocina, el niño aprendió el placer solitario de ser otras personas y de vivir vidas ajenas mientras la suya, la verdadera, quedaba entre paréntesis.

“Hoy el hombre sabe que las cosas son como son y que no hay forma de cambiarlas. También ha aprendido que sus fuerzas son limitadas y que por mucho que se concentre nunca podrá impedir que se desprenda la hoja de un árbol. El hombre lo sabe, pero aún así a veces se sorprende jugando a imaginar cómo lo habría ido si hubiera sido otra persona.

“«Si hubiera nacido en los mares del Sur caminaría marcando el compás

con mi pata de palo y vería el mundo con un solo ojo».

“«Si hubiera nacido mujer habría follado más y habría verificado que la fuerza que mueve el mundo mana de los pezones duros como frambuesas y de un buen par de tetas».

“«Si hubiera nacido rana, me habría besado la princesa y ahora sería el gilipollas de alguna casa real europea».

“El hombre entra en el bar y pide una copa. Cree que con el grado de intoxicación adecuado su vida dejará de ser una mierda. El hombre se encarama al taburete y apoya los codos en la barra. Frente a él se despliegan todas las posibilidades. Si pide una cerveza se transformará en un obrero que acaba de dejar el tajo y se relaja antes de ir a casa, o un joven que vuelve de la Facultad y se toma unas birras con los colegas del barrio. El whisky, sin embargo, lo transforma en un hombre de mundo, el ejecutivo de un banco que vuela a Ginebra por asuntos de trabajo, o un lord inglés que hojea el Times en su club londinense. El pernod le da ese aire canalla que tienen los artistas de las películas, y con un amareto se traslada a una terraza de la Vía Apia.

“Mientras piensa quién será hoy, el mono ha descendido de la estantería y se pasea por la barra silencioso y elegante. Al otro lado de la puerta se pierde, cada vez más lejano, el ladrido de los perros. El hombre se decide por una copa de ginebra, que es la intoxicación más versátil y rápida. El mono se sienta frente a él y se acaricia el pelo lustroso y gris, casi azul a esta hora del día.

“El mono saca un cigarro y le pide fuego. Aspira con fruición el humo e inicia la charla:

“-¿Tú no eres de por aquí, verdad, guapo? Invítame a una copa.

“En un mundo regido por el principio de incertidumbre a nadie le extraña que un mono te pida fuego y te dé conversación en el bar de un pueblo a las nueve de la mañana. El hombre piensa cuántos años de evolución han necesitado los primates para ser capaces de fumar rubio y alternar en los bares.

“-¿Qué tomas?

“-Un sol y sombra”

“¿Cómo entablar conversación con un mono? Al hombre sólo se le ocurren temas de conversación absurdos, de esos que parecen sacados de un test de personalidad: cuál es tu color favorito, crees en la evolución o en Dios, o a lo mejor crees que Dios es King Kong, qué te llevarías a una isla desierta, si fueras humano, qué ser humano serías

“-Groucho Marx, -contesta sin vacilar el mono, que le ha leído el pensamiento.

“El hombre se piensa en presencia de un mono sabio y le formula mentalmente una pregunta: ¿Cuándo una mujer dice no quiere decir sí, y cuando dice sí quiere decir a lo mejor, o cómo funciona la cosa?

“El hombre, cuando conoce a una mujer y le gusta la invita a casa, hace palomitas y le pone una película de Billy Wilder. Se pregunta si debería hacer lo mismo con el mono. O a lo mejor es mona. El hombre le mira con disimulo el culo y descubre dos pelotas redondas azules, compactas como enormes canicas. Las mujeres que lleva a casa miran la película con desgana mientras radiografían el piso para calcular el poder adquisitivo del prospecto y piensan lo bien que quedarían en las ventanas unas cortinas de Ikea. El hombre, que aún cree que las relaciones humanas se basan en los sentimientos, observa en qué escenas se ríen y qué frases les hacen gracia. Normalmente las tías que lleva a casa no están familiarizadas con el humor inteligente ni quedan con un tío para hablar de sutilezas. Al fin y al cabo el cerebro no lo es todo en una persona. Ellas prefieren llo-

rar con Titanic o Memorias de África.

“En general las mujeres con las que se relaciona prefieren cenar en un restaurante de lujo donde puedan lucir palmito, y luego ir a bailar salsa, o sevillanas, a un local de moda donde la gente va a ver y ser vista. Como fin de fiesta, si están lo suficientemente borrachas, acceden a dejarse follar, pero sólo si hay ambiente de velas y canciones de Serrat. Lo de las palomitas y el DVD no es un buen comienzo: queda un poco cutre, y las tías interpretan que eres un tacaño. El hombre no pierde la esperanza de encontrar a una mujer que se ría con los mismos chistes que a él le hacen gracia. Un sentido del humor similar indicaría que son almas gemelas. Por una extraña asociación de ideas que sólo entenderíamos si pudiéramos meternos en su cabeza, el hombre decide poner a prueba la sabiduría del mono y hacerle una pregunta enigmática, una pregunta de esas que hacen las esfinges.

“-Tú, si hubieras sido Edipo ¿qué habrías preferido, saber la verdad o seguir follándote a tu madre en la más completa ignorancia?

“El mono se rasca la cabeza como si cavilara la respuesta y se aleja ondulando elegantemente su larga cola.

“-Espera, hombre mono. Si no te gusta ésa pregunta puedo hacerte otra. Caminas por el desierto. Cuarenta y cinco grados a la sombra. Encuentras una tortuga sobre su concha luchando por darse la vuelta. ¿Qué haces?

“El hombre piensa que la vida es más sencilla para los animales. Se olvida de que para saber con exactitud los problemas que tienen los otros habría que meterse en su piel y caminar unos cuantos kilómetros con sus zapatos. En el caso del mono habría que cubrirse de pelo y caminar descalzo.

“El hombre cree que los animales lo tiene más fácil porque poseen una voz interior que les dice cuándo es el momento de construir el nido y cuál es el momento preciso y la manera exacta de desplegar las plumas de la cola para impresionar a las hembras. Tú despliegas las plumas y rezas al dios de los pájaros: A ver si hay suerte, y hoy, por fin, follo. Los animales escuchan al instinto y obedecen. Sencillo y práctico. Los humanos, sin embargo, nos comemos la cabeza durante horas por cualquier chorrada. Los huevos, ¿fritos o en tortilla? ¿Me voy a vivir a un adosado en las afueras o a un dúplex en el centro? ¿Me compro un smart o un cuatro por cuatro? ¿Me caso con la rubia o con la morena?

“En medio de tantas dudas y con la dificultad añadida de la inmensa cantidad de decisiones que hay que tomar al cabo del día no hay dios que viva. Los animales, sin embargo, hacen lo que les dicta su voz interior y obedecen con auténtico espíritu legionario. A la orden, mi capitán, sin novedad en el Alcázar. No hay dudas, no hay vacilaciones, no hay preguntas estúpidas. Tírese usted por el acantilado. A la orden, oh, capitán, mi capitán.

“El hombre ha intentado repetidamente parar los pensamientos para escuchar la voz de ella naturaleza, o alguna voz que le sirva de quía, pero cuando consigue que su mente se detenga lo único que percibe es un zumbido plano en el que es difícil deslindar ningún mensaje. Luego su cerebro se reinicia y le dice Tú no seas idiota y haz lo que te salga de los cojones.

“-Y tú, si fueras un animal, ¿qué animal te gustaría ser? –pregunta el mono, que se está sacando la suciedad de las uñas con un palillo.

–A mí, conejo, –contesta sin vacilar el hombre–. Estás todo el día royendo lo que sea, y eso te mantiene entretenido. Por otro lado, en cuanto oyes un ruido sospechoso te metes en la madriguera, que es un lugar relativamente seguro.

“–Esconderte dentro de la tierra tiene algo de regreso al útero, –comenta el mono, que ha estado últimamente leyendo algo de psicoanálisis en la biblioteca de ella Academia–. Por otro lado, la desventaja de ser conejo es que eres la presa de un montón de carnívoros, y que en cuanto llega el otoño empiezan a disparar sobre ti los cazadores sin ningún miramiento.

“El hombre reflexiona mientras le aplica movimientos circulares a su copa

“–Pues entonces me gustaría ser águila. El águila es una especie protegida. No se le puede disparar a un águila.

“El hombre se da cuenta gracias al mono que prefiere volar a vivir en el subsuelo, así que se queda con el águila. Al fin y al cabo los deseos nos muestran el futuro, no el real, por supuesto, sino el que quisiéramos que fuese.

“–Y los sueños, –dice el mono–, nos muestran el futuro de los deseos insatisfechos.

“De momento, y a falta de algo mejor que hacer, el hombre se pide otra copa a ver si así le van creciendo en los omóplatos un buen par de alas.

“Hace rato que el hombre ha tomado la decisión de salir del bar, pero sigue pegado a la barra, como esa rana que ha decidido saltar a la otra orilla pero todavía no ha movido el anca. El hombre apura la copa de anís y se pide otra.

“–Para el camino, –se engaña.

Con cada trago se le acorcha un poco más su corazón con una coraza de gomaespuma. Con cada trago se mete más en sí mismo.

“–Soy un caracol en su concha, –murmura por lo bajo el hombre y mira en derredor, pero nadie le ha oído. El camarero sirve cafés con porras a buen ritmo y los clientes están cada uno a lo suyo. La televisión, ajena a los vaivenes del corazón humano, sigue irradiando sus mensaje (todo va bien, no pasa nada) desde las alturas, y en cuanto al mono de las pelotas azules, ha ido a sacar tabaco de la máquina.

“Sería un momento óptimo para que el hombre empezara a creer en la reencarnación, o en la transmigración de las almas.

“–Largo es el camino desde el caracol hasta el águila, –se dice, y él mismo se extraña de sus palabras. El mono regresa con un cigarrillo encendido entre los labios y le dice, mientras le echa el humo en la cara:

“–Técnicamente el ascenso hacia el águila es un descenso en la cadena del ser. Por mucho que vuele y que sea el símbolo de la libertad, o de pureza, no deja de ser un animal inferior.

“–Ah.

“El mono se le sube en el hombro izquierdo y le dice al oído:

“–Para ingresar en este tipo de religiones en las que vas viajando de un bicho a otro, lo más conveniente es someter tu espíritu a un test para determinar con exactitud en qué punto de la cadena del ser te encuentras y cuál cuál es el estado real de tu karma.

“El hombre, que ha leído algún folleto sobre el asunto, quiere decir algo, pero el mono se lleva el dedo índice a los labios y continúa.

“–Por lo que respecta a vosotros, los humanos, en un extremo está el cerdo y en el otro el ángel.

“El hombre, cuyo espíritu tiende a retorcerse como un sacacorchos, gira los ojos hacia dentro. El anís ha cerrado uno a uno los conductos del alma y le ha dejado a solas con sus juguetes. Hace ya un buen rato que el mundo exterior se ha difuminado. El cuerpo del hombre está en el bar, con un mono sobre el hombro, lo que le da un aspecto de marinero en una taberna de los mares del Sur, pero su mente se encuentra a muchos metros por debajo del suelo.

“El hombre no escucha al mono. Ni siquiera es capaz de oír sus propios pensamientos. Algo en su mente se desliza con suavidad hacia la alucinación, que en su caso se presenta como una mezcla bastante coherente de euforia y angustia. El hombre sabe que en cuanto tome unos cuantos sorbos más de anís se encontrará girando en las circunvoluciones de su propio cerebro como en los toboganes de un parque acuático.

“El mono le mira, se rasca y sonrío.

“–Ten cuidado, que te vas a provocar una fuga en el cráneo y se te van a escapar los pensamientos.

“Mientras habla, el mono examina con curiosidad una aceituna rellena pinchada en un palillo.

“El hombre, que no está para muchas filosofías, se pide otra copa. El hombre debería saber a estas alturas que algunas preguntas tienen respuesta y que otras simplemente crecen en la garganta como un rumor lejano de hojas secas.

“–La sabiduría es una zorra caprichosa que sólo visita a unos pocos. La mayoría tenemos que contentarnos con funcionar a base de intuiciones.

“El mono se limpia las uñas con un palillo mientras el hombre apura su copa.

“–Los humanos sois realmente graciosos. Plantáis un castaño para que unos desconocidos que no han nacido todavía fabriquen marrón glacé. Tardáis cuarenta años en atravesar el desierto y morís cuando a lo lejos se vislumbra entre la calima los valles fértiles de la tierra prometida. Vuestra vida está llena de esfuerzos que nunca han tenido resultados. A pesar de esta evidencia, casi nadie se concentra en el esfuerzo y son contados los que alcanzan a tener un sentido deportivo de la vida. Todos quieren resultados, como si la vida fuera una multinacional y el valor de cada uno se midiera por la cantidad de neumáticos que vende. Definitivamente os falta sentido del humor y os lo tomáis todo por la tremenda.

“–¿Qué quieres decir?

“–Que la vida es una broma que os gasta Dios y vosotros os empeñáis en tomárosla demasiado en serio.

“–Vivir como si no fueras a morir nunca o vivir como si fueras a morir mañana. That is the question,– dice el hombre entre dientes.

“En la época en que transcurre esta historia sólo dos o tres trenes paran en la localidad donde se ha apeado el hombre. Tal anomalía ferroviaria en el siglo de la alta velocidad se explica por el desequilibrio de un mundo escindido en el que conviven sin aparente contradicción la tecnología del silicio, las hambrunas de Etiopía y la brutalidad del asesino en serie. El hombre, que se ha bajado de unos de esos escasos trenes, apura la copa, sale de la cantina y atraviesa el descampado que separa la estación de los barrios periféricos.

“En la época en que transcurre esta historia la localidad todavía no tiene Centro Comercial. Los políticos autóctonos, de cuando en cuando, prometen uno. También hablan de arreglar las aceras y de construir una ciberbiblioteca, pero hoy por hoy estas mejoras no son una prioridad. Falta bastante para las votaciones y el único vestigio que recuerda a los ciudadanos la cita periódica con las urnas son unos carteles descoloridos donde un candidato con la cara demasiado pálida le hace una mueca amistosa a la nada. El hombre piensa que aquel individuo bidimensional que sonríe desde la pared como sólo saben sonreír los gilipollas padece alguna dolencia hepática. Los muros, por su parte, no piensan nada. Se limitan a deshacerse pacientemente de los carteles con la inestimable ayuda de los meteoros.

El hombre deja atrás las últimas casas, coge el camino que tuerce a la derecha y camina por la cuesta que sube entre los olivos.

(Ojo: en el siguiente capítulo el mono y el hombre están todavía en el bar)

“La vida es una experiencia inmediata diseñada para ser percibida en directo, pero hay algo en este hecho brutal que acojona a la mayoría. La realidad es una erosión que atraviesa las pieles demasiado delgadas y avanza imparable hacia el núcleo del espíritu. El miedo se pone a trabajar de inmediato y en unos instantes elabora una lista de refugios donde ponerse a salvo de las verdades que sobrevuela las cabezas como aves de mal agüero.

“El mono reflexiona un momento mientras se espulga el cuello. Luego saca un librito de algún lugar de su pecho, se acaricia el mentón y lee:

–”Lo más razonable, puesto que la dualidad parece ser consustancial a los humanos, parece ser mantener la mitad inferior del cuerpo pegada a la tierra y dejar que se extienda hacia el cielo la mitad superior, donde, salvo casos excepcionales, se encuentra el cerebro. Una tradición sustentada en una amplia experiencia advierte que si invierte este orden los resultados pueden ser impredecibles. Que la cabeza se hunda en la tierra mientras los pies vuelan hacia el cielo hace de nosotros una variante de la cebolla, del tulipán o del lirio silvestre.

“El mono mira al hombre por encima de las gafas de cerca, cierra el libro y se lo guarda en el bolsillo.

“–Los humanos sois demasiado inestables y un tanto infantiles. Por eso os complicáis tanto. Vuestro cuerpo está en un lugar y vuestra mente desea estar en otro. Siempre añorando lo que no tenéis, siempre llorando por la luna. No es extraño que os paséis la historia inventando universos paralelos y sintiendo que la vida que vivís no es la verdadera. Lo que os mata a vosotros es la metafísica y la gramática. La metafísica os instala en una realidad dual y la gramática os da la ilusión de que hay un sujeto estático hace. Pero así no funcionan las cosas. La realidad es un flujo incesante y caótico donde no hay sujetos, sólo hacer y movimiento. El ser es una de esas fantasías que habría que deshacer a martillazos.

“El hombre escucha al mono y considera seriamente la posibilidad de que la realidad y sus fantasías sean dos caras de una misma puerta. Al fin y al cabo lo fantástico siempre brota de lo cotidiano y cualquier recuerdo es, en el fondo, una fábula.

“El mono, que para llegar hasta estas páginas ha viajado desde su universo de monos sabios a través de un laberinto de pasillos y escaleras sigue a lo suyo, que es dar por saco:

“–Me gustaría saber quién os metió a los humanos el miedo en el cuerpo.

“El hombre yergue repentinamente la espalda, como si un enano cabrón le hubiera grapado un huevo, y se queda inmóvil.

“–El miedo a la verdad es el miedo a los espejos, –dice el mono, que tiene una afición desmedida a los aforismos.

“El hombre piensa que el mejor remedio contra el miedo es subir en silencio la escalera, pisar con cuidado para que no cruja la madera, abrir con cautela la puerta acercarse al lecho con pies de gato y asfixiarla con la almohada.

“El miedo ha penetrado en los tejidos y empieza a encoger el cuerpo, que se ovilla para proteger los órganos sexuales. Cuando las cosas se ponen chungas, la Naturaleza manda un mensaje muy claro: pase lo que pase, tú salva la polla.

“–En su nivel biológico la vida es un puto caos, –dice el mono, y ensaya un

gesto torero mientras espera la respuesta

“El hombre se refugia en los recuerdos, que en su caso son la reconstrucción imaginaria de escenas que nunca existieron.

“«No estaría mal dejar de ser lo que soy y empezar a ser lo que recuerdo que podía haber sido», piensa el hombre.

“–Ten cuidado, –le dice el mono al oído–. Empeñarse en ver la verdad de lo que eres te puede costar los ojos.

“El mono acaba de liar un cigarrillo y pasa la lengua por el borde engomado.

“–Desde otro punto de vista, o probablemente desde el mismo, eso de que la vida es un sueño no deja de ser una ilusión que se desvanece ante la rotunda presencia de un árbol o el brillo del sol en la espalda sudorosa del preso que cava una zanja.

“El mono da unas cuantas caladas rápidas y recorta la ceniza con la uña del dedo pequeño.

“–Lo que os pierde a los hombres es el ego. Los animales, sin embargo, carecemos de ese órgano. Que nos va bastante mejor sin él es evidente. A las pruebas me remito. El león, con todo lo que es, cuando le salen al paso cinco o seis hienas no se pone en plan chulo ni tiene que demostrar que para huevos, los suyos. El león evalúa sus posibilidades y sale de najas si no se salen las cuentas. Cuando está a salvo no se siente avergonzado, ni está venga a darle vueltas a ver qué pensarán los otros leones de lo que ha hecho, ni alimenta un resentimiento contra las hienas, verás cuando me vuelva a encontrar con ellas, las hago picadillo. No, el león huye y su orgullo no sufre simplemente porque carece de ego. El león se limita a hacerle caso a una voz interior que le dice Salva tu vida y reproducete.

“El hombre recuerda su viaje a Tanzania. Los leones estaban constantemente durmiendo la siesta.

“–Vosotros, –continúa el mono apoyando las dos manos en el atril imaginario desde el que dicta su conferencia no menos imaginaria– vivís como si siempre os estuviérais examinando y tuviérais que dar permanentemente la talla.

“«El ojo de Dios», piensa el hombre

“–El trabajo físico es la única terapia eficaz para alejar las estupideces del cerebro, –dice el mono–. Después de segar un campo te quedan pocas ganas de comerte el coco. En eso coincido con tu médico. La mejor medicina es sentir en uno mismo el impulso que hace crecer la hierba.

“El hombre piensa que el mono probablemente tiene razón, pero a él le resulta más fácil seguir girando alrededor de su propio ombligo. De esta manera es rey, reina, bufón, súbdito y mensajero, todo al mismo tiempo.

“–La ventaja de los mundos interiores es que en ellos haces lo que te sale de los cojones, –dice el mono–. Si no quieres no te duchas, duermes cuando te rota, y unos duendecillos serviciales trabajan para ti por las noches. Al fin y al cabo los humanos os vais construyendo a base de fantasía y de memoria. En cuanto al olvido, eso es patrimonio de los dioses.

“El mono se calla y observa las reacciones del hombre, que se acoda en la barra y enciende un cigarrillo tras otro. Alrededor de su cabeza y confundidos

con el humo del tabaco, flotan pensamientos y emociones que adoptan la forma cambiante y caprichosa de las nubes.

“–La metafísica es lo que os mata. Malgastáis vuestro tiempo añorando el cielo del que habéis sido expulsados y buscando el camino que conduce al otro lado de las cosas. Unos lo encontráis en la hendidura de los sueños; otros, en la cicatriz del sexo. La mayoría os negáis a aceptar que el flujo caótico de la vida es la única realidad.

“El hombre sabe por experiencia que las brechas que comunican con el otro lado son una invitación a que los demonios de la demencia aniden en tu cabeza.

“Inesperadamente la luz se hace silencio y el hombre deja de escuchar las voces. Desde niño ha aprendido a refugiarse en los recuerdos de otros y a apropiarse de los despojos de vida que alguien dejó olvidados bajo la cama, como unas medias arrugadas, y a soñar los sueños que quedan impregnados en las almohadas de los hoteles.

“El mono se ha pedido un martini seco –agitado, pero no mezclado– y habla mientras hojea una revista de motos.

–Yo, en tu caso, me extirparía el órgano de la memoria y aprovecharía las increíbles ventajas de vivir parcialmente descerebrado. Acabo de leerlo: el olvido es el patrimonio de los dioses.

“El hombre ha intentado durante años reconstruir los episodios de su vida en busca de la raíz del desaliento, pero se ha dado cuenta de que intentar compaginar las distintas secuencias de su vida es como querer recomponer una imagen coherente con piezas de puzzles distintos. Las pocas fotos familiares que conserva están pegadas aleatoriamente en las paredes de la buhardilla y le observan en silencio.

“El hombre acudió durante un tiempo a la consulta de un analista. Él hablaba y el loquero le observaba en silencio. A veces el psiquiatra apoyaba el mentón en la mano y entrecerraba lentamente los párpados. El analista era un profesional que había desarrollado la suficiente experiencia como para mirar con sagacidad al paciente mientras repasa la lista de la compra o mordisquea con los dientes de la imaginación las jugosas tetas de la enfermera. El loquero concede a todos sus clientes el tiempo establecido en el contrato y al final de la sesión simplifica el diagnóstico y escribe en la ficha: a) depresión; o bien b) trastorno obsesivo-compulsivo.

“El psiquiatra, en ambos caos, receta unas pastillas de colores cuya magia reside en que a los veinte minutos de ingerirlas puedes presenciar cómo una escuadra de boy scouts viola a tu madre sin que te importe un carajo.

“El hombre lleva las píldoras en el bolsillo y cuando las toma se instala en una duermevela que acaba convenciéndole de que su cuerpo se ha separado unos pocos milímetros de la realidad, los suficientes para que se sienta a salvo.

“–Conozco la sensación, –dice el mono, que en otros tiempos participó en experimentos científicos. –Es como si te hubieran invitado a una fiesta y estuvieras solo en un cuarto mientras los invitados conversan animadamente en la habitación de al lado.

“Casi todo el mundo ha caminado alguna vez por un lugar encantado que transmite la sensación de extrañeza familiar que emana de los espacios soñados.

Con la medicación el hombre vive como si ya no estuviera aquí, como si sus miembros hubieran brotado de la niebla que acaba de desvanecer la suave brisa de la mañana.

“Cómo será no sentir en la espalda la contractura del pasado, cómo será dejar de escuchar la voz alargada de los ancestros y renunciar a los ecos que empañan la pureza que sólo posee lo inmediato.

“–Si pudieras extirparte la memoria, –mientras habla, el mono examina cuidadosamente una cáscara de cacahuete que alguien ha dejado sobre el mostrador,– si pudieras extirparte la memoria y vivir unos minutos sin ella te darías cuenta de hasta qué punto los recuerdos son un tumor maligno que te corroe por dentro.

“El mono se detiene y duda antes de pronunciar la siguiente frase.

“–Si renunciaras al pasado podrías renunciar también a ese otro tipo de memoria que es el futuro.– El mono roe un hueso de aceituna que ha encontrado en un vaso de cóctel–. Sin pasado y sin futuro desaparecería el miedo, que es otro tumor de crecimiento incontrolado con metástasis en la fantasía. Así te convencerías de que toda la felicidad posible está aquí, en este instante. Sólo hay que alargar el brazo para capturarla. Lo demás no son sino los sueños que atraviesan la cabeza de un fauno durmiendo la siesta.

“El hombre visualiza un río donde la mayoría de la gente flota despreocupada. La megafonía del merendero recuerda que nadie debe bañarse antes de haber completado la digestión de los alimentos, da instrucciones concretas para reír y llorar, enumera los ingredientes de un desayuno nutritivo, y aconseja qué conviene decir momentos antes de la muerte, en tono festivo o sombrío.

“–En el río de la vida la mayoría se dejan llevar. Sólo unos pocos inadaptados se empeñan en nadar contra corriente, dice el mono.

«Si pudiera detener el giro incesante de las cosas...»

“El hombre corta la frase y la deja suspendida en la sugerencia.

“El mono piensa que una especie que ha inventado la hipótesis y el modo subjuntivo de los verbos tiene muy pocas posibilidades de sobrevivir.

“–Lo tenéis realmente jodido.

“El hombre no recuerda que haya ningún río cerca del pueblo. No es éste un país muy hidráulico. No hay un río, pero sí una senda que asciende por la ladera de los cerros donde crecen los olivos. Cuando el hombre deje atrás el depósito de agua y las ruinas de un antiguo campamento falangista donde crece un granado coronará la loma y podrá observar desde la elevación cómo se multiplica la llanura en distintos perfiles de azules que se desvanecen en el horizonte. El hombre recorre el camino con la imaginación. Su mente está lejos pero su cuerpo sigue en el bar.

“–Vaya, veo que te gusta vivir de cabeza.

“El hombre sabe que la imaginación se sube cualquier cuesta de forma instantánea, por muy empinada que sea. El problema es cuando además de la mente, uno quiere llevar también el cuerpo.

“–El pensamiento precede a la acción, –le susurra el mono, que ha sacado el reloj de pulsera que un camarero ha colocado en una botella de coñac y se lo ha puesto en el cuello–. ¿Conoces la historia de Marta y de María?

“El hombre paga sus copas y sale del bar. Atraviesa la plaza, callejea por las afueras y deja atrás las últimas casas del pueblo. En la antigua estación arranca

la senda. El hombre empieza a subir, seguido a poca distancia por sus obsesiones, que le sobrevuelan la cabeza como una diminuta nube de mosquitos. Las sustancias tóxicas que ha ingerido acentúan en él la sensación de extrañamiento, y el hombre observa el paisaje con el asombro del primer hombre, como si el mundo estuviera recién creado y las cosas aún no tuvieran nombre y hubiera que señalarlas con el dedo. El hombre se agacha y coge una piedra. Se asombra de que ya no esté caliente.

–¿Qué te pasa?, –pregunta el mono–. Pareces como alelado.

“El hombre sale de la senda, apoya el brazo en el tronco del primer olivo con el que se topa, agacha la cabeza y vomita. El mono le coloca la mano en la frente y le habla al oído.

“–No es lo mismo mirar las cosas con los ojos del cuerpo que percibir la realidad con las membranas del alma.

“El hombre se pregunta si son esas membranas las que se activan cuando se te da la vuelta el cerebro y, mientras echas la pota, percibes en el estómago los ecos del primer día de la Creación. Es evidente que en un mundo en que todo se mueve sin descanso Dios reparte cartas nuevas a cada instante. En estas circunstancias las más firmes certezas son transitorias y hay que revisar constantemente el frágil catálogo de las verdades.

“–Estos son mis principios, –dice el mono–; si no le gustan tengo estos otros.

“El hombre ha dejado de vomitar, pero sigue con la cabeza apoyada en el árbol. El mono aprovecha su silencio para seguir hablando:

“–Con tanto vaivén no es raro que una misma secuencia de acontecimientos produzca resultados distintos en función de la latitud donde se desarrolle el fenómeno, la presión atmosférica en el momento exacto del evento, el grado de humedad en el ambiente y la dirección del viento. A los humanos os resulta imposible prever si ganaréis el juicio por blanqueo de capitales o si realmente pasaréis las vacaciones en Bosnia, como tenéis previsto.

“«Lo que yo digo», piensa el hombre, «el puto caos».

“–En un mundo tan incierto e inestable en el que todo está conectado por hilos misteriosos e invisibles, o en el que directamente el caos es el puto amo, cualquier cosa es posible, incluso la Santísima Trinidad. Una revolución social en Haití, la erupción de un volcán dormido o la aceleración de la deriva de los continentes puede deberse a factores tan aleatorios como el cambio en la tonalidad del cielo al amanecer, la cópula de dos rinocerontes blancos en Tanzania o el vuelo azaroso de las moscas alrededor de la lámpara de la cocina. Existe, sin embargo, una opción razonable.

“«¿Cuál es», –pregunta el hombre.

“–Hacer de tu vida una obra de arte.

“El hombre expulsa con el último espasmo los restos de su estómago y se limpia la boca.

“«¿Quieres decir que en un mundo mutante la tierra captura los rayos del sol y los transforma en espigas en unas coordenadas precisas y un poco más allá esos mismos rayos hacen destilar en el atardecer el olor amargo de la muerte?

“–Exactamente. Cuando quiebras el tallo de un girasol y aspiras el aroma

que impregna en los dedos la savia que nace en la tierra y asciende por los vasos de la planta es probable que te evoque una tarde de junio o un lago entre montañas donde algunos jóvenes moderadamente ebrios practican ski acuático con la lancha fuera borda del padre de uno de ellos. Sin embargo si le haces una incisión al geranio plantado en el alféizar de la ventana y lo olfateas, lo que suele brotar en la memoria es la nostalgia de la luna, medio oculta tras el horizonte marino, y ese tufo que emanan las criptas donde los reyes veneran el esqueleto de sus ancestros.

“El mono ha cortado una ramita y se rasca con ella la espalda. El hombre se ha erguido y continúa su camino por la senda. El mono se le ha subido a los hombros y desde allí continúa declamando su sermón.

“–Combatir las sensaciones asociadas a la degradación y a la muerte es una de las tareas más arduas e inútiles que podéis emprender los seres humanos, y sin embargo es un trabajo al que le dedicáis la mejor parte de vuestras energías. A las demás especies nos asombra los terribles esfuerzos que empleáis en negar que todo cuanto existe se corrompe y camina hacia la muerte. A ver quién es el listo que discute eso. Uno puede pensar que la realidad es dual, convencer de que vive en un mundo de apariencias y consolarse pensando que en esta tierra ha llevado la vida de los hombres y que en el más allá llevará la vida de los dioses, pero esto no oculta que la muerte es la única certeza que emerge una y otra vez en medio del caos.

“El hombre piensa que no es tan extraño. Al fin y al cabo la especie humana se ha pasado siglos negando que la tierra no es el centro del universo, que el hombre desciende del mono y que, en buena lógica, Dios debe ser King Kong y que su mente está dominada por las fuerzas incontrolables del inconsciente.

«Mi especie está especializada en negar lo evidente», dice entre dientes.

“–Por otro lado, –sigue el mono– los que defienden la dualidad de lo real no se contentan con consolarse en privado sino que intentan convencer al resto de los humanos de que se conviertan a su creencia. Esto la hace sumamente sospechosa de falsedad. Muy poco seguro de sí mismo está quien exige que los demás piensen como él. Esto del pensamiento único lo inventaron las religiones. Pues bie, esta gente que cree en el más allá, también predica un más allá dual en el que hay un cielo con ángeles en pelota y un infierno donde unos demonios bastante cabroncetes se divierten friendo las almas de los pecadores como si fueran boquerones.

“El hombre se ha detenido para coger aliento y aprovecha la pausa para encender un cigarro.

“–Os coméis el coco sin provecho, –dice el mono–. El infierno lo lleváis incorporado en las obsesiones y sobre cada uno de vosotros sobrevuela un círculo del averno. Cada cual tiene el suyo. La única condena que pesa sobre vosotros es la incapacidad de amar.

“El mono se ha subido a la rama de un almendro y carga su pipa con tabaco holandés.

“El hombre ha intentado redimirse colaborando con organizaciones humanitarias de esas que por una módica cuota te aseguran que estás salvando a un niño desnutrido en Filipinas, o en la Amazonía. El hombre no es especialmente

solidario, al menos no hasta el punto de identificarse con otros seres humanos. Al hombre le cuesta un huevo calzarse los zapatos de los demás y caminar con ellos unos kilómetros. Al fin y al cabo lo que más le gusta es sentirse diferente y un puntito por encima de los otros. Tampoco le resulta fácil tomar conciencia de que los elementos químicos que se encuentran en su cuerpo son idénticos a los que forman las rocas basálticas de Islandia, los bosques de Alaska y la constelación de Ganimedes.

“–A vosotros os pierde la vanidad, –dice el mono mientras echa humo por la comisura derecha–, que os viene de serie con la inteligencia.

“Si al hombre se le concediese un instante de honestidad consigo mismo reconocería que se ha acercado a las organizaciones humanitarias con la intención de echar un polvo. El hombre llega al local y mientras calcula de reojo sus posibilidades de encamarse, contempla con gesto a medio camino entre la compunción y la rabia las fotos de los niños famélicos que juegan con el barro en poblados miserables, pero enseguida siente el alivio del hombre blanco.

“–Menos mal que pertenezco a la estirpe de Rembrant, Bach y Dostoievski.

“–Si se lee entre líneas la frase, –dice el mono, –en realidad lo que quieres decir es “Menos mal que no estoy en una situación tan jodida como para necesitar la ayuda de una organización humanitaria”.

“El hombre también pertenece a una organización que defiende los Derechos Humanos en países cuyo nombre hay que buscar en un atlas puesto al día. De los Derechos de los Hombres a los Derechos de las Plantas y los Animales no hay más que medio paso, así que no ha tardado en participar en las campañas que defienden al lince ibérico de las excavadoras y que están en contra de la caza y de las corridas de toros.

“El hombre no carece de inventiva, y en sus ratos de ocio –que son bastantes al cabo del día– se ha entretenido diseñando un sistema de túneles para enterrar las principales autopistas del país. Al fin y al cabo las vías de comunicación favorecen el comercio de mercancías y el turismo interior, pero no dejan de ser barreras de asfalto que cortan las rutas de alimentación y apareamiento de los bichos. Ya se sabe que los animales tienen una vida repartida en dos únicas ocupaciones: alimentarse y follar. Su proyecto de enterramiento es bastante original y lo ha mandado a un par de concursos del Ministerio de Obras Públicas: tiene forma de estrella de David y conecta por el subsuelo las ciudades de más de quinientos mil habitantes. Alguien le ha dicho que parece una red del metro a lo bestia, y que el coste económico es tan elevado que la hace inviable, pero el hombre no hace caso. Él se siente orgulloso de su trabajo, y lo ha hecho encuadernar en cuero rojo con letras doradas, lo que le da un aspecto más serio, como de incunable.

“El hombre apaga el cigarro y continúa andando. Le falta poco para dejar atrás los olivos y las viñas y llegar a lo alto del cerro. En el bosque de granados tuerce a la izquierda y camina por la senda que conduce a un paraje que los lugareños llaman Valdegatos. Hay allí una antigua cantera de mármol y una fábrica de cemento cerrada desde hace tiempo. Algunos años atrás las máquinas perforaron el acuífero y la cantera se ha inundado. El ingeniero dijo que no compensaba el gasto de drenar el agua y la explotación fue abandonada.

“El agua embalsada ha formado un lago. Al hombre le gusta caminar hasta allí, sentarse en la orilla y dejarse acariciar por el tiempo.

“El hombre se sienta en un risco y observa cómo se desplaza sobre la tierra la sombra de tres árboles solitarios que crecen con una inclinación idéntica de quince grados, como si el soplo de un gigante los hubiera escorado. Las aguas del lago son de un color verde azulado y le recuerdan los ojos de alguna novia de la adolescencia cuyo nombre hace tiempo que ha olvidado. Cuando el sol está más alto las carpas chupan el verdín de las cañas que crecen cerca de la orilla y generan una extraña melodía sincopada. Al atardecer se posa en la superficie una bandada de patos. Luego, cuando se rompe en el cielo una de las venas del crepúsculo, se derrama sobre las almas parte de la plenitud que flota en el aire envuelta en un sentimiento de pérdida, como el que emanan los muros de las casas que sangran.

“El hombre saca la pipa del bolsillo y la carga de tabaco. El hombre mira soñadoramente el lago, como ha visto que hacen los personajes de la tele, y se acuerda sin querer de cuánto le ha gustado la natación desde niño.

“–Incluso ganaste un campeonato escolar cuando tenías nueve años, –dice el mono.

“«Sí, y me seleccionaron para los campeonatos provinciales».

“El hombre enciende la pipa y se concentra en el humo dulzón que penetra lentamente en sus pulmones. La nicotina llega al cerebro y expande su mensaje: no sentir, no pensar.

“El hombre aspira el humo del tabaco y por un instante se desdobra en ese extraño que apareció hace ya algunos años, cuando fumaba hachish y bebía absenta en los cafetines de Malasaña. El desdoblamiento es breve y apenas alcanza para un breve vuelo alrededor del hombre que, sentado de espaldas, contempla el horizonte.

“«No soy más que un punto minúsculo en un paisaje inmenso», –dice el hombre en voz alta.

“–Ése es tu verdadero tamaño, –apunta el mono.

“Desde algún punto de vista el planeta es un grandioso organismo con innumerables conexiones neuronales. Desde cualquier punto de vista elevado los individuos son insignificantes. Cuanta más elevación, mayor insignificancia. El hombre aprovecha el vuelo de la razón para entrecerrar los ojos y disolverse. El sol sigue implacable su curso y uno de los rayos hace brillar un objeto. Sin las gafas de lejos y a esta distancia parece un guardabarros, pero la cosa no está clara. El hombre saca las lupas del bolsillo y se las pone. La forma borrosa se concreta en un viejo simca mil medio sumergido. Un poco más allá un frigorífico está varado en el barro como un cetáceo blanco. No muy lejos, entre los juncos, flota el cadáver hinchado de un perro. El hombre se pone en pie, vacía la pipa, se la guarda en el bolsillo. Con pasos lentos y medidos bordea el lago. Cuando completa el perímetro ha anotado mentalmente dos sillones rotos, tres televisores desvencijados y algunos pequeños electrodomésticos. Alguien ha convertido el lago en un vertedero de residuos urbanos.

“Contemplar aquellos despojos de una civilización en permanente declive le produce una sensación ambivalente de desolación y tristeza. Desolación

porque la Naturaleza ha sido de nuevo profanada, y tristeza por los objetos desvencijados.

“¿De qué color es tu tristeza? –pregunta el mono, que cree que el sonido de las trompetas es rojo y los arpegios del fagot violeta.

“El hombre piensa que muchos de aquellos desechos han servido alguna vez para alegrar los hogares, seguro que alguno incluso ha sido el regalo para una madre abnegada el día de su cumpleaños. Observar la desintegración del pasado siempre le deja al hombre una irremediable sensación de pérdida. Las tostadoras, las licuadoras, los robots de cocina se oxidan semienterrados en el fango y simbolizan con su deterioro el imparable viaje de regreso a la tierra en el que está embarcado todo lo existente. Por un instante el hombre se ve a sí mismo como el protagonista de una vieja película en blanco y negro que flota boca abajo en la laguna. La cámara toma la imagen desde el fondo, desde el punto de vista del ahogado.

“–Será desde el punto de vista del lenguado, –comenta el mono.

“Amanece en la película. El contorno del cuerpo está orlado por un aura y el agua cabrillea con un brillo repentino y geométrico.

“Mientras el mundo gira sobre sí mismo con la inercia del primer impulso, en la orilla del lago un somier se oxida a un ritmo demasiado lento para ser percibido por el cerebro humano. El deterioro del hierro puede ser contemplado como un acto evidente de disolución o como un proceso creativo. Todo depende del temperamento del observador.

“Aquellos espectadores de personalidad trágica no ven en la herrumbre más que degradación y muerte. La oxidación es la prueba irrefutable y palpable de que todo camina irremisiblemente hacia el caos. ¿Por qué preocuparse?, dicen unos. Follemos cuanto sea posible. Otros, sin embargo, optan por el recogimiento de la vida conventual.

“Para los contempladores con un concepto deportivo de la vida, la degradación es hermosa. Al fin y al cabo, dicen, el hierro se disuelve para regresar a la pureza primigenia de los elementos químicos.

“–Yo, si hiciera una escultura con hierros oxidados, la titularía Por qué no probáis a meteros vuestra basura por el orto, –apunta el mono, al que de cuando en cuando le gusta jugar con una brocha.

“El tema de la degradación da para bastantes páginas. Por algún lado, quizás por el más filosófico, la destrucción de los límites de las cosas, ya sea por oxidación o por putrefacción, libera los elementos matriciales encerrados en su interior. La exuberancia de la realidad se reduce así a unidades mínimas.

“–Vuestra necesidad de simplificar, –explica el mono–es la propia del niño que destripa el juguete en vez de jugar con él. La vida está para ser vivida, no para malgastar el tiempo analizándola.

“El hombre piensa que si el amor trasciende los límites de las personas y nos hace ir hacia los otros, las cosas se deterioran porque están enamoradas: pierden sus límites y se funden con el cosmos.

“–Eso lo has leído en algún libro, –dice el mono–, pero recuerda que lo que sale en los libros no se parece ni de lejos a lo que ocurre en la realidad.

“En determinados libros el amor se presenta como la disolución de los límites, pero en ese ámbito de lo inmediato que llamamos realidad, lo que se conoce como amor suele ser una mera cuestión de tamaño: el tamaño de la cartera, el tamaño del pene, el tamaño de las tetas, el tamaño de la casa, el tamaño de la envidia que despiertas en tus compañeros de trabajo porque te estás follando a la secretaria, ésa que siempre viene con minifalda. Ellas miden el amor por la cantidad de ceros que presenta el saldo de la tarjeta de crédito y por el tamaño de la cachiporra, y ellos por los centímetros cúbicos de las glándulas que ellas lucen sobre los pulmones, por su capacidad para desafiar la ley de la gravedad y por la profundidad de su garganta.

“En los libros se leen las frases bellas, pero en los libros no habla la vida, tampoco en éste, no se hagan ilusiones los que lo están leyendo. En los libros, aunque uno se empeñe en describir lo más sórdido y abyecto y trate a sus personajes como si fueran insectos clavados a una tabla con un alfiler, lo que funciona es la fantasía, que es la glándula con cuyas secreciones algunos inadaptados intentan sustituir la realidad.

“A los escritores les encanta creer que ejercen una influencia decisiva en la

marcha de las cosas, pero se olvidan de que todos los libros del mundo son incapaces de evitar que se seque la hoja de un árbol que un cabrón abuse con impunidad de un niño. Es indudable que en los libros de enamorados se leen frases llamativas del tipo «Item más, dispongo que a nuestra muerte se mezclen las cenizas» o «Ahora procedo a beberme tus cartas mezcladas con este vinillo que resucitaría a un muerto». Los lectores valoran lo que les conmueve, pero el sentimiento, en literatura, es un fraude. El lector conmovido no goza de la obra, sino de sí mismo.

–Es, por tanto, una práctica onanista, –concluye el mono.

“Los sentimientos encuadrados son ficticios. Si en vez de los libros lees la vida lo que te encuentras son varones que llaman amor al deseo de unirse a una mujer-madre de esas que hacen la comida, planchan camisas y dan teta mientras te acunan con su voz aterciopelada. Las hembras, por su parte, suelen buscar un hombre-padre que proyecte una sombra lo suficientemente amplia como para cobijarse bajo ella, que arregle los enchufes y que cargue las bolsas del supermercado.

“Mientras la especie se emepeñe en mantener las actitudes de la infancia hasta la muerte, no vamos a ninguna parte, salvo a la extinción, que, dadas las circunstancias, no es una posibilidad tan descabellada. Si nos extinguimos a lo mejor dejamos de taponar el ascenso de otras especies.

–Por ejemplo, la nuestra, –dice el mono.

–No está claro que seáis una especie distinta –dice el hombre–. Ya se ha debatido otorgar derechos humanos y uno de los vuestros fue elegido miembro de una Academia. Yo me refiero más bien a las cucarachas y a las ratas. En cualquier caso, si nos extinguimos a lo mejor dejamos abierta la puerta para que por fin se desarrolle algo de vida inteligente en el planeta.

–Lo que os mata a vosotros es la contradicción, –dice el mono–. Os gusta sentir os únicos y al mismo tiempo queréis disolveros en la muerte.

–No sé dónde ves el problema. Se trata de armonizar los contrarios mediante trucos lingüísticos.

–Ponme un ejemplo.

–Para encontrar mi identidad he de olvidarme de mí mismo porque yo no estoy en mí, sino en los otros.

–O sea, que la paradoja es el lenguaje falsea la realidad pero es la única herramienta de la que disponéis para relacionaros con ella.

–Más o menos ésa es la cuestión. La misma estructura de la sintaxis te da la sensación de que hay un sujeto estático haciendo algo, pero aquí todo fluye sin descanso.

–¿Quieres decir que la sintaxis es la culpable de la confusión?

–Sí.

“El mono se rasca la cabeza y piensa en voz alta.

–Quizás algún día encontraréis también en la sintaxis el germen de vuestra impaciencia.

–¿A qué te refieres?

–Pues a que utilizáis la mayor parte de vuestro tiempo en intentar controlar el futuro.

“–Es que lo desconocido acojona, –se justifica el hombre.

“–Ya, pero os pongáis como os pongáis, todo lo que está vivo camina sin remisión hacia la tabla periódica de elementos, que es lo único que quedará de vosotros cuando hayáis muerto. Carbono catorce y poco más. Instalarte en una caja de madera y disolverte en los rectángulos de colores de la tabla periódica es una invitación a abandonar la nostalgia que se asocia con la decadencia de las cosas.

“El hombre piensa que el mono tiene razón. «A los humanos nos encanta darnos importancia y ponernos trascendentales. Si dejamos fluir la vida, ¿quién se fijará en nosotros?, ¿quién hablará de nuestras pequeñas tragedias?»

“–A ver si eres capaz de seguir este razonamiento, dice el mono–. Del vacío brota el nirvana, en el nirvana mueren el deseo para que nazca el silencio, en el silencio se armonizan las contradicciones, ergo, estáis condenados a perder una y otra vez el paraíso hacia el que camináis como pollos sin cabeza.

“El hombre piensa que un día de estos debería empezar a respetar las decisiones que toma, en aras de una hipotética coherencia, pero la verdad es que encuentra un placer especial en contradecirse, como si este hecho fuera suficiente, por sí mismo, para justificar su existencia.

“El hombre intenta poner la mente en blanco y observar desde fuera sus pensamientos, que vuelan entre las nubes del inconsciente como pájaros embriagados de verano.

«Si me estoy quieto y no decido nada la muerte pasará de largo», se dice el hombre, pero el pensamiento infantil no es capaz de espantar las voces que resuenan en su cabeza como clientas exaltadas en una gran superficie.

“–Vuestro mundo está diseñado a base de extremos que se contradicen, –opina el mono–. La gracia está en hacerlos caminar de la mano, como esos matrimonios mal avenidos a los que les gustaría separarse pero no pueden porque a ver qué hacemos entonces con la hipoteca y con los niños. Por la razón que sea Dios os ha ecualizado a base de parejas que se atraen y se repelen a un tiempo. Supongo que pensó que así iba a ser más divertido.

“El mono atrapa al vuelo una mosca y, aquejado como está de incontinencia verbal, continúa:

“–El otro día vi en el parque al egoísmo paseando de la mano de la generosidad; según mis noticias, el amor y el odio son compañeros de piso en inmueble tan pequeño que toas las zonas comunes; la lujuria y el ascetismo tienen más puntos de contacto de lo que el Vaticano está dispuesto a reconocer; cuando el miedo se proyecta hacia atrás se llama cobardía, mientras que cuando te impulsa hacia delante se denomina valor; la pereza es la diligencia pero al otro lado del espejo. ¿Tienes bastante o sigo?

“El hombre piensa que Dios nos da los opuestos y nos ha encomendado el trabajo de encontrar la alquimia justa para que la fórmula funcione y no te estalle la mezcla en las narices.

“–Algunos ha querido integrar los extremos en una tercera realidad que todavía no tiene nombre porque seguramente no existe, o que no existe porque todavía no la habéis nombrado, –dice el mono–. El lenguaje articulado es un gran privilegio, pero si no se utiliza con cuidado puede ser una condena. Te lo digo yo, que he tenido que aprender a hablar hace poco.

“El hombre piensa que quien únicamente tiene claro cómo funciona el lenguaje es Dios. Cuando él abre la boca y pronuncia las palabras adecuadas con su voz de bajo profundo, las cosas se materializan echando hostias y sin rechistar, firmes, ar, a la orden de su Excelsa Majestad de los Espacios Siderales, sin novedad en el Alcázar.

“—Ése es el poder que para sí quisieran los magos: decir abracadabra y que las cosas ocurren, —dice el mono—Sin embargo quitando a Dios y a los magos, el lenguaje tiene escaso poder. Me refiero al poder necesario para torcer el curso de la realidad. Si los más preclaros cerebros, y los no tan preclaros, se concentraran al unísono para impedir que una brizna de hierba se secase, no lo conseguirían. Es bastante frustrante. Ergo, la realidad va a su bola y pasa de ti. Adáptate o extínguete, que diría Darwin.

“El hombre piensa que siempre queda el consuelo de construir con palabras un universo artificial y encerrarlo entre las tapas de un libro.

“—Sea como fuere, dice el mono, muchos de vosotros os pasáis más de la mitad de vuestro tiempo aprendiendo a liberar las palabras de la servidumbre de representar las cosas y en el momento de despediros de vuestra fantasía os dais cuenta de que os habéis dejado algunas frases en el tintero.

“El hombre piensa que, seguramente, lo que no se dice es más importante que lo que se dice, y que el silencio es más expresivo que la música.

“—Volviendo al asunto de los contrarios, —dice el mono—, yo creo que si estáis dispuestos a forzarlos para que se unan en una tercera realidad, habría que empezar por ponerle nombre al engendro. Como no tenéis demasiados recursos, lo que soléis hacer es trocear algunas que ya existen y unir los pedazos. Al fin y al cabo si con una cabeza de una mujer y el cuerpo de un pájaro hicisteis las sirenas y de la síntesis de dos libros surgió Ancia, podéis empezar a usar términos como la egorosidad, el amodio, el cobarlor, de lujucetismo, a ver qué pasa.

“El hombre piensa que seguramente la diferencia entre un filósofo y un artista es que el filósofo tiene una sola idea, mientras que el artista van picoteando aquí y allá.

“—Es lógico, —dice el mono, que las caza al vuelo—, al filósofo le interesa la verdad, mientras que el artista mira el lado estético del asunto. El filósofo razona: si la verdad es una, debe ser una la idea que la explique. Pero al artista no le interesa la verdad, sino lucir su ego. Ergo esto de jugar a crear palabras tiene poco de filosófico y algo de dudosamente artístico.

“Pero antes, piensa el hombre, la verdad era el sostén necesario para que la belleza emprendiera el vuelo.

“—Eso era antes, —dice el mono—; ahora la mayoría de los vuestros prefiere no enterarse de nada, seguramente porque la verdad les mataría. Creen que así viven felices. Se olvidan de que lo único que un ser humano puede convertir en obra de arte es su propia vida. El resto es emborronar lienzos y cuartillas.

“Eso quiere decir, piensa el hombre, en cuya cabeza el razonamiento sigue su curso de forma automática, que un filósofo explicaría las permanentes contradicciones de la vida cotidiana como una emanación de la Gran Contradicción.

“—Por ahí van los tiros, —dice el mono—. Eso quiere decir más exactamente

que los filósofos se pasan la vida buscando el mínimo común denominador.

“O el máximo común múltiplo. O la raíz común de los fenómenos dispersos.

“–Los filósofos buscan lo que hay detrás de las apariencias, –dice el mono–, aunque esto es otra mixtificación, quizás la más grande. Detrás de las apariencias no hay nada estático, ilimitado ni eterno. Eso del ser es una patochada. Te lo digo yo, que hasta hace poco he sentido la vida en directo, sin la intermediación del lenguaje. Esa es la mayor paja mental que os hacéis para negar lo evidente, y os la hacéis porque disponéis de las palabras. La sintaxis no os fue dada para explicar el mundo, pero como casi siempre, equivocáis las funciones de las cosas. Si en vez de pensar y hablar os dedicarais a vivir os daríais cuenta de que estáis inmersos es un constante flujo que regresa una y otra vez en los mismos, y a la vez en distintos términos, que estáis llenos de deseos que nunca se satisfacen. Sólo se aplazan y siempre se renuevan. Esa es la raíz de vuestro sufrimiento.

–Sí, la Gran Contradicción de la que hablabais.

“El hombre piensa que la tragedia del ser humano es que sabe que su reino es de este mundo, pero está tan escondido en algún sitio que casi nadie lo encuentra. La mayoría empieza a vislumbrar la senda de acceso y las primeras escarpaduras en el lecho de muerte, cuando apenas hay tiempo para abrir la boca y dejar que el alma escape en forma de vencejo. «Tiene pelotas la cosa, unas pelotas prietas y azules, como las del mono», se dice el hombre. Luego continúa su discurso en voz alta:

“–La Naturaleza nos exige a los seres humanos lo mismo que al resto de los seres vivos más un suplemento por pertenecer a la especie superior, una especie de cuota vip por ocupar el penthouse de la evolución.

“–Yo creo que no es así, –dice el mono–. Lo que pasa es que sentís un placer especial en rizar el rizo. Cuando llega su tiempo, la golondrina, cuelga el nido bajo el alero, folla y pone huevos. Los humanos folláis a tiempo completo y adornáis una cosa tan sencilla como es la reproducción con poemas que hablan de la comunión de los folladores y de la identidad metafísica del que folla con la creación, de la disolución del yo y de la perfección de lo amado. Más pajas mentales.

“El hombre piensa que es difícil determinar qué pretende alguien que le dice a una moza “tus pechos como gacelas mellizas”. A lo mejor su sensibilidad se ha puesto en marcha o puede que simplemente esté alucinando.

“No hay acuerdo sobre este asunto tampoco. Unos piensan que, de la misma manera que si metes una rama de un árbol en una mina de sal, la sacas recamada de bonitos cristales, si sumerges a una persona normalita en un alma proclive a la idealización la sacas al instante adornada de todas las perfecciones. En este sentido cualquiera puede ser la reina de Saba, si encuentra los ojos que así la retratan.

“–Los humanos queréis saber del amor antes de experimentarlo, y así no hay manera. Además, no sé qué le habéis visto a la realidad, pero huis de ella como de un nublado. El verdadero amor no os interesa, sólo os interesa el que sale en los libros.

“Y en la canción del verano, piensa el hombre.

“–Luego, cuando viene la realidad y pone las cosas en su sitio, todo salta en pedazos, y esos ojos que parecían tener la profundidad de los lagos alpinos en realidad te miran de esa manera tan sugerente porque padecen de miopía, o de astigmatismo. Los animales lo tenemos más claro. Nada nos sorprende y no nos comemos tanto el coco.

“El hombre piensa que el mono tiene razón. La Contradicción se multiplica por doquier, como dijo el filósofo aquel que acostumbraba a bañarse en el río que nunca era el mismo río, bueno, las orillas y el lecho sí, más o menos, con permiso de la erosión. A lo que se refería aquel tipo era, fundamentalmente, al agua, que nunca era la misma, pero a lo mejor era sólo una metáfora y aquel tío no se bañaba ni los sábados antes de mojar con la parienta. No hay forma de conocer las miserias cotidianas de los sabios.

“–En vuestro, por mucho que estiréis la goma de los opuestos, es en el presente donde habita la única verdad disponible, y las verdades, como los ángeles de Rilke, siempre son terribles.

“El hombre reflexiona. El cabrón del mono, además de tener las pelotas azules, se empeña en desmontar una y otra vez las más firmes convicciones.

“–El que viva en el presente que levante el dedo o que tire la primera piedra, no muy grande, por favor, tampoco se trata de descalabrar a nadie, –dice el mono–. En verano añoráis las Navidades y con la primera cucharada de sopa ya estáis pensando en el postre. La verdad es que sois la hostia, y en el fondo dais bastante pena. Empezáis a gimotear y decía cosas como: Me habría ido mejor si me hubiera casado con Almudena en vez de con su hermana, pero la pobre se metió a monja porque en el Instituto nadie le decía por ahí te pudras. Hubiera preferido trabajar en la mercería de mis padres en vez de estudiar Farmacia, ahora tengo que pasar mi vida laboral despachando aspirinas y escuchando los chismes de esas clientas que nunca tienen prisa, todo sea por el negoci. Por la razón que sea, vuestra mente y vuestro cuerpo rara vez se encuentran en el mismo sitio al mismo tiempo. Otra contradicción. Lo suyo parece ser vivir momentos distintos en habitaciones separadas, como los matrimonios desiguales o como los personajes del teatro del absurdo.

“Si en la cabeza del hombre cesara por un instante el flujo continuo de pensamientos podría calcular a ojo cuánto amor ha soportado sobre sí aquel armazón de hierro que ahora yace como la raíz retorcida de una escultura contemporánea, cuánto deseo se ha mecido en sus muelles, cuánta gente ha cabalgado sobre él buscando en el orgasmo el camino que conduce hacia las etéreas regiones de Lo Imposible.

“Si el hombre levantara la vista y escuchara la Naturaleza podría percibir cómo vibran en el viento los acordes de una melodía lejana que alguien ensaya con una flauta travesera.

“No hay tiempo en las emociones, ni metamorfosis. Las heridas que se abren cuando tienes dos años siguen supurando a los noventa. Esto, que en sí mismo es sorprendente, desde una perspectiva más amplia, es insustancial.

“El hombre camina alrededor del lago mientras el sol se esconde tras los

cerros y se enrojece la panza de las dos o tres nubes que flotan estáticas sobre el horizonte como filamentos difuminados. En el aire quedan, como el rastro de una despedida, el color violeta de los sueños y esa textura melancólica que alarga las sombras. Sólo el silencio es capaz de transformar la cruel intensidad de la vida en una experiencia inocente.

“En el día está el embrión de la noche y la mañana contiene el atardecer en su seno. El crepúsculo avanza sobre la tierra con la lentitud de una caricia y Venus, todavía invisible, se apresta a proclamar que si aún queda algo de pureza en el mundo, el atardecer es el momento en que se derrama sobre la tierra como una fina lluvia.

“Sobre la loma un árbol solitario observa la reverberación amorosa de la luz y se estremece.

“–Hay obsesiones cuya semilla se incrusta en el cerebro en algún momento de la infancia y allí queda, en estado latente, durante un largo periodo de tiempo. La vida sigue su curso y parece que aquí no pasa nada, pero en un momento de tu trayectoria vital un incidente sin aparente trascendencia –un encuentro fortuito con un compañero de colegio, el azul pálido del invierno que se licua en el estanque de los patos, el olor a mandarina que emanan los hombros desnudos de una muchacha,– la hacen germinar entre las dendritas con tal convicción y fuerza que desequilibra gran parte de tu vida emocional.

“Las obsesiones, lo mismo que las ideas, no se destruyen; a lo más que puede llegarse es a ocultarlas debajo de la alfombra, pero desde allí siguen irradiando su influjo. Determinar si las obsesiones se adquieren o si la semilla ya estaba en ti cuando naciste es inútil y estéril. Puestos a elucubrar, me gusta más la hipótesis de que, en realidad, la obsesión que te está fastidiando pertenece a otro, y tú te has apropiado de ella por pura cleptomanía o porque desde niño lo de los demás te ha parecido más interesante que lo tuyo. Puesto a elucubrar, las obsesiones pueden ser recuerdos distorsionados y perversos del cielo del que procedes, una especie de cromosoma espiritual donde está escrita tu herencia biológica.

“Uno despierta a lo cotidiano desde el fondo de la conciencia, donde la atmósfera es húmeda y oscura, como el ambiente de los sótanos. Cuando uno viene de las tinieblas, el resplandor cegador de la luz acojona en un principio y te obliga a esconder tus paranoias más íntimas en el bolsillo del babi o en una lata serigrafiada con figuras mitológicas que guardas cuidadosamente en fondo del armario. Un día te enteras casualmente de que en tu familia tienes fama de raro y que en el colegio te llaman el pirado. Estas noticias te vuelven aún más reservado. Los adultos intentan convencerte de lo saludable que resulta su forma de vida. Tú preguntas inocentemente qué quieren decir con esto y los dejas sin respuesta, pero sospechas que consiste en instalarse en un lugar muy cómodo que se llama «Soy como todo el mundo». Se trata, por tanto, de abandonar de una vez por todas ese afán desmedido por ser original, de dejar de llamar la atención. Echarte novia casarte, sentar la cabeza, engendrar hijos, envejecer plácidamente, engordar, quedarte calvo, ése es el camino de la felicidad. Tú haces algún intento tímido, pero se te nota en seguida que no te crees nada, así que asumes que tu destino pasa por ser la mosca en el plato de nata.

“En cuanto a las obsesiones, que son las que originan tus rarezas, no tardas en darte cuenta de que el trabajo que te tomas en ocultarlas es tiempo perdido. Tú intentas que los demás no las vean, por pudor y porque te han dicho que es lo correcto, pero la semilla, una vez que ha arraigado, sigue creciendo en la oscuridad, y aunque te mees repetidamente en ella, no hay forma de secar la planta. Aquí te ayuda darte cuenta de que la historia de la humanidad está plagada de esfuerzos heroicos pero estériles, como el tuyo. La caridad cristiana es uno de ellos. Prometeo, Sísifo, Tántalo se pasaron el tiempo esforzándose para nada. La lista es larga. Orfeo, por ejemplo, se lo curra de verdad para entrar en el mundo de los muertos y allí se entera, como en una iluminación, de que su verdadero infierno es convivir con Eurídice. Puedes pararte a escuchar el latido

del silencio, puedes unir todo el amor y todo el odio del mundo y concentrarlo en un solo punto, como si fuera un láser, pero ni siquiera así podrás cambiar el curso de una vida.

“Por otro lado no debes olvidar que, aunque consigas esconder momentáneamente las paranoias entre las sábanas o debajo de una baldosa, Dios tiene archivada una copia. Dios funciona en el asunto éste de las obsesiones como el Servicio de Inteligencia, o el Gran Hermano, que custodia cuidadosamente todos tus datos para presentarlos como prueba cuando sea conveniente, el día del Juicio Final, por ejemplo.

“Resumiendo: Las paranoias siempre están ahí, así que lo más razonable es llegar a un acuerdo con ellas y alcanzar alguna especie de pacto. El psicoanálisis te da una explicación de tipo literario al desbarajuste de tu mente, pero eso no soluciona nada. Crees que tratamudeas por un problema en las cuerdas vocales y resulta que te atrancas porque descubriste a tu madre tirándose al del butano en la terracita de la cocina cuando tenías dos años, te dice el psiquiatra. El impacto emocional fue terrible, sobre todo cuando te diste cuenta de que aquel tipo peludo succionaba los pezones que hasta ese momento eran de tu exclusiva propiedad como si quisiera devorarlos.

“Cuando termina de leer, el mono dobla las cuartillas donde ha escrito su Discurso de Ingreso en el Ateneo Libertario de Chamberí y las guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

“El hombre, que ha escuchado atentamente, se da cuenta de que también él tiene el microchip de sus obsesiones incrustado en el cráneo. Están tan imbricadas en su alma que seguramente cuando muera desafiarán la ley del olvido y navegarán hasta el Otro Lado, donde se pasearán entre la niebla de la muerte tan activas y resongantes como el primer día. El hombre se pregunta si Caronte se dará cuenta de que lleva unos cuantos polizones en la cabeza y exigirá que se le pague un plus por el exceso de equipaje.

“Uno cree que tiene principios y una escala de valores que facilita la ascensión cuando la vida se pone cuesta arriba, y resulta que tu manera de ver las cosas está gobernada por las obsesiones. Si a esto se le añade que el hombre, como casi todos los seres humanos, fundamenta sus opiniones en experiencias que seguramente se ha inventado, la cosa no deja de tener su gracia.

“Por estas cosas del azar, al hombre le ha tocado pertenecer a una generación cuya adolescencia coincidió con el final de la dictadura de un general bajito y con voz aflautada, un marte escapado de algún esperpento. Esta vivencia, común a millones de personas, ha instalado en él la convicción inconsciente y un tanto ingenua de que el devenir de la historia acabará conduciendo a la Humanidad a la Tierra Prometida de la Libertad. Si hubiera nacido en otra época seguramente habría pensado lo mismo, pero a él le gusta creer que son las circunstancias históricas las que moldean el carácter de las personas. Cuestión de opiniones.

“—Entonces,— le dice el hombre al mono, que asiente con la cabeza,— cuando se cumpla el tiempo y regresemos a ese Paraíso indebidamente abandonado, uno podrá caminar desnudo por las calles sin temor a ser detenido por las fuerzas del orden y podrá mantener relaciones sexuales con quien le apetezca

sin que la palabra “compromiso” sobrevuele al animal de dos espaldas.

“A veces el hombre se siente tentado de escribir sus ideas, que a él la parecen geniales, pero se contenta con observar el paso fugaz de la inteligencia por su cerebro. Al fin y al cabo lo único que hacen las palabras es deslindar la luz de las cosas y atraparla en una frase más o menos luminosa. Desde que le cuenta sus cosas al mono alimenta en secreto la esperanza de que el animal le sobreviva y conserve en la memoria el reflejo evanescente de sus pensamientos como prueba irrefutable de su paso por la tierra.

“El hombre sabe que el tiempo es un toro que siempre acaba corneándote, por muy espectacular que sea tu faena y que lo único que puede vencer al olvido es un papel y un lápiz o un lienzo. Con la maestría necesaria, permaneces siempre joven en el poema, o en el cuadro.

“—Algo he leído sobre eso, —dice el mono—. El hombre se mantiene joven en la realidad mientras que su figura envejece en el cuadro. En otra historia el pintor extrae toda la juventud de su amada y la traslada al cuadro. Al final la pintura es bellísima, pero la chica queda hecha una pena.

“El hombre piensa que gran parte de la actividad artística se basa en el deseo de perdurar siempre joven. La victoria sobre el tiempo, en el mejor de los casos, es relativa. Suponiendo que seas un genio, el arte te asegura una supervivencia de unos pocos miles de años.

“El hombre ha renunciado a la escritura porque sabe que escribir es ir desovillándose palabra a palabra sobre el taco de folios, y luego a ver quién te vuelve a ovillar a la mañana siguiente.

“—También puedes ser poeta de bar, —dice al mono—, que son esos que se beben unos cuantos whiskys, bromean con los parroquianos y cuando la borrachera está en su punto más alto garabatean en las servilletas versos incomprensibles que alguien guarda cuidadosamente no vaya a ser que algún día valgan una pasta. En ellos se habla de vientres marinos arrugados como mortajas o de la obsesión de las grullas por picotear los huesos mondos de los muertos antes de desplumar el azul de la mañana.

“En realidad el hombre no escribe porque en la cabeza sus grandes ideas siguen siendo grandes. Cuando las trasladas al papel este te muestra, como en un espejo, su verdadero tamaño.

“—Con el whisky calzo coturnos. La ginebra, sin embargo, me pone melancólico.

“El hombre anota mentalmente las palabras y queda en silencio para que a partir de este verso germine el resto del poema, pero no ocurre nada. El verso de Dios es, de nuevo, un fraude.

“—Lo bueno de no escribir, —dice el mono— es que la genialidad permanece atrapada en el plano nebuloso de lo realizable. La mayoría de los genios se dedican a serlo en hipótesis.

“El cuadro en blanco contiene en su interior todas las pinturas posibles, y en el silencio acotado en el tiempo están latiendo todas las obras musicales. En superficie del folio están todos los poemas, deambulan todas las historias.

“—Mi legado a la humanidad es el folio en blanco, —dice en voz alta el hombre.

“–Genial, –dice el mono–. Si tuviera cráneo, me lo quitaría.

“El hombre, cuando era joven, diseñó una máquina que combinaba incesantemente las letras del alfabeto. Luego pensó en escribir una historia sobre el tema, pero alguien le dijo que se le había adelantado un argentino.

“–Así es como funcionáis vosotros, –dice el mono–. Lo que pensáis, lo que escribís, lo que pintáis, ya lo ha pensado, lo ha escrito o lo ha pintado alguien, de manera que os pasáis el tiempo cintándoos los unos a los otros. A pesar de esta evidencia, alimentáis la fantasía de la originalidad y usáis el arte para alimentar vuestro ego, en vez de considerarlo una labor de equipo. La ciencia funciona de una manera parecida. Detrás de sus avances no suele estar la búsqueda desinteresada de la verdad, sino la envidia entre supuestos portentos.

“De cuando en cuando el hombre fantasea con escribir algo, sus memorias, por ejemplo, y morir abrazado al cuaderno, como un personaje de Hemingway, que era un tipo tan inseguro que necesitaba reafirmar su masculinidad disparando contra animales indefensos. En las memorias imaginarias del hombre la letra se va agrandando hasta volverse ilegible, como en los sueños o en los hospitales psiquiátricos. De momento, y mientras decide qué tipo de cuaderno va a utilizar y cuál es el bolígrafo más adecuado para su labor, escribe de cabeza, como los genios.

“Cuando se murió el general bajito no ocurrió nada de lo que el hombre había profetizado, y es que incluso los visionarios se equivocan. Después de unos momentos de euforia, la Libertad se convirtió en libertad vigilada y en cuanto al sexo, tras los habituales instantes de confusión, y después de algún polvo esporádico con dos o tres jamonas en el final de su ciclo biológico, la cosa de follar sin comprometerse se puso cada vez más complicada. Era inevitable que el hombre dieran en pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, que es más o menos lo que piensa cada quisque cuando la juventud se le escapa entre los dedos y las articulaciones se turnan para doler por las mañanas.

“En la época en que transcurre esta historia, como en cualquier otra, es fácil forjar mitos, que son esos relatos inverosímiles que te ayudan a olvidar que tu vida es una mierda. El mito tiene la utilidad añadida de que te evita el trabajo de sopesar la cantidad exacta de insatisfacción que hay en tu existencia.

“–Los deseos no se sacian, –dice el mono,– sino que se aplazan. En vez de asumir esta verdad tan simple, la mayoría de vosotros tuerce la mirada y piensa que lo que llenaría de una vez por todas el agujero que le crece en la garganta es lo que no está a su alcance, esto es, lo que posee el vecino. Aquí el cielo se ha cubierto y amenaza lluvia, pero seguro que en el pueblo de al lado tienen buen tiempo los muy cabrones. Estoy en la playa, pero deseo estar en la montaña. Me follo a Mari Carmen, pero quien realmente me la pone dura es su prima. Me estoy comiendo este pastel de pescado, pero lo que realmente me apetece es un arroz con almejas, y así todo. Ésta es una de las fantasías en las sustentáis vuestra existencia.

“El hombre piensa que la insatisfacción tiene un lado positivo, y es que te obliga a forja mitos y alguna que otra leyenda urbana. Los mitos, cuando nacen, parecen raquíticos y transitorios, pero es posible que dentro de doscientos años haya aumentado su tono muscular y sean la hostia. El tiempo va embelleciendo lo sucedido con detalles inventados y la memoria deforma los hechos y los rodea de un misterio que también es imaginario. La magia del tiempo transforma los muebles viejos en antigüedades, los hierros en esculturas y las historias cotidianas en leyendas.

“–La verdad es que a los humanos es facilísimo llevaros al huerto, –dice el mono–. Basta con un palo y con una zanahoria.

“El hombre apoya la mejilla en la mano abierta como un filósofo que posara ante el fotógrafo. Conviene no sembrar dudas en la posteridad sobre tu condición de pensador. Un intelectual no debe permitir que lo fotografien podando los rosales del jardín ni mucho menos estuprando a una alumna ambiciosa y algo ligera de cascos. El hombre recuesta la mejilla en la mano abierta y reflexiona.

“Los héroes de ahora son esos oficinistas que vencen el atasco con su GPS como si fuesen gladiadores modernos armados con un maletín y la tecnología que cabe en un ordenador portátil, y los concursantes de la tele que ganan una cubertería y un juego de rol a cambio de resolver un acertijo más o menos intrincado.

“Los nuevos héroes, piensa el hombre, regresan a casa con un enano de jardín en el maletero del cuatro por cuatro y lo colocan ceremoniosamente en la entrada del chalet junto a la fuente iluminada que representa una Alhambra en miniatura. La épica del presente consiste en ser una hoja de hierba en el prado y negarte a aceptarlo con el débil argumento de que posees el coche exclusivo que tiene todo el mundo.

“Los nuevos héroes regresan victoriosos los días de diario y el sábado conducen a la esposa y a la prole a un local decorado con reliquias de las estrellas del rock donde camareros disfrazados de James Dean sirven hamburguesas y batidos de fresa. En una vitrina de cristal blindado, a salvo del furor de los admi-

radores psicópatas, puede contemplarse un albornoz del Hilton manchado en las solapas con el maquillaje de Marilyn Manson, la púa que usó Jimmi Hendrix para calentar la mano izquierda antes del memorable concierto del sesenta y tres en Central Park, los calzoncillos cagados de Elvis, expuestos junto a una lista certificada de todos los barbitúricos hallados en el palomino.

“A nadie le apetece ser consciente de que camina por el filo de la navaja y que a ambos lados el vacío abre sus labios. La mayoría prefieren no saber que no queda nada a lo que agarrarse ni tierra prometida hacia la que caminar, que el centro del mandala está en todas partes y en ninguna y que se acabó ya eso de arriba, abajo, izquierda, derecha. Nadie quiere saber que Dios es jirón de niebla enredándose en los árboles del bosque.

“El hombre sonríe a sus pensamientos, que se van ensamblando unos con otros a buen ritmo.

“—El miedo a la verdad genera una verdadera industria y pingües beneficios. En la infancia aprendes a no hablar de ciertos temas y a no hacer preguntas que incomoden a los adultos. Es el primer capítulo de un misterioso pacto de silencio. La verdad está ahí, pero te habitúas a no verla. Dos o tres mentiras son suficientes para cogerle el punto a la mendacidad. En vez de crecer en edad y sabiduría, que es lo suyo, te instalas en la ceguera permanente del que le importa todo tres cojones y te conviertes en un maestro del disimulo y de las habilidades sociales, que consisten en sonreírle a alguien mientras te estás cagando en todos sus muertos. Aprendes a usar la pala del pescado, memorizas algunos aforismos latinos, te compras un esmoquin blanco para fardar en nochevieja, y a vivir, que son dos días.

“Miren al hombre de nuestra historia y mírense ustedes mismos, o mejor aún, mírense en el hombre de nuestra historia. Les guste o no, la escritura es un espejo que devuelve la imagen real de lo que eres, si es eso lo que buscas. Si lo que quieres es pasar el rato, te has equivocado de libro. El hombre de nuestra historia sabe que en nuestro mundo las alternativas a la verdad son ver la tele, dar un paseo por el Centro Comercial o apuntarte a clases de yoga. Si esto fuera un libro interactivo dejaría un espacio en blanco y les invitaría a coger un lápiz y completar la lista con los trucos que ustedes mismos utilizan. También pueden mandar sus propuestas a través del correo electrónico a la dirección que figura en la portada. Ya les aviso desde ahora que las huidas son inútiles. La sabiduría de la naturaleza reside en su insistencia y antes de que puedas utilizar otra artimaña el hueco que crece en tu interior habrá la incierta melancolía que flota entre los objetos como el zumbido sordo de una sierra mecánica. En ese instante ya estás perdido.

“Hay quien se deprime en el crepúsculo y quien prefiere desalentarse en las horas centrales del día. Algunos notan el bajón en otoño y otros piensan que abril es el mes más cruel del año. Las variantes son circunstanciales, pues en todos los casos el abatimiento se reconoce porque pasan por la pantalla mental las múltiples formas en que se encarna la desolación, y que no suelen variar demasiado de un individuo a otro. Para algunos es la torre de la iglesia emergiendo de las aguas del pantano; otros prefieren una pared desconchada y húmeda; hay quien se fija en una fábrica abandonada donde la maquinaria se oxida lentamen-

te o en un anciano esperando su turno en la cola del supermercado con un plato precocinado bajo el brazo. Yo, personalmente prefiero los desiertos de sal y la extensión ilimitada de un lago helado por el que rueda un coche destartado con un inmigrante ilegal en el maletero. Para espantar esas imágenes que te alertan de que estás malgastando tu tiempo en gilipolleces no hay nada como hacer el crucigrama del periódico, comprarte el último videojuego y practicar y practicar hasta llegar a la última pantalla mientras degustas un calisay o una copita de licor de café.

“A todo el mundo le gusta flotar por encima de los demás, sentirse momentáneamente superior y experimentar de cuando en cuando la alegría ficticia de ser una criatura elegida por algún dios perezoso. Es una sensación tan intensa como transitoria, como si el tiempo te atravesara el corazón con su alfiler helado. Por lo general dura poco y el sentimiento se desvanece en cuanto retomas el contacto con lo cotidiano y te preguntas qué habrá hoy para comer en el restaurante del barrio al que vas todos los jueves desde que te has separado.

“Es probable que quien más quien menos siempre haya deseado que su nacimiento fuera un acontecimiento singular que marcara un antes y un después en la historia de la especie humana, una especie de segunda venida de Cristo, pero esta vez en Carabanchel y con cobertura informativa de la CNN y de todos los telediarios nacionales. Luego resulta que la excelencia sólo es una fantasía, que tu nacimiento es singular en la medida en que lo son todos los nacimientos, lo que significa que tal y como están las cosas, la fantasía tienen perdido de antemano su pulso con la realidad.

“El hombre piensa con frecuencia si hay en él algo excepcional, algo que pueda justificar su venida al mundo. Aparte de sus grandes ideas, ocupa el tercer lugar en una familia de cinco hijos. Sus padres no poseen rasgos sobresalientes ni su nacimiento fue adornado con señales que indicaran que su destino iba a ser excelso. El mérito de sus padres reside en que hicieron lo que pudieron para sobrevivir a sus propias limitaciones y a los plazos de la hipoteca, que es lo que hacen todos los padres. De niño el hombre se acercaban al cabeza de familia con el boletín de notas en una mano y el boli en la otra. El padre se pone las gafas de cerca, observa los números en silencio, mira de reojo las calificaciones de los meses anteriores y reflexiona. Luego te da una breve charla sobre el valor del esfuerzo y lo bueno que es hacerte a ti mismo sin deberle nada a nadie. En ese momento os despedías hasta las próximas notas. En cuanto a la madre, lo que quiere es que crezcas un poco más deprisa y que por las mañanas la dejes dormir hasta las nueve, hay que fastidiarse, por qué habrá salido tan madrugador este niño, a ver si aprende de una vez a hacerse él solo el desayuno.

“Tú te pones de rodillas por las noches y le rezas al ángel de la guarda. Crees que si simulas humildad Dios se fijará en tu cabeza rubia, confundida entre tantas cabezas iguales, que es lo único que se ve desde arriba.

“Algo habrá visto Dios en mí cuando me ha señalado con el dedo y me ha moldeado de una arcilla más fina que la que ha usado para el resto de la especie, te dices de rodillas con una autocomplacencia quizás excesiva. Todavía no sabes que necesitas sentirte único para compensar el bajo concepto que tienes de ti mismo. En realidad tú no necesitas que te humillen los profesores en el colegio a base de reglazos y repelones en las patillas, ni que tu padre te repita que eres un inútil, que nunca llegarás a nada. Te bastas y te sobras tú para destrozarte a ti mismo sin piedad. Los leones que ves devorando a los niños mártires en el libro de religión los llevas tú en tu interior. Inevitablemente tus emociones son inestables: unos días te crees el rey de la montaña y otros te escondes cuando oyes al camión de la basura, no vaya a ser que se hayan enterado dónde vives y venga por ti.

“Cuando era niño el hombre ansiaba ser hombre. La vida de los adultos le parecía más fácil. Desde luego la vida de niño le resultaba bastante fatigosa. Ahora que es hombre le sigue costando vivir, pero no pierde la esperanza, que es esa cosa que te hace creer que un poca más tarde o un poco más lejos todo irá bien. Ahora y piensa que es en la muerte donde hallará un poco de descanso.

“Al hombre le gustaría que su vida estuviera llena de instantes apasionantes y poder hablar de ellos con todo detalle. Incluso se conformaría con que alguna vez le pasase algo, para poder contarlo una y otra vez y añadir nuevos detalles en cada versión. Un accidente de coche del que salió milagrosamente ileso mientras que en el otro vehículo, conducido por un joven que acababa de sacar el carné murieron los cinco ocupantes podría servir, o el milagroso rescate, con respiración artificial incluida, de un niño que cayó al estanque mientras su madre charlaba con las amigas de los chismes del barrio. Tampoco estaría mal un accidente laboral, me cayeron encima trescientos cincuenta y cuatro kilos de escombros, estuve enterrado cinco horas hasta que pude arrastrarme hasta un agujero y pedir ayuda. Sobreviví pero me quedaron las caderas destrozadas. Tengo la pierna izquierda torcida y mira qué cicatrices me dejaron de recuerdo los hierros del encofrado.

“Al hombre le gustaría tener una historia que contar, una historia trágica. Un día me emborraché y atropellé en el paso de cebrá a una niña de nueve años. Estuve en la cárcel, he dejado de beber, pero no consigo librarme del remordimiento. Al hombre le gustaría poder presumir de algo extraordinario pero lo único notable que le ha pasado hasta ahora es que cuando tenía diez años le extirparon el apéndice.

“El hombre de nuestra historia no tiene un órgano adecuado para percibir con objetividad las señales que proceden del medio en el que vive. Esto lo convierte en presa fácil de los depredadores. Al hombre de nuestra historia va una mujer y le pone ojitos y se cree que por fin alguien se ha dado cuenta de que es un tío estupendo. No sé qué les das que ha caído rendida, le dice su ego.

“–En nuestro caso, –dice el mono–, son las hembras las que eligen. En el vuestro también, y su criterio no es desde luego la belleza interior. Vuestras hembras tienen la rara habilidad de elegir ellas pero dejaros a vosotros la sensación de que tenéis la iniciativa.

“Vuestras mujeres buscan un hombre mono y apañado junto al que sentirse seguras y al que puedan manejar para que las tenga como a una reina. Su arma fundamental es el coño y ese irresistible poder que ejerce sobre los machos un par de tetas. Para ellas todo parece ser una cuestión de tamaño: el tamaño del miembro, el tamaño de la cartera, el tamaño del coche, el tamaño de la vida que puedes proporcionarles a cambio de que se abran de piernas, el tamaño de la envidia que pueden generar mostrándote a sus amigas, mira lo que he cazado, un ciervo de muchas puntas, a ver qué tienes tú ahí, puaj, vaya birria de marido, ¿dónde lo has conseguido?, ¿en unos saldos?

“Las mujeres que ponen ojitos utilizan la misma táctica seductora de la venus papamoscas. El tema merece un más amplio desarrollo y un título sugerente, algo así como “El poder del coño”, o “Lo tienen como un cepo para osos”. La táctica femenina es simple, pero eficaz. Te atraen primero con ese olor irresisti-

ble que evoca las galletas de canela que merendabas cuando salías del colegio y cuando te tienen indefenso te inmovilizan clavándote su aguijón envenenado en la columna. Luego te hacen creer que te has llevado a casa la belleza oficial que codicia el resto de la población masculina.

–Lo más gracioso es que a todo este proceso lo llamáis enamoraros.

“Cualquier vida, por insustancial que parezca, puede ser la base para escribir una novela de quinientas páginas. Todo es cuestión de amplificatio y de meter mucha descripción minuciosa del ambiente con la excusa de que el lector tiene que sumergirse en el relato y ver por sí mismo las diferentes situaciones. A la inversa, una vida trepidante puede minimizarse en dos o tres frases. “Reducida su peripecia a lo esencial, el hombre nació, creció, buscó un trabajo y se echó novia. El impulso biológico, que al fin y al cabo es el que determina los comportamientos y el que moldea la vida del espíritu, le dijo que engendraría hijos, que son esas copias cromosómicas de uno mismo que quedan en la tierra cuando te mueres. Las copias engendran otras copias y así sucesivamente. De esta forma se perpetúa la vida, al menos hasta que se enfríe el sol. Después, ya veremos.

“La trayectoria de cualquier vida puede metaforizarse con el vuelo de una flecha. Cuando la saeta alcanza su máxima altura, planea un poco e inicia el inevitable descenso. Los humanos llaman a este movimiento de caída desencanto y el hombre también lo experimentó. Los dos o tres principios en los que se apoyaba su vida se derrumbaron a cámara lenta y no hubo forma de detener la demolición. Cuando se posó el polvo del derribo, el hombre se restregó los ojos y se dio cuenta de que compartía la almohada con una desconocida. La desconocida, por su parte, con una envidiable visión de futuro, hacía años que se había desencantado, y para darle algo de chispa a su tiempo se había echado una serie moderada de amantes ocasionales, lo que no era óbice para que siguiera valorando en su marido la capacidad contrastada para gestionar con solvencia los asuntos monetarios. El hombre abrió los ojos y se percató de que su presencia provocaba en sus hijos las mismas emociones que un billete de cincuenta euros. Los dos o tres intentos por reconquistar el impulso de la juventud con mujeres más jóvenes fracasaron. Jóvenes o viejas, todas las mujeres son iguales.

“No es un misterio para nadie que se pare a reflexionar sobre los procesos de degradación de las cosas y la metamorfosis de las personas que el tiempo es un océano proceloso o, dicho con una metáfora más cotidiana, una sopa minestrone que gira sin cesar en sentido contrario a las agujas del reloj, o en el mismo sentido, al fin y al cabo la dirección del movimiento es indiferente: lo que importa es que la sopa se mueve. Lo que sí es esencial es que en esa sopa los humanos somos los tropezones navegando con un rumbo no demasiado preciso, como aquellos tíos de la balsa de la Medusa a los que los oficiales abandonaron a su suerte o como cualquier bañista que se ha dormido sobre la colchoneta inflable y se pregunta si la costa que avista a lo lejos será la de África. Se puede ampliar la metáfora de la sopa sugiriendo que Dios es el chef encargado de imprimirle un movimiento circular a la cacerola. Ya se sabe que la clave del pilpil y de una salsa bien ligada es una buena muñeca y dale que te pego al círculo.

“Lo de la circularidad acojona, porque parece que uno no progresa, pero la verdad es que también tiene su punto si uno sabe buscárselo. Lo que acojona del círculo es que sugiere la repetición incesante de todo lo existente, y siempre en los mismos términos. Este es el primer susto. Tú le planteas a cualquiera con dos dedos de frente volver a vivir exactamente como ha vivido y lo primero que hace es ponerse lívido. A continuación sale corriendo.

“La parte positiva de la circularidad es que sugiere que el trabajo de vivir consiste en llegar a ser lo que ya has sido. Dicho así parece bastante estúpido, y suena a frase ingeniosa que uno lee en la parte trasera de la hoja arrancada del calendario. Ya has sido quien eres, pero se te ha olvidado. Mandan huevos.

“–En esa extraña mezcla de libertad y necesidad en la que vivís, –dice el mono ajustándose la pajarita frente al espejo–, esta última idea implica que eres libre únicamente para ser quien tienes que ser. Que por mucho que te empeñes no tienes la libertad de llegar a ser otra persona.

“–Además, –dice el hombre mientras se cepilla las hombreras del esmoquin,– si el movimiento básico es circular, la posibilidad de que algo cambie es inexistente, por lo remota. Por lo tanto la ilusión del progreso es otra de nuestras mixtificaciones. ¿Qué avance puede haber si estás todo el rato dando vueltas sobre el mismo ombligo? Yo, puestos a regresar una y otra vez al punto de partida, prefiero la cinta de Moebius. Al menos ahí estás dentro mientras estás fuera porque no hay ni fuera ni dentro.

“–Esa es otra ilusión –dice el mono–. Lo que es circular es el movimiento de la vida, no la vida de los individuos. Vosotros, los humanos, sobrevaloráis a los individuos cuando lo que únicamente importa a la naturaleza es la especie y, si me apuras mucho, el cromosoma. Eso es lo que sobrevive y das vueltas. A las pruebas me remito. Cuando alguien desaparece su lugar es inmediatamente ocupado por otro individuo de idénticas características. A lo mejor tiene la cicatriz en la otra mejilla o el diente de oro en la mandíbula de abajo, pero en cuanto al temperamento y al lugar que ocupa en el mundo, es idéntico. Es como si viviéramos es un mundo de hornacinas prefijadas, con una larga fila de parados esperando pacientemente entre bambalinas su oportunidad de ocupar el hueco que

ha dejado el que ha desaparecido. El siguiente ocupa la plaza, se dice “el muerto al hoyo y el vivo al bollo” y se piensa eterno, hasta que le toca a él ser el muerto, y así todo el rato. Las plazas son fijas. Nunca aumenta su número ni se amortizan. La relación entre ellas está prefijada y permanece inalterable. El único efecto que tiene el tiempo en vosotros es que cambiáis la forma de vestiros, los peinados se hacen más altos o más bajos, la raya del pelo va de la izquierda a la derecha pasando por el centro, la música se hace más estridente o más mística, pero al final siempre es lo mismo. El movimiento circular de la sopa produce la sensación ficticia de avance, pero la verdad es que, como el ratón en su rueda o como los bailarines de salsa, siempre estáis dando saltitos en el mismo sitio.

“¿Tú crees que podemos decir que en océano proceloso del tiempo navega un barco?, –dice el hombre.

“–Podemos decir lo que nos dé la gana, –dice el mono.

“–¿Y que es ese barco nadie ha visto al capitán después de una semana de navegación?

“–Por supuesto.

“–Pues allá va: Durante la primera semana de navegación, nadie ha visto al capitán. Los marineros baldean la cubierta y murmuran. Mientras tanto el capitán rumia en su cámara un resentimiento antiguo y profundo.

“Los marineros saben que si el barco naufraga los abandonarán a su suerte. Es lo que se comenta mientras jalan de las jarcias al ritmo de viejas canciones. Una noche, inesperadamente, se desata la tormenta. El viento comba los palos y rasga las velas. Las olas barren de proa a popa la cubierta. Las cuadernas del navío crujen y la carga, mal estibada, se desplaza en la bodega. La sentina está inundada.

“–Las metáforas náuticas son muy socorridas a la hora de expresar que basta el vuelo delicado de una libélula para que el tejido delicado de la realidad se rasgue en diminutos pedazos, –dice el mono, que sólo ha visto el mar en el cine.

“–Cuando todo se derrumba hay vuelta atrás,–dice el hombre. –La alternativa está entonces entre unas vacaciones en el psiquiátrico o una temporada en el infierno.

“El hombre recuerda que cuando cumplió veinte años el mundo saltó en pedazos y él conoció los sanatorios mentales por dentro. No hubo nada literario en esta experiencia, sólo locura y sufrimiento. Por las mañanas paseaba y leía. Al atardecer pintaba cuadros negros donde trazaba con los dedos bocas abiertas hacia el cielo y sombras retorcidas. De profundis clamavi.

“–Los poetas defienden que, en momentos de crisis, el amor es lo único capaz de mantener unido lo diverso. Entonces escriben: “El espíritu es libertad y es amor”, o algo parecido, –dice el mono.

“–Lo que es indudable es que las metáforas contemporáneas han perdido la grandeza que alcanzaron en otras épocas. A las tragedias les ha pasado lo mismo. Antes los dioses te perseguían para que cumplieras tu destino. Los grandes dilemas de hoy en día consisten en decidir si metes la cabeza en el horno o alargas un día más tu vida de mierda.

“–Para seguir viviendo has de agarrarte a algo real, –dice el mono–. Noso-

tros los primates lo tenemos claro: no soltamos una rama hasta tener bien segura la siguiente.

“–Probablemente llevas razón, pero por una de esas paradojas que nos caracterizan, las mentiras son las ramas a las que nos agarramos cuando las cosas se ponen duras, –dice el hombre. –No es extraño que las mimemos y las alimentemos con lo menor de nosotros mismos. Quedas para follar con un arriero y mientras te abres de piernas tu fantasía te hace creer que está cabalgando un caballero que ha cruzado selvas y desiertos para rescatarte de una existencia sin sentido. Recorres las regiones del aire en un caballo de madera y te bajas para jugar un rato con las estrellas que veías cuando de niño cuidabas las cabras de tu padre. Deberíais probarlo. Es alucinante.

–A nosotros no nos hace falta porque nos limitamos a vivir lo que nos toca en vez comernos el cráneo averiguando cómo podría haber sido nuestra vida si hubiéramos nacido en el árbol de al lado.

–Pues en nuestro caso es una mera cuestión de supervivencia. Nos mentimos para poder soportar la vida.

–Otro ejemplo, por favor.

–Engendras un hijo desagradecido que sólo se acuerda de ti cuando necesita dinero, pero tú te consuelas diciéndote que en el fondo te quiere; si no te llama es porque está muy ocupado. Mi marido llega borracho y me pega, pero lo hace por mi bien, porque me quiere.

–Sois la hostia, –opina el mono, que se entretiene poniéndose y quitándose unas gafas de sol que ha encontrado en el suelo.

–No. Somos eficaces. Si la mentira funciona, la utilizamos.

El hombre reflexiona.

–Con todo, nuestra mayor mentira está en los recuerdos. Es evidente que ayer no fue mejor que hoy, pero la memoria tiñe lo vivido de una incierta nostalgia. De esta forma se atenúa la amarga crudeza con que se percibe el presente.

“Que la vida se reinicia todos los días es evidente para el hombre, que cada mañana abre los ojos, se levanta, sale de casa, se cruza, con escasas variantes, con las mismas personas, baja la misma cuesta, coge el mismo tren. El hombre se pregunta a veces si la gente que le rodea no serán actores contratados que hacen de su vida un reality show retransmitido en directo para regocijo de los habitantes de otro planeta perteneciente a una galaxia donde sí hay vida inteligente. Los alienígenas vuelven de currar y se relajan descojonándose con las gilipolleces que hacen los humanos, y es que estos terrícolas son la hostia. La cosa, piensa el hombre, no deja de tener su gracia. Su maldita gracia.

“El hombre se apea todos los días en el pueblo a la misma hora y camina hacia el lago canturreando un viejo éxito de los años sesenta. La vida es un bucle en que los momentos se repiten pero nunca de forma absolutamente idéntica, al menos en apariencia.

“–Buscar esas pequeñas diferencias es el margen de sorpresa que nos deja la existencia, –dice el hombre. –Si no fuera por esa búsqueda, la broma sería definitivamente insoportable y de pésimo gusto.

“Esta mañana hay otros matices en el cielo. Los rosados dedos de la aurora se extienden hacia el oeste un poco más rosados, o un poco menos, y esta mañana, en vez de dedos parecen manojos de zanahorias o una mata de berenjenas, depende del temperamento del observador. Al fin y al cabo Dios es un artista que desarrolla un mismo tema en innumerables variaciones. ¿Cuántas veces puedes serigrafiar la misma lata de sopa antes de que el público se percate del fraude? Al fin y al cabo las cosas son lo que uno quiere que sean y valen lo que te pagan por ellas. Al fin y al cabo todos miramos pero cada uno ve lo que le da la gana. Le haces un agujero a una caja de cartón, se forma una fila de cientos de personas para mirar su interior y cuando te toca a ti resulta que, encerradas en el embalaje de la lavadora, están tus obsesiones. Y tú que creías que las habías perdido en el metro.

“Hoy el hombre ha introducido una variante para demostrarse a sí mismo que su voluntad también puede alterar el flujo caótico de los acontecimientos. Hoy el hombre se ha parado a tomar un café en el bar de la gasolinera. No recordamos que ayer hiciera tal cosa, y es que siempre son las pequeñas novedades las que nos salvan del tedio. El minimalismo bien entendido es capaz de convertir la vida en una experiencia mínimamente fascinante. Cambias de marca de tabaco, varías ligeramente tu itinerario, rescatas alguna corbata del baúl de los recuerdos, te vas de putas,... son estas pequeñas cosas las que hacen que la vida te parezca que estás permanentemente estrenando vida.

“El hombre entra en el local y pide un café con porras. Dos o tres personas conversan en la barra. Los clientes saben que el silencio es la palabra latente, el embrión del pensamiento, y dejan entre frase y frase amplios intervalos de silencio. Alguien comenta desde el fondo de la barra que hace unos días se ahogó una muchacha en el lago. El suceso sólo merece unas pocas líneas en el periódico de la comarca. El hombre piensa que el hueco que dejan los difuntos se rellena de inmediato con la cantidad justa de desmemoria, y aquí no ha pasado nada. Es la ley implacable del olvido. Alguien muere y durante unos instantes

deja una leve cicatriz en la piel del tiempo, seguida de una ligera protuberancia. Luego, otra vez el silencio, como un fuego sordo que todo lo devora.

“El cabo de la Guardia Civil ha aparcado la moto en la puerta y entra a desayunar un sol y sombra. Para matar el gusanillo. El dueño le sirve la copa y le pregunta por el suceso. El cabo cuenta que los buceadores encontraron el cuerpo enredado en la vegetación del fondo, ovillado sobre sí mismo como un feto. El resto es secreto del sumario, dice misterioso el cabo mientras enciende el tercer cigarrillo del día. El cabo lleva la cuenta de los cigarros que fuma y apunta el número y la hora en el cartón de la libreta de sanciones.

“El hombre sale del bar y camina hasta la vieja cantera. En la mañana azul el lago duplica el cielo. Como en los sueños y en algunos cuadros, el reflejo es más limpio que el original.

“El hombre permanece unos instantes meditando. Le ha parecido escuchar la voz del mono y va a decir algo, pero cuando empieza a mover los labios se da cuenta de que el animal ha desaparecido.

“–En los sueños, al menos en algunos, asoma fugazmente la parte inmutable de la vida, –dice en voz alta el hombre.

“El mono mira al hombre y piensa que el tiempo que le ha sido concedido no le ha servido para aprender nada. Está tentado de trepar hasta su hombro y decirle una vez más que no hay nada inmutable en la vida, salvo el flujo continuo y la permanente metamorfosis, pero se abstiene. El hombre continúa con lo suyo.

“–En los sueños, en algunos al menos, es posible vislumbrar esa hebra de eternidad que tan difícil de ver es en la vigilia mientras estamos demasiado ocupados comprando el pan o repasando el IVA de una factura.

“La condena de quien aspira a lo absoluto es vivir encerrado en la individualidad, piensa el hombre mientras camina hacia el lago. Lo ha leído en algún lado, pero no recuerda dónde.

–Lo que os pierde a vosotros –dice el mono, que ya no puede con tanta chorrada–, es esa fantasía de que disponéis de una naturaleza mitad divina, mitad humana. Vamos, hombre, ¿a quién se le ocurre?

“El hombre piensa que a lo mejor él mismo es un mestizo de ángel y de cerdo, o el hijo de un dios menor y de una humana que pasaba por allí y que se llevó una buena rociada de lluvia dorada.

“Una mujer sentada en la cuarta fila se levanta y se dirige a la salida. Camina como si ya no estuviera allí, como si su cabeza llena de sueños la volviera ingrátida, y se detiene en el umbral, como si sus pies temieran pisar la tierra sagrada de los Campos Elíseos que se extienden ante ella como una inmensa llanura verde bajo el cielo azul pálido.

“–También podemos ser el fruto de una diosa madura y un jovencito, –el novelista ordena los folios, eleva el tono de voz sobre el rumor creciente, se incorpora, intenta hacerse oír subiéndose encima de la mesa. Es inútil. Hace tiempo que nadie escucha. Los asistentes han abandonado el salón de actos y charlan animadamente en el vestíbulo. Algunos encienden cigarrillos. Los camareros salen al unísono por diversas puertas y caminan entre la multitud con sus bandejas de canapés y bebidas. El maitre vigila atentamente sus movimientos.

–Cuando se sirven aceitunas, se pone a un lado un platito para depositar los huesos. ¿Qué quiere si no que hagamos con los huesos? ¿Guardármolos en el bolsillo?

–Quizás la señora podría guardárselos en su precioso culo, –dice el camarero haciendo una reverencia.

–...o somos descendientes de una de las variantes de los hombres dobles. – la voz del conferenciante se diluye en las conversaciones. Unos lacayos de librea han cerrado las puertas de la sala y por los altavoces empieza a sonar un fox-trot.

“–¿Has leído el último libro de Meléndez?

“–No sé. ¿Cómo se titula?

“–Nosotros, los Meléndez.

“–¿Es una novela coral?

“–Probablemente.

“Un joven gigoló acompaña a una anciana agazapada tras una gruesa capa de maquillaje. Las joyas que la adornan generosamente le dan el aspecto inequívoco de una virgen sevillana, quizás la Virgen de los Reyes. La anciana se para cada dos pasos y le acaricia la cara al joven.

–Las combinaciones en esto del sexo no son muy variadas. Por mucho cálculo aleatorio que apliquemos, no dejan de ser variaciones sobre el mismo tema, –dice un erudito de Teruel mientras agita el whisky de su vaso.

“El conferenciante ha bajado de la tarima, ha salido de la sala y se ha mezclado con su público. Al conferenciante le gusta sentirse uno más, aunque sólo sea por un rato. El camarero que se inclina cortésmente frente a él, interviene en la conversación mientras le ofrece una copa de champán.

“–El deseo carnal, que tantas perturbaciones causa a algunas personas, en el fondo no deja de ser una cuestión puramente matemática.

“–Es usted un erudito, un sabio. No sé qué hace usted vestido de camarero.

“–Por favor, señora, me abruma...no es para tanto. Sólo soy el resultado de una vida dedicada al estudio.

“–Pues a mí me gusta morder el dedo meñique de un niño de ocho años mientras mi pareja me besa el codo y la criada me recita al oído versos de Válerly con ese delicioso acento de Alglés. Cuando la criada arratra la erre de rever, es que me follo encima.

“–Hay gente para todo y para gustos se inventaron los colores. Aunque el asunto ese de la libertad, ... No sé...Tengo la intuición de que la libertad es poco más que un fantasma.

“–Aceptar la situación tal y como es y a las personas tal y como son es el recurso de quien no tiene más recursos, –dice una mujer que está bebiendo su tercer campari.

“–Me parece haber leído esa receta en la Biblia.

“–Es probable. En ese libro se encuentran todas las respuestas, si uno es capaz de leer entre líneas.

“–¿En qué parte, si no es indiscreción?, –pregunta un monje agustino que pasa por una crisis de fe.

–En El libro de Job. Job es el prototipo en esto de la aceptación de lo inevi-

table. Su fórmula es simple, limpia y directa. Mándame lo que quieras, que siempre estaré agradecido. Hágase Tu voluntad y no la mía.

–Hay que reconocer que Job era realmente incombustible.

–Imagínense a Job recostado en una roca, cubierto de pústulas, levantando los ojos al cielo y dando gracias por todas sus desgracias. Gracias por las desgracias. ¿Pillan la sutileza del juego de palabras?

“Los aprendices han formado un semicírculo en torno a la tarima donde habitualmente se coloca el modelo, pero que hoy está vacía.

“–Maestro, –dice uno de ellos– ¿no sería conveniente buscar a un pobre que nos sirva de modelo para pintar el santo Job que nos han encargado las monjitas?

–¡En absoluto! ¡Eso de pintar del natural se ha terminado! ¡Ahora hay que pintar de cabeza!

“–El asunto de penetrar en los arcanos de la realidad y plasmarla en un papel o en un lienzo es complejo y a veces desalienta, –dice un señor con un traje azul marino que sujeta un vaso largo en la mano derecha.

“–Yo creo que la dificultad máxima estriba...

“–¿Quiere decir que la dificultad va subida en el estribo?

“–Francamente, señora, no lo sé, y haga el favor de no interrumpir. Bien, la dificultad máxima estriba en que lo individual es lo universal de una forma inequívoca e inmediata.

“–¿Quiere eso decir que lo minúsculo reproduce a escala reducida lo inmenso?

“–Indudablemente. Ambas facetas están enlazadas y una cosa lleva a la otra. Esto, que parece una tontería, en realidad no lo es, pues no hay que olvidar que cada mónada refleja como un espejo todo el universo y que las frases musicales van circulando por los distintos instrumentos de la orquesta hasta formar un grandioso eco. La única diferencia apreciable que hay en la diversidad de lo real es de tamaño. Todas las circunferencias son idénticas en su concepción. Lo que las hace parecer distintas es la longitud de radio. Pues bien, todo lo existente es idéntico. La única variación –variación sobre el mismo tema– es el tamaño.

“–¿Quiere eso decir que uno puede penetrar la realidad observando las constelaciones o simplemente analizando una brizna de hierba?

“–En efecto. Si uno sabe mirar, independientemente del punto de vista que adopte, llegará a idénticas conclusiones. El secreto está en todas partes.

“–¡Qué cómodo! Ya no es necesario viajar a la India para encontrarse con una misma. Lo puede hacer tan ricamente en Leganés o en San Blas..

“–Con estas coordenadas no es de extrañar que el misterio brote a cada instante de lo cotidiano.

“–Si no he perdido el hilo del razonamiento, entiendo que forzar el encuentro de un paraguas con una máquina de coser sobre una mesa de disección para que brote el misterio no deja de ser un acto de soberbia.

“–Efectivamente. Lo insólito forma parte de la naturaleza. Para que la magia brote simplemente hay que sentarse en la puerta y observar a la gente que pasa. Quien se fija mínimamente en lo que ocurre a su alrededor y se acompasa al ritmo del tiempo se encuentra de inmediato paseando por el fondo de un mar

prehistórico. Su cuerpo está allí, pero su mente ha emigrado a un lugar sin límites donde un sistema de espejos enfrentados multiplican hasta el infinito la misma faceta.

“Un lacayo con librea se acerca al hombre de la barba, que con el codo sobre la repisa de la chimenea sigue disertando ante un auditorio vacío y le susurra al oído.

“–Perdón, señor, pero esta mañana ha olvidado usted sacarle brillo a los zapatos.

“El hombre de la barba le da las gracias al empleado y desliza una moneda en el bolsillo de la librea.

“–En conclusión, que todos miramos la misma realidad pero no todos vemos las mismas cosas.

“Una niña vestida de domingo ha entrado en la sala y pasa el dedo por el borde de las mesas. El maitre le hace una seña a uno de los camareros, que coge a la niña en brazos, se llega con ella hasta la puerta y la lanza al exterior. La niña describe una parábola y va a caer sobre un campo de heno, en el almiar donde los segadores duermen la siesta. La niña levanta la cabeza y observa cómo dos peregrinos se acercan a lo lejos por el camino que serpea en la llanura.

–¿Qué es un almiar? –pregunta Celia.

–Un almiar es un pajar al aire libre que consiste en un palo largo en el centro alrededor del cual se va apretando la mies, la paja o el heno –contesta Luisa.

–Fíjate, –le dice Mariana a Celia– te has manchado de huevo. Y tienes un poco de barro en los zapatos.

Las tres amigas siguen sentadas en el mismo banco del parque. Tejen y destejen jersys y bufandas mientras van ensamblando la historia. La primavera se retrasa este año y aún hace frío. Los niños juegan en los columpios con los abrigos puestos.

“Los peregrinos se levantan al alba y antes de emprender la marcha eligen por turnos un tema de conversación al que se ceñirán a lo largo del día. El que ha propuesto Tomás para hoy es “¿Hacia dónde vuelan las golondrinas en verano?” Los peregrinos hablan lentamente, como si les supusiera un gran esfuerzo pronunciar cada palabra.

“–Las golondrinas le quitaron las espinas de la cabeza a Cristo. Eso demuestra que en verano vuelan hacia Jerusalén, –dice Lucas, que camina apoyándose en el bordón que ha desgajado de la rama de un fresno.

“–Sí, de acuerdo, –dice Tomás.–Pero la pregunta clave sigue siendo ¿qué ves cuando miras? Es evidente que todo cuanto te rodea está ahí para devolver tu propia imagen de la misma forma que la superficie del lago duplica el cielo.

“–Y eso, ¿qué tiene que ver con el vuelo de las golondrinas?

“–No sé, pero la idea circulaba por ahí, ha cruzado mi mente y me ha iluminado parcialmente el cerebro.

“–Conviene ceñirse al tema, que para eso lo elegimos. Te lo he dicho muchas veces: Pulcritud, claridad, límites. Si empezamos con moderneces, acabamos en el caos y en la corriente de conciencia.

“Los peregrinos llegan al almiar donde los segadores se preparan para continuar con la faena.

“–A la paz de Dios, hermanos, –dice Lucas. –¿Tenéis un poco de agua para unos pobres peregrinos que caminan a Roma en busca del perdón del Papa?

“–No vamos a Roma, –le corrige Mateo en voz baja.–Nos encaminamos a Santiago a ganar el jubileo.

“Un campesino que aún dormita bajo su sombrero extiende el brazo y señala el pozo. El peregrino más joven se encamina hacia él con las dos calabazas. La niña está sentada en el pretil. Tiene la mirada baja y se ha sumergido en sus sueños. Mueve inconscientemente la mano y dibuja con un palo extrañas figuras en el polvo de la tierra.

–No entiendo lo de los peregrinos.

–Es la expresión simbólica de nuestro paso por el mundo, una parábola, como si dijéramos.

–¿Qué significa?

–Que todos somos peregrinos en la tierra y, por lo tanto, estamos de paso.

–¿Y los segadores?

–Son otro símbolo. Los segadores son sagrados porque extraen con sus manos el alimento de la tierra. Los segadores son naturaleza; se relacionan con el entorno directamente, sin la intermediación de la cultura.

–Una última duda, oh divino maestro. ¿El peregrino se folla a la muchacha debajo del árbol?

–¿Qué muchacha? No hay ninguna muchacha en la historia, sólo una niña.

–Bueno. Suponiendo que hubiera una muchacha y un árbol, ¿se la follaría o no se la follaría?

–Sí, se la follaría. Es el impulso incontenible de la vida.

–¿Por delante y por detrás?

–Sí.

–Cambiando de tema. He oído por ahí que cuando uno se hace mayor empieza a ver la vida como un proceso de desprendimiento.

–¿Y eso te preocupa?

–Pues un poco sí, la verdad.

–En realidad lo que ocurre cuando te haces viejo es que se va cerrando el círculo y que te vas desprendiendo de las cosas, pero no es más que una ilusión. Estamos acostumbrados a convivir con las ilusiones. Ese cielo azul que ves, ni es cielo, ni es azul. A partir de ahí, hasta la Santísima Trinidad es posible.

No muy lejos de allí ha comenzado el baile. Una voz presenta a la orquesta, que arranca con música de otros tiempos. Los jubilados salen de la residencia y forman un semicírculo alrededor del escenario, como camaleones atraídos por la música de Mozart. Los dos hombres se quedan solos en el salón y siguen conversando. Un celador se acerca.

–¿Ya están ustedes hablando de nuevo de esos asuntos tan trascendentes? Dejen descansar un poco a sus cabezas, vaya a la fiesta y diviértanse. Beban limonada, bailen con las chicas, cuéntenles alguno de sus sueños o desempolven un recuerdo. A las mujeres les encantan las confidencias

La fiesta se celebra al aire libre. El jardín, diseñado como un espacio espiritual por un paisajista japonés al que el Ayuntamiento le ha pagado una pasta, descende en suave pendiente hasta el lago donde nadan las carpas de colores.

–Cada vez que veo los peces me acuerdo de mis obsesiones navegando en el agua del subconsciente. –comenta uno de los invitados.

–Pues a mí me recuerdan a Moby Dick.

–Para que se produzca la iluminación es preciso acallar las emociones y sumergirse en el silencio interior, –dice una mujer con un vestido rojo muy ceñido.

–¿Dónde dice eso?

–Aquí, en el reverso de la invitación.

–Sumergirse en el silencio interior, –comenta la anfitriona a un grupo de

invitados que escuchan cortésmente sus palabras. –Ja, ja, qué ocurrencia.

Los invitados se distribuyen por el césped en grupos homogéneos que van recorriendo con sincronía protocolaria los anfitriones, que son una pareja de actores contratados por el municipio. Hombres y mujeres visten tonos claros, como dicta la etiqueta en esta época del año. Los adultos conversan, ríen, beben. Los niños juegan a perseguirse y algunos bajan rodando por la hierba hasta el borde del lago.

–Así martirizaron a santa Catalina, –comenta una monja que está apurando el tercer martini con ginebra.

–Cuéntelo, madre. No se haga de rogar.

–A alguien le pareció buena idea clavar cuchillos en un tonel con la punta hacia el interior, meter a la santa, tapar el tonel y hacerlo rodar pendiente abajo.

–¡Qué inventiva! A mí nunca se me hubiera ocurrido hacer tal cosa.

–¿Eran romanos?

–Seguramente. Si tenemos tantos mártires es, sin duda, gracias a los romanos.

–Los romanos inventaron la carne picada, –susurra un joven en el oído de una muchacha que sonríe con fingida timidez

–Ese comentario está fuera de lugar, jovencito, –le espeta un coronel de caballería que ha desenvainado su sable. –Le reto a un duelo. Elija sus armas.

Dos lacayos de librea le presentan la panoplia.

–Elijo pistolas de agua.

–Yo una vez soñé que venía a buscarme Annubis. Todavía se me eriza el vello al recordarlo. Yo estaba en el primer piso y él subía la escalera de la casa mientras en las paredes resonaba un grito articulado en un idioma antiguo e incomprensible.

–Sería «¡Vade retro!»

–Sonaba parecido. ¿Me lo puede repetir?

–Cave canem.

–Yo, sin embargo esta noche he soñado que sobrevolaba Leganés. Ha sido hermoso. Y muy divertido.

–Y usted, ¿no sueña?

–No, señora, –contesta el joven que está examinando las pistolas de agua–. Lo mío es el resentimiento. Los resentimientos son muy celosos: ocupan todo el espacio y no le dejan sitio a nadie.

–¿Y qué le tiene resentido últimamente? –pregunta una dama que se abanica lentamente.

–La renuncia.

–No entiendo. Haga el favor de explicarse.

La mujer se sienta en una silla plegable que alguien ha colocado tras ella y cruza las piernas. Saca un cigarro de una pitillera de oro y tres mindunguis enfundados en sendas levitas de alquiler se apresuran a darle lumbre. La mujer ha sido modelo de manos para anuncios de cremas y no pierde la ocasión de exhibir las extremidades que tantos triunfos le ha proporcionado.

–Esto de trabajar con las manos es una vulgaridad, –susurra una anciana maliciosa.

–Diga usted que sí. Mi padre los detestaba y los llamaba menstrales.

–Sería para humillarlos.

El joven de los resentimientos ha apoyado el pie en el muro y con el codo graciosamente apoyado en la rodilla, se prepara para hablar. Bajo la ropa se advierte la flexibilidad de sus músculos.

–¿Preparados? La renuncia y el apego son las dos caras de un mismo proceso. Es evidente que para renunciar a algo previamente has de haberte apegado.

–¡Qué asco! ¡Otro anarquista, –susurra en el oído de su vecino una mujer ya entrada en años de piernas largas y estilizadas enfundadas en medias de malla.

Los peregrinos bordean el paredón que separa el jardín del resto del universo y continúan su camino. A lo lejos quedan flotando en el aire las viejas melodías de los años cincuenta que interpreta la orquesta Filigrana y los ecos de las conversaciones inanes. Un hombre en bañador espera junto a la cancela a que regrese el guardia de seguridad con el permiso para atravesar a nado el lago. El hombre en bañador posee un impecable estilo pulido en las películas de Jhonny Weismüller.

–Dígale a los señores marqueses que el obispo de su diócesis le presenta sus respetos y les pide la venia para nadar en su estanque.

–¿No se habrá propuesto su ilustrísima regresar al palacio episcopal nadando.

–Pues sí, señor. Nadando a mayor gloria de Dios, por supuesto.

El guardia de seguridad susurra el mensaje a la señora, quien detiene la música con un gesto y, micrófono en mano, comunica la noticia a los invitados: el pastor de almas, por fin, ha llegado. Lo invitados se dirigen a la cancela del jardín y acompañan al nadador hasta la charca.

–Cristian, saca el palio que usábamos cuando venía el caudillo –le dice la anfitriona a un criado joven y bello como un paje de leyenda.

–Permítame recordarle a la señora que la señora lo subastó hace tiempo y repartió el dinero entre los pobres.

–Lástima. En esta ocasión vendría que ni pintado. ¿En qué estaría yo pensando?

Una mujer que viste luto y oculta el rostro tras unas gafas de sol enormes se arrodilla ante el obispo y le besa el anillo.

–Ilustrísima, el usted nuestro héroe.

Un murmullo de admiración acompaña al nadador hasta la orilla donde dormitan los patos sobre una sola pata.

–Por fin algo que nos saque del aburrimiento, –dice una mujer haciendo sonar las ajorcas de sus pies.

–¡Oh! ¡Qué interesante! El obispo es un intelectual, u nuevo Polifemo. La iglesia no cesa de renovarse para adaptarse a los tiempos.

–Lo que tú quieres decir es que el obispo es un nuevo Ulises, querida.

–O un Leandro eclesiástico.

Antes de lanzarse al agua el obispo ha aceptado una copita de agua del Carmen y departe con sus ovejas mientras degusta un canapé de cangrejo ruso.

–Ruso blanco, por supuesto. Aquí, como su ilustrísima se puede imaginar,

odiamos a los rojos y a los proletarios.

–Tenga cuidado, no vaya a cortársele la digestión.

–Pero, hombre, No sea usted cenizo.

Mientras el obispo flexiona las piernas y estira los músculos, al otro lado de la loma los peregrinos se han descalzado y han salido del camino buscando para sus pies zonas aún más pedregosas.

–Lástima que no hayan brotado todavía los cardos. Caminar sobre espinas es lo más eficaz para la mortificación del cuerpo que, como todos sabemos, es donde vive prisionera el alma.

En el jardín, el obispo acaba de bendecir el agua del lago y, de paso, el vino de las botellas y el cava de las copas, que se transforman de inmediato en fluidos melífluos y divinos. El eco de los latines rebota en el tronco de los álamos. El peregrino más joven intenta seguir los pasos de su maestro, pero sus pies tiernos sangran abundantemente.

–De nobis ipsis silemus. De re autem, quae agitur...

–¿Qué murmura, padre?

–Que a quien madruga, Dios le ayuda, hermano.

–A mí lo que me invade con frecuencia es el miedo, comenta un hombre delgado con aspecto de empleado de banca–. Pero me agarro a este crucifijo que me bordaron en el pecho las monjas de la Concepción y se me pasa.

El hombre desabotona la camisa y muestra un cristo vestido de marinero entre las dos tetillas. Al hombre le gustaría ser bendecido con los estigmas de la crucifixión, pero de momento sólo ha conseguido que una zarza le rasguñe la sien.

–El miedo no es sino falta de fe, hermano. Te agarras a lo que sea con la esperanza de que si aprietas lo suficiente disminuirá como por ensalmo el nivel del pánico. Rozas la mejilla contra la colcha que te abrigaba cuando eras pequeño y utilizas el calor de la fricción como un sucedáneo del amor que nunca te has dado.

–¡Vade retro! Tras cualquier tipo de frotamiento se encuentra agazapada la voluptuosidad del diablo.

–¿Qué quiere decir voluptuosidad, hermano?

–Que la carne te tienta con sus racimos dorados.

El peregrino más joven sueña todas las noches que se sube a un caballo balancín que se mueve y nunca avanza. Mientras él se columpia en el mismo sitio, los otros niños dan vueltas alrededor del parque sobre sus triciclos de metal cromado.

La muchacha detiene el DVD y reflexiona. Las imágenes se quedan congeladas en la pantalla mientras ella analiza el sentido de las conversaciones. Las palabras le resultan extrañamente sugerentes. La muchacha se levanta del sofá, se ahueca el pelo, mete algunas cosas en una mochila y sale a la calle.

–Me voy, mamá.

–¿Dónde vas, hija?

–A clase de yoga. Hoy vamos a seguir derribando las barreras del ego, del que se derivan todas las formas conocidas del mal.

La muchacha atraviesa el parque y entra en el local. Una música dudosa-mente tibetana difunde el mensaje: Todo va bien, no pasa nada. Acalla la individualidad para escuchar el silencio.

Se escucha a lo lejos el alboroto de los niños jugando al fútbol en el patio. De cuando en cuando la pelota golpea la pared y provoca un pequeño estruendo, que la muchacha identifica con el aldabonazo de la conciencia.

La muchacha se sienta en la colchoneta, se relaja y deja que los pensamientos vayan flotando en la mente como nubes de verano empujadas dulcemente por una brisa cálida. En el aula contigua se desarrolla la clase de literatura, y un poco más allá, el taller de poesía, donde el profesor instruye a sus alumnos:

–Un presente insatisfactorio es un buen punto de partida para la escritura. Cuando no nos gusta nuestra vida surge en nosotros el recurso de la imaginación de forma automática para sustituir la experiencia real por otra inventada. Al niño nadie le enseña a refugiarse en su mundo interior cuando alguien le regaña. Es en él un movimiento reflejo, como cerrar los ojos cuando vas a golpearte con un árbol.

–¿Eso es lo que quiere decir Rubén Darío cuando afirma que detesta el mundo y la vida que le ha tocado vivir?

–Probablemente.

Al otro lado del muro, más allá de los mantras y de las estanterías repletas de libros, la vida real sigue impasible su curso, ajena a todos los intentos humanos de sustituirla por alguno de los sucedáneos disponibles en el mercado.

–La mayoría de la gente soluciona su vida consiguiendo un trabajo que detesta con el que puede comprar.

–¿Y el problema emocional?

–El problema emocional se resuelve dependiendo de las personas y domi-nándolas, que para eso están.

–La táctica del apego siempre funciona, tanto si te apegas a las personas o a las cosas. Yo, cuando estoy deprimida, me voy a ver escaparates o me compro una tele de plasma.

–Pero eso funciona durante un rato.

–¿Y qué? Cuando se pasa el efecto te enganchas a otra persona o te compras otra cosa.

Las amigas charlan animadamente en una mesa del Vips. Un caballero con terno de alpaca y corbata de rayas se acerca y hace una reverencia.

–Disculpen que me entrometa, pero no he podido evitar escucharlas. Permítanme que me presente. Soy Horacio Cifuentes. A sus pies, señoras. ¿Me permiten? Puedo aportar algunas ideas, a mi entender interesantes, al tema que están tratando

El hombre se acomoda en la silla de mimbre, apoya los codos en la mesa y se frota el entrecejo antes de tomar la palabra. Una de las mujeres le examina las manos, por si es un trabajador disfrazado. El hombre, por su parte, adopta una pose de niño desvalido mientras habla.

–Convives con una mujer creyendo que te admira por tu penetrante inteligencia y tu fina sensibilidad y resulta que ella sólo te necesita para traer las bolsas del Ahorramás y dar envidia a las amigas con el Audi6 que pagas a plazos, el

dúplex en Pozuelo y el crucero por el Adriático. Si a esto le añades unos hijos egoístas que se pasan el tiempo enganchados al ordenador y el apoyo a un equipo de fútbol que rara vez gana, es lógico que sientas un vacío en el pecho, que llegó un día y se quedó a vivir, como esos parientes de provincias que vienen a unas oposiciones y ya llevan tres años en tu casa, y sin perspectivas de marcharse.

–¿Dónde exactamente siente usted el vacío? –pregunta una de las amigas, que ha estudiado enfermería.

–Aquí, en el tercer espacio intercostal.

El hombre aparta la chaqueta y se sube la camisa. La enfermera palpa profesionalmente la zona.

–¿Ha probado usted a tomar una copita de agua del Carmen antes de las comidas y un sorbo de quina con el postre? Mano de santo, se lo digo yo, –dice otra de las amigas, la que viste un traje de chaqueta de un atractivo color pista-cho.

Los peregrinos pasan junto a la cristalera del café y se detienen un instante. Hacen sombra con las manos y aproximan la cara al cristal, pero no se ve nada. Los visillos están corridos y es difícil distinguir los rostros tras la gasa. El obispo en bañador sube con paso atlético la cuesta que conduce al pilón de la plaza. Le sigue una nube de chiquillos entre los que hay algún jubilado que ha menguado.

–Si fuera más santo, en vez de nadar, caminaría sobre las aguas, –comenta el arcediano, al que cualquier popularidad que no sea la suya vuelve verde de envidia.

–Tolerancia hermano. El que esté libre de pecado...

–¿Cómo dice? –pregunta un anciano al que se le han acabado las pilas del audífono.

Un hombre se acerca a los peregrinos y permanece expectante. Le gustaría decirles que está dispuesto a vender todos sus bienes y acompañarlos, pero no se atreve. El hombre sabe que su fin está próximo y se ha propuesto deshacerse del lastre que lo mantiene apegado a las cosas, pero las cosas se adhieren a él como plástico derretido. El hombre quisiera caminar hacia la muerte cada vez más ligero de equipaje y llegar a la tierra de los destinos cumplidos con las manos libres.

La multitud sube la cuesta que desemboca en la plaza, donde el obispo ha atravesado el pilón en dos brazadas. Es joven y está en forma. Ahora camina con paso decidido hacia las afueras, donde le han dicho que hay un canal de riego.

–Miren, tengo unas sandalias de franciscano y este vestido confeccionado con mondas de patata y tela de saco. Lo que no he encontrado ha sido un cíngulo. Son malos tiempos para los cíngulos.

–¿Y por qué quieres dejarlo todo y seguirnos, hijo mío?

–Porque creo que, en la vida, lo único importante es la simetría. Si cuando vine no traje nada, cuando me vaya tampoco podré llevarme nada. Desnudo vine y desnudo he de irme.

El hombre ha hecho de la necesidad virtud. Ahora que es consciente de que se acerca al momento de abandonar su cuerpo no le quedan más huevos que deshacerse de lo superfluo. También podría mirar hacia otro lado y llegar a creer

que es eterno.

–Ojos que no ven...

–Pero, créanme, ése no es mi temperamento, hermanos. ¿Puedo llamaros así?

–Si lo abandonas todo y nos sigues te darás cuenta de que desnudo se percibe con más nitidez el canto de los pájaros, y que caminando descalzo te acarician los pies las hojas de hierba...

–Y las zarzas, padre, no se olvide de las zarzas.

–...la hierba ondulada por el viento. Si tienes suerte, un día como cualquier otro te tumbará a descansar junto a la fuente y en el rostro se te dibujará la sombra de una nube.

El hombre escucha al peregrino y sueña con ser canto de la tierra, sombra de un nogal, o nube solitaria en el cielo del desierto. No muy lejos de allí un joven poeta se acoda en el mármol del velador y se asoma a sus sueños. El joven poeta corrige a lápiz algunos versos. Una muchacha rubia con un vestido amarillo y unas piernas largas y finas se acerca y le pregunta

–¿Qué haces?

–Escribo.

–¿Qué escribes?

–Un poema épico que recorre desde abajo la escala del ser.

–¿Qué escala es esa?

–La que sube de la molécula de barro a las plantas. Luego vienen los animales, con el hombre a la cabeza. Por encima del hombre los ángeles, y en la cúspide, Dios.

–Ah, ya. Eso de la escala del ser viene a ser un poco como la pirámide de la evolución.

–Más o menos, aunque el mío es un darwinismo de tipo espiritual.

Los rostros se van acercando mientras hablan y en la proximidad se mezclan sus alientos.

–¿Y el amor? –susurra ella– ¿Cómo encaja el amor en todo eso?

–El amor es el principio armónico del que todo procede y al que todo regresa.

El mono de las pelotas azules se ha encaramado al tamarino para arrancar con más comodidad las bayas de un arbusto cercano. Los niños que juegan abajo se acompañan con canciones que han aprendido en la tele.

El hombre camina junto a los peregrinos y con cada paso va aprendiendo a amar la muerte como un amante que se interna en el silencio de la noche cogido de la mano de su amada.

–La muerte es hermosa como un atardecer en el Bósforo.

Tres hombres se sientan en un banco frente al supermercado del que entran y salen los clientes. En el suelo unos botes de cerveza y algunos cartones de vino. Están tostados por el sol y la intemperie los ha cubierto de una capa de mugre que los protege de las inclemencias atmosféricas y de las infecciones menores. El alcohol desgozna sus almas y les enrojece las narices, surcadas por unas venas finas como capilares que parecen trazadas con tiralíneas. Los hombres se sientan en silencio aunque en el interior de sus cabezas discurre, plá-

cida unas veces, turbulenta la mayoría, una conversación en la que participan diez o doce interlocutores. Uno de los hombres es gallego y cuando se acuerda de que lo es, añora su tierra. Entonces los recuerdos de la niñez le humedecen los ojos y siente una inconcreta vergüenza. Quizás su madre tenía razón, quizás si le hubiera hecho caso a sus maestros no se encontraría bebiendo cerveza en la puerta del supermercado. Otro de los hombres nació en Rumanía. De cuando en cuando cuenta que ha recorrido Europa a pie sin pasar por ningún puesto fronterizo.

–Siempre cruzo por las montañas y duermo a la intemperie.

El tercer hombre es vagabundo que vive desde hace años en un parque cercano. Ha construido un habitáculo debajo de un tejo, que le protege de la lluvia de otoño y del sol del verano. Lleva una vida reglamentada, casi de asceta. Se levanta al amanecer, se asea en la fuente y lee los libros que la gente deja en una pequeña biblioteca de ladrillo que construyó el ayuntamiento hace años. Al mediodía se acerca al supermercado y allí bebe hasta la noche. Con las últimas luces se retira a su cubículo, junto al foso de los monos de la antigua casa de fieras

–Cuando yo era niño había un elefante tan viejo que daba pena, y un oso polar enloquecido por la falta de espacio.

Los tres hombres se sientan y esperan pacientemente a ver si el azar, por una vez, encaja las piezas de tal manera que la vida se oriente a su favor. Mientras eso ocurre o no ocurre beben cerveza, beben vino, hablan de tiempos mejores. Durante los silencios sus cuerpos descansan en el banco pero sus mentes están muy lejos. Los tres hombres beben cerveza y observan a los transeúntes. Cada uno recorre en soledad sus paisajes interiores, que con el tiempo se han ido estrechando. Actualmente van de la desolación a esa punzada de esperanza que deja lo que pudo haber sido y no fue porque se quedó en el camino. Cuando reúnen algunas monedas uno de ellos, el más aseado, entra en la tienda y compran más cerveza.

El peregrino más joven se aparta del camino, se sienta a la sombra de un olivo y se descalza. Mueve los dedos para airearlos y se masajea el pie izquierdo, que empieza a hincharse.

–Se te ha puesto negra la uña del dedo gordo, –comenta su compañero.

Los peregrinos han dejado atrás las últimas colonias de chalets adosados y se dirigen hacia las montañas azules midiendo el camino con sus bordones.

–El horizonte es flexible, como el borde de un labio. Se amplía, se encoge, adopta la forma caprichosa de una ameba, pero siempre está a la misma distancia del observador, –comenta el peregrino más viejo.

–¿Por qué dices eso ahora? ¿No ves que estoy sufriendo?

–No sé. Quizás para matar el rato.

El peregrino saca un trozo de queso y un pedazo de pan del zurrón que ha hecho atando con un cordel una de las mangas de su traje talar. El sol cae vertical sobre la tierra. Cuando decline la tarde continuarán su camino.

No muy lejos de allí, al otro lado del cerro que empieza en la linde de los olivos, el hombre ha llegado a la otra orilla del lago envuelto en un enjambre de pensamientos que sobrevuela su cabeza como las avispas en verano. El hombre no sabe cómo parar su cabeza, así que se sienta en un cascote y busca en el suelo piedras planas que puedan saltar sobre el agua.

El campo huele a tomillo y a jara y el aire sutil de la mañana está entretejido de la sombra delgada de los recuerdos.

–El nihilismo es la fe pero a la inversa, –comenta el peregrino más joven. Las cigarras entonan su canto ocioso y las cuantas abejas liban en las flores del romero.

–Todos somos romeros en el camino de la vida.

–Completamente de acuerdo. Quien tiene fe confía en Dios y quien cree en la nada confía en el vacío. El caso es confiar en algo.

Las cigarras acompañan la conversación con su concierto atonal y monocorde y algunas abejas revolotean entre las flores.

–Las mujeres son como esas flores: te atraen con su olor irresistible y luego te devoran, comenta el peregrino más anciano.

–Te devoran el líquido seminal y la tarjeta de crédito, –afirma el más joven.

–Las mujeres hacen un casting de pretendientes y luego eligen al más mediocre.

–Así evitan que la especie humana evolucione hacia el semidiós.

–Yo estoy de acuerdo. Si las mujeres eligieran a los mejores en unas cuantas generaciones todos seríamos arcángeles.

–La Naturaleza debe tener sus razones para hacer así las cosas.

La conversación se diluye en el calor de la tarde y los peregrinos se abandonan al sueño. El hombre, por su parte, sigue sentado en el cascote intentando deslindar las voces de su cabeza.

–El nihilismo también tiene su estética. Queda muy bien en ciertos ambientes existencialistas. En las cuevas, por ejemplo.

–Es cierto. Enciendes un cigarrillo, te agazapas tras la nube de humo y bebas a pequeños sorbos una copa de absenta en la que previamente has disuelto

un terrón de azúcar con la ayuda de un tenedor.

–¿Cómo se hace eso, maestro?

–Luego te lo explico.

–Es importante que el cigarrillo esté en las comisuras de los labios, que arrastres las consonantes como si se te hubiera pegado el acento francés y que nunca te rías.

–Se acompaña la pose con una conversación difusa sobre el suicidio, o el asco, o la angustia vital.

–Y entre medias, largos silencios.

–Pues a mí me ponen las chicas existencialistas con sus jerseys de cuello de cisne, sus labios muy rojos y los pantalones muy ceñidos y muy negros.

–Tú eres un perverso.

–Es que me va la necrofilia.

El director se acerca al guionista, que está retocando los diálogos de la última escena

–Vamos a introducir algunas variantes.

El guionista observa la escena en el monitor, se quita las gafas, deja el lápiz sobre el score y mira al director, en cuyos ojos brilla el borde de una idea.

–El niño espera a que todos duerman y camina en silencio gasta la cocina. Todo está en penumbra. Al abrir la nevera la débil luz amarillenta ilumina tímidamente la escena. Tenemos un haz de luz que rasga las tinieblas.

–¿Como en los cuadros de Rembrandt?

–No se me había ocurrido, pero es una buena idea.

–A ver si lo pilló. ¿Se trata de darle un aspecto irreal a un espacio fácilmente reconocible por el espectador para que lo inesperado brote de lo cotidiano?

–Puede ser.

–¿Como en Sola en la oscuridad.

–Puede ser. Deja de hacer preguntas y escucha.

¿Y si el alma no es eterna?, lee el niño en su libro.

Que el alma sea eterna o no es lo de menos. Lo importante es vivir como si lo fuera (voz en off).

El niño se levanta de madrugada, cuando todos duermen, y lee. El niño lee y se pregunta si lo que lee en los libros es real. El niño se pregunta si sus padres tienen alma.

El que seguro que no la tiene es mi hermano.

–¿Qué te parece?

–Lo escribo y lo probamos. Podemos colocar a un niño real leyendo frente a la mesa de la cocina y tras él un niño imaginario reflejado en un espejo, una especie de doble que va pronunciando sus pensamientos.

El niño ha aparecido inesperadamente en la cabeza del director. Quizás alguna emoción largamente escondida ha tomado cuerpo estimulada por un olor o por por la inflexión de un rayo de sol en la rama de un castaño. Quizás el niño simplemente ha brotado en su cabeza como una consecuencia más de la implacable y misteriosa lógica del arte. Los vericuetos que recorren los personajes antes de asomarse a los límites del presente son inescrutables. El caso es que el niño está ahí y a ver qué hacemos con él.

El que está verdaderamente desconcertado es el niño, que no sabe qué pinta en esta historia. Probablemente no tardará en averiguar con una misión muy clara: mostrar a los lectores que en las creencias, en cualquier creencia, no hay un ápice de realidad.

–Yo lo escribo si quieres, pero no es verosímil, –dice el guionista–. Ningún niño de seis años piensa esas cosas.

–¿En qué piensan los niños?

–A la mayoría se les han borrado las circunvoluciones cerebrales de tanto ver la tele mientras se comen una pizza. Puede que haya alguno convencido de que su madre y su maestra son la misma persona y que aceche a amabas para pillarlas en plena metamorfosis. Éstos últimos suelen hablar solos y los demás niños no quieren jugar con ellos.

–Tú escríbelo y no pongas tantos peros.

–Lo que tú digas.

Las mujeres del parque siguen conversando tranquilamente en su banco. El cielo se va oscureciendo gradualmente y el aire huele a lluvia. Las mamás regresan a casa con su prole y las parejas de enamorados se refugian en las cafeterías, donde continúan a cubierto su imposible diálogo de miradas.

Celia lee en voz alta un libro de poesía. Las primeras gotas dejan en el papel rodales alargados como lágrimas. Julia teje un jersesito para su nieto, cuya única ocupación de momento es cambiar de postura en el vientre de su madre. Celia detiene la lectura, marca la página con el dedo índice y cierra los ojos. Una idea se acerca revoloteando desde la otra orilla del lago.

–Por su naturaleza intangible, no resulta fácil poner el énfasis en el espíritu. Al fin y al cabo ni la dignidad ni el orgullo existen con la misma rotundidad que un whisky con hielo.

–¿Por qué dices eso?

–No lo sé. Son palabras que ha traído el viento.

–En un mundo redondo las ideas, como las borrascas, dan vueltas sin cesar para regresar una y otra vez al punto de partida.

Un maestro de escuela se acerca por el camino de tierra. Su cuerpo bordea el lago mientras su mente se pasea por las cabezas de sus alumnos calculando, así a ojo, cuántos de ellos pasarán una parte sustancial de sus vidas en las instituciones penitenciarias. El maestro abre el libro al azar y lee: La verdad os hará libres. La frase es atractiva y contundente, pero él tiene sus dudas sobre la eficacia real de tales palabras.

–Hay frases que basan su poder en la acertada ordenación de las palabras y otras que fundamentan su eficacia en el peso específico del contenido, –se dice. – Las primeras brillan como un diamante en bruto; las otras caen por su propio peso y han de repetirse una y otra vez, por esa escurridiza fugacidad que posee lo evidente.

La verdad os hará libres.

Según la experiencia del maestro, la verdad carece del poder necesario para liberar a nadie, y despojada de este poder, su búsqueda se transforma de inmediato en una actividad inservible. Ahí están como prueba sus alumnos.

Las tres amigas siguen conversando en el banco. El cielo se ha oscurecido

por completo y en el horizonte ha brillado el primer relámpago.

El maestro ve a las tres mujeres y, por una extraña asociación de ideas que sólo él entiende, intenta recordar el nombre de las Parcas, pero su memoria ya no es lo que era. Finalmente se rinde, abre de nuevo el libro y sigue leyendo mientras camina.

El hombre piensa que una vez que el caos ha penetrado en tu cabeza es difícil extraerlo con los medios quirúrgicos al uso. Es más, si colocas a un virtuoso del violonchelo a tocar en el metro, apenas recogerá unas pocas monedas. Muestras cualquier madonna de Leonardo en el mercadillo de los jueves entre faldas de cretona y camisetas de los Sex Pistols, y nadie le prestará atención. Haces entrar en el Louvre una fotocopia de un mal cuadro custodiada por un regimiento de húsares, lo retrasmities por la tele y las colas a la puerta del museo serán interminables durante meses.

–¿No te parece que el Ideal ha muerto?, –pregunta uno de los peregrinos.

–Es posible. Nos queda el consuelo de bailar sobre su tumba.

Los peregrinos siguen caminando hacia un santuario que está tras el siguiente cerro o en ningún sitio, que está en todas partes y en ninguna en concreto. En una esfera ligeramente achatada por los polos los movimientos son por definición circulares y te hacen regresar una y otra vez al punto de partida. El obispo trepa por la hiedra que cubre el muro que lo separa de la próxima piscina. Los invitados se han aburrido ya de su proeza y lo ignoran con elegancia. El obispo se sienta a caballo en el paredón y observa a lo lejos la torre del palacio episcopal. Calcula que habrá llegado después de dos o tres piscinas, más o menos a la hora de la merienda.

No hay consuelo para el alma atormentada, repite como una cadencia la canción que cantan los ejes en la junta de dilatación de los raíles. El hombre escucha la línea de ritmo, que para él no es más que una melodía repetida de timbales que regresa una y otra vez como un mantra bruckneriano. El hombre se afana en vaciar la mente para poder instalar en el cerebro una célula musical construida a base de negras, silencios y dos o tres tresillos, que funciones a modo de oración continua.

Hágase tu voluntad y no la mía.

En este tramo final la vida se le presenta al hombre como un mandala girando en círculos cada vez más amplios, una especie de torbellino inverso que succiona todo lo viviente hacia lo alto.

El guionista detiene las imágenes que se amontonan en su cabeza y corren el riesgo de atropellarlo a él mismo y arrojarlo rodando hasta los mismos pies del delirio. El guionista enciende un cigarro, cierra los ojos e imagina el encuadre de la cámara: el personaje está de perfil al contraluz de la ventanilla del tren; al fondo, el paisaje árido difuminado por la velocidad del convoy. El guionista aplasta el cigarro en el platillo de la taza de café y continúa escribiendo:

...el torbellino succiona todo lo viviente hacia lo alto. En el centro del giro, exangüe como una fantasía repetida desde la infancia, el destino llama una y otra vez a la puerta.

Al hombre le gustaría desaprender lo poco que ha aprendido en su andadura por el mundo para poder bailar con la muerte despreocupadamente, sin el embarazo de la maleta en una mano y el sombrero en la otra. Si no fuera posible desaprender todo, al menos le gustaría olvidar las palabras. Ahora que se acerca al límite de la tierra fértil sus paisajes interiores se deforman como exvotos. La esencia del ser humano es el fracaso, recuerda haber leído en algún sitio. Los hombres se proponen objetivos inalcanzables, y fracasan. Los animales, sin embargo, son más razonables y consiguen lo que se proponen.

El círculo se cierra, los opuestos encajan, la vida se ralentiza en un latido indispensable y la sepultura se va abriendo en su imaginación como unos labios amorosos donde recostar la cabeza y mecerse a sí mismo.

—Por la fantasía me hace un regalo que no está envenenado.

La cabeza se vacía de palabras y se llena de sensaciones que se expanden por las venas como un tenue dolor, como un dulce veneno. Sin lenguaje el cerebro no es capaz de articular con precisión la sintaxis de los pensamientos, que se mueven como manchones de color en la superficie de un sueño. El hombre aspira a desconectarse gradualmente del mundo para poder diluirse definitivamente en la nada.

—Una imagen de la nada, rápido, —le pide el guionista a su fantasía.

—Humm. El polvo que se posa en un cuenco lleno de jazmines.

Avanza el tiempo como un tren en la noche. El cuerpo pierde la flexibilidad y el vigor pero la vida compensa el desequilibrio fortaleciendo el espíritu. El hombre leyó en el breviario de la primera comunión las historias de los niños mártires y desde los seis años ha perseguido la experiencia mística que ilumina la habitación y te transporta a la cima de la montaña donde sientes en la cara un

viento que es cien por cien espíritu. Al hombre le hubiera gustado vivir esa experiencia, pero de momento ha tenido que conformarse con leerla en los libros. También le hubiera gustado sentir que el universo le bailaba en la punta de los dedos, pero no ha sido posible.

No hay consuelo para el alma atormentada, sigue cantando la vía mientras el hombre se va desprendiendo del lastre. En su cabeza se mezclan la experiencia mística y una pulsión de rabia, levitar a unos centímetros del suelo y al mismo tiempo recortar los cañones de la escopeta de caza para atracar una gasolinera, por ejemplo, o entrar tranquilamente en el centro comercial disparando al azar a las familias que entretienen el domingo dando vueltas por un mundo de plástico de colores como pollos degollados. La alternativa zen a la rabia es tumbarte entre los surcos recién roturados por el tractor y esperar pacientemente a que la paz de la tierra te absorba con su cálido aliento. También puedes quedarte sentado en tu asiento del vagón sin hacer nada. Los insectos se posarán en tu cuerpo y tú no los matarás. Las hormigas creerán que eres el tronco vencido de un castaño y no moverás un dedo. Las abejas enjambrarán en tus sobacos y las golondrinas colgarán sus nidos de tus brazos, pero tú no pestañearás. Te golpearán los seguratas con sus porras, los enfermeros del SAMUR intentarán atarte a sus camillas y tú permanecerás hierático, impassible, para demostrarle al mundo que a pesar de las habladurías, a pesar de las apariencias, tú eres bueno.

Conforme te vas disolviendo en la nada te vas integrando en el tren como una pieza más del mecanismo que lo mantiene en marcha. La pérdida de tu identidad te permite recorrer la línea arriba y abajo, en plan yo-yo inagotable, por fin el movimiento perpetuo en una vía que no es sino la versión ferroviaria de la cinta de Moebius. Ante ti se abre una eternidad, pero, oh, sorpresa, el más allá es el eterno retorno de lo mismo. La vida se concentra en un instante que se expande y se concentra en círculos cada vez más amplios.

La locura es una piedra de difícil extracción con los medios quirúrgicos disponibles, una piedra de formas caprichosas y llamativas irisaciones que sólo cristaliza en el cerebro. El loco intenta abandonar su mundo interior para encontrarse en los otros, pero acaba una y otra vez girando alrededor de su propio ombligo. Entonces levanta los ojos al cielo y suplica:

De profundis clamavi ad te.

Se acerca el final del viaje y sólo dos o tres personas dormitan en sus asientos. El hombre relee la primera frase del libro que ha comprado en el kiosco y la memoriza. Cierra el volumen y lo guarda en la mochila. Ha empezado a leer en tres o cuatro ocasiones y en tres o cuatro ocasiones se ha atascado en las primeras palabras, como si una mano invisible se interpusiera entre su mente y el curso de las letras que zigzaguea hacia el final de la página. El hombre guarda el volumen y mira por la ventana.

El tren avanza por la llanura como si recorriera el lomo de un animal en reposo. Si alguien caminara en la noche a una prudente distancia de la vía contemplaría una sucesión de ventanas amarillas que deben darle al convoy el aspecto irreal de una serpiente mitológica. El hombre entorna los ojos e intenta conseguir más tensión en la mirada, como si así fuera más fácil detener las imágenes que le rondan por dentro como perros desnortados. Las pupilas buscan en

la oscuridad algún perfil definido, pero sólo identifican las formas inconcretas del paisaje. El hombre sabe que todo está ahí, velado y confuso, esperando una mano que lo despierte. Es en las tinieblas donde dormitan casi todas las respuestas.

La penumbra es el alma que ha mojado la nieve cuando te rodean un sinfín de labios heridos

–La vida es una broma que los hombres nos tomamos demasiado en serio. Así nos damos la importancia que no tenemos.

El hombre extiende la mano con la esperanza de que las sombras que le rodean se encarnen en una mujer que lo acoja en el regazo y le acaricie las sienes con sus dedos de noche. Quizás así pueda olvidar siquiera un instante cuánto an-sía regresar a casa.

Sabrás que has llegado cuando se disipe el deseo.

Sí, sin duda la vida es una broma sin redención posible.

El hombre mira por la ventanilla y piensa que los muertos son los que mejor se adaptan al paisaje. Un cuerpo tendido en la hojarasca ocupa su lugar exacto entre el cielo y los árboles, y cuando yace bajo tierra crece sobre él la hierba como una alegre cabellera. El hombre mira por la ventanilla, dormita unos instantes, siente un leve escalofrío y se desvanece.

Las hilanderas cortan los hilos y guardan las bobinas en una caja de lata. El guionista escribe las últimas anotaciones y cierra el cuaderno. Atardece. El sol anaranjado proclama entre las nubes que si la inocencia es posible, éste es el instante. La noche avanza desde oriente barriando con los flecos de su manto los residuos que ha depositado sobre la tierra el roce de las cosas.

–Vámonos, –comenta alguien–, se hace tarde.

Juan José Cabedo Torres
Noviembre de 2010